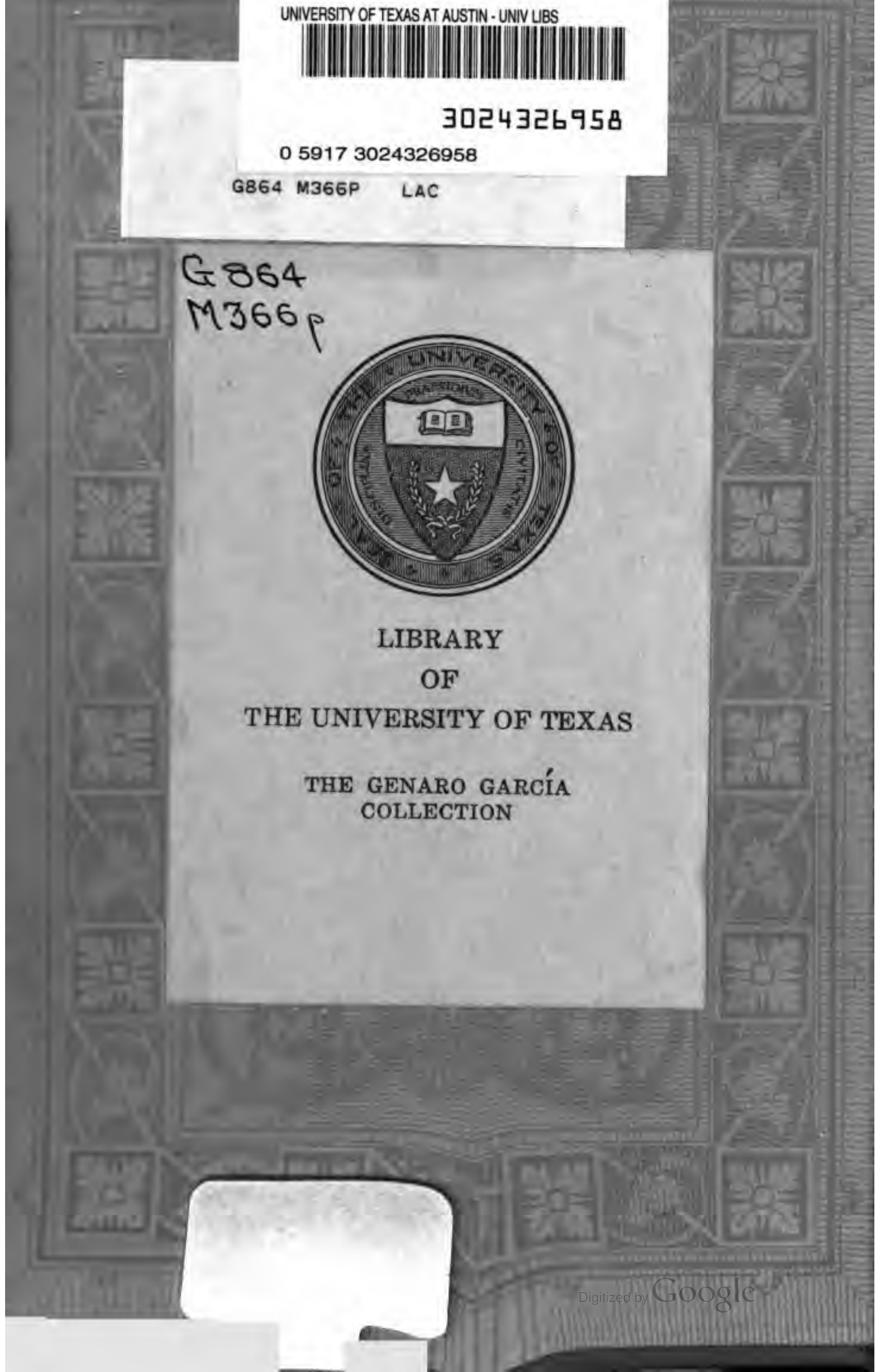

y
COLORES
Digitized by Google



PERFILES Y COLORES.



IMPRENTA DE F. GIRÓ.

PERFILES Y COLORES

SÁTIRA DE COSTUMBRES

POR

DON FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

ILUSTRACIÓN

DE

ÁNGEL LIZCANO

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

E. DOMENECH Y C.ª—*Ausias March*, 95

1882

ES PROPIEDAD.

DIÁLOGO-PRÓLOGO.



Cansados de andar, atravesaban la plaza del mundo deslizándose por la ancha acera de la murmuración. Lejanos y equidistantes de la Bolsa y de la Universidad, va el uno, en busca de algo excepcional; de la realidad feliz que imaginó; del hombre típico, dueño de sí mismo y contento de los demás. El otro observa el exterior de la humanidad: sus vanidades y ridiculeces; el movimiento de rotación de los átomos sociales, y el atavismo de las costumbres. Aquél es un investigador; éste un curioso. Dos hombres modernos, de esos que antes parecían locos y ahora parecen sabios, que

al ir tropezando en todos, se dan de manos á boca:

—Pasa.

— Antes tú.

—¿ Quien eres ?

—Yo quiero conocerte.

Miróle y soltó una carcajada.

—Y yo á tí.

Echó un fósforo é iluminó su faz.

—Tú eres de los que miran por dentro.

—Y tú de los que rien llorando.

—¿ Dónde vas ?

—Buscando un hombre.

—Yo encuentro á todos.

—De entre tantas luces y lumbreras me reduzco á lo necesario. Con una cerilla penetro en las concavidades humanas: lo que tarda en consumirse, empleo yo en mi estudio psicológico. Me pasa lo que á Demóstenes; acostumbrado á leer en mi candil, la luz natural me estorba.

—Yo de la simple vista saco al hombre. Un rasgo es un carácter: una miseria es una biografía; un tipo es la sociedad. Todo es arte, dice Víctor Hugo, y no quiero pasar de artista. Observador de costumbre é independiente por naturaleza, trabajo de afición en el taller social, buscando hombres cabales, pero sólo encuentro tipos vulgares, y cuando miro por dentro nada veo: mi procesión anda por fuera.

—Te conozco: tú eres un *Demócrito* sensible.

—Y tú un *Diógenes* culto.

—Tú ríes y yo pienso si tendrás razón.

—Me pica la llaga social y me rasco. Cuestión de epidermis.

—¿ Y qué opinas del mundo ?

—Que es bueno, aunque algo vacío. Hay que fijarse en su capa que es de lo que él se paga. El pensamiento se disfraza: la forma es ley. El hombre es como el astro:

desde que nace describe una órbita. Es un parhelio con ínfulas de sol, parecido á tu fósforo. La rutina le impulsa. El mundo es igual; gira siempre lo mismo.

—Hablas bien; pero, ¡quién sabe si entiendes lo que dices!

—Los sabios me han enseñado á descubrir la verdad discutiendo y comunicando las ideas en mares de palabras y gotas de entendimiento.

—¡Lástima que no haya quien escuche!

—¿Cómo es eso?

—Aquí todos hablan ó escriben y nadie oye ni lee. La filosofía griega tenía dos elocuencias: de la palabra y del silencio. Antes que á hablar enseñaba á callar. El filosofismo *extra*, sustituye el pensamiento con la palabra; lo que no pensamos lo hablamos por los codos, y hablando se gobierna y se ilustra la sociedad.

—Cuando en el baile se bailaba, en el teatro se oía y en la Iglesia se rezaba: hoy en el baile se charla, en el teatro se grita y en el templo se habla. El ingenio se derrocha en corrillos, periódicos ó papeles que vuelan por la calle. Los libros que pesan no se mueven.

—La crítica los sacará de penas.

—¡Bah! Está ocupada con la filosofía.

—Pues métase á filósofo el ingenio.

—Ya sabes lo que dijo Cicerón. «No hay disparate tan absurdo que no le haya afirmado algun filósofo.»

—Tú eres filósofo sin saberlo.

—Así lo quiero ser.

—Pero hay un gran problema: ¡la ciencia! ¿No sientes su influjo? Es sávia que nutre las plantas más débiles.

—Poco fruto sacan de ella la expontaneidad y el instinto de los años juveniles. En la edad de la reflexión, se impone á la inteligencia. Cuando se tiene vida propia y conciencia de sí mismo, se hace más comprensible; pero el cerebro á solas, no hace el hombre: las

ideas no activan el espíritu ni le calman: la ciencia, según dicen los mismos hombres pensadores, no logra aficionarnos á la vida porque suele mostrárnosla en su espantosa nulidad. El corazón la embellece por medio de las vibraciones del sentimiento. Hay quien afirma que los grandes pensamientos vienen del corazón. Allí donde todo es arte, todo tiene que ser alma, y nada sería de la facultad de conocer, si no poseyéramos la de sentir é imaginar. Este es un punto de vista viejo que siempre será nuevo.

—Pues la ciencia presente, no es de tal condimento y sabor. Por sí sola, asegura el progreso indefinido: hace al hombre dueño de la naturaleza y le anuncia como el Dios del porvenir.

—Cuando me duele la cabeza, digo: ¿Qué obsesión será esta? ¿Si me atacará la manía perfectible? Y contraigo mi cerebro para evitar una explosion. Tú no sabes lo horrible que es la preocupación excéptica; la divagación, el caos del pensamiento.

—Vaya si lo sé! Hay cerebros huecos que al calor de la idea, sacan civilizaciones y sistemas como las gallinas sacan pollos. Si hubieras estudiado antropogenia verías claro.

—Ya salió lo del huevecillo generador de la humanidad; las selecciones; la teoría evolutiva y la armonía universal.

—Fermento de doctrinas nuevas y audaces.

—Audacias viejas; ideas renovadas que salen del bombo segun les toca. Ya sabes que el raciocinio, segun Descartes, reside á sus anchas en aquella glándula pineal del tamaño de un guisante: el guisante toma cuerpo y quiere convertirse en mundo.

—Mejor es delirar con valor que discurrir con miedo.

—El sincretismo trae una potencia discursiva que asusta. La verdad se reviste para no ser conocida, mientras andamos desnudos, como el loco del cuen-



to, con la tela al hombro, hasta ver en qué pára la moda, ó siguiendo sus usos, nos vestimos de cien colores.

—¡Qué abundancia de trajes en la comedia humana! Tantos cuantos inventa la ciencia con sus divisiones, la filosofía con sus sistemas, la política con sus leyes.

—La política, antes y después de Maquiavelo, dicen que fué arte de negociar la conveniencia propia. Tal vez por eso nada exista ni prospere sino el *politiqueo,* que da el tono á la ciencia y la filosofía, con sus positivistas, deterministas, evolucionistas y acopiadores de palabras que no están en el diccionario.

—Esos son fisiólogos y psicólogos trascendentales, que ven el *medio exterior* en su levita, y ensayan el experimentalismo, arte objetivado ó democrático, que, en resumen, proclama el absolutismo de la forma. Anatómicos que quieren meter la nariz en lo imposible; fanáticos de la matemática; nominalistas, cada cual con su fórmula, procedimiento ó invención en el bolsillo; sino que ninguna de esas correctas teorías pesa lo que la palanca de Arquímedes; ni alcanza lo que el telescopio de Galileo. Eché el fósforo á muchos de esos apóstoles, y ví que su cerebro burbujeaba como podría cocer y evaporarse el agua de cerrajas. ¿Y qué me cuentas de las costumbres?

—Cambian de cara pero no de piés. Siguen dando su vuelta al rededor del vicio, ideal de la literatura que inventó el realismo tísico y ahora inventa el naturalismo morboso de la clínica francesa.

—¡Últimas evoluciones de la estética!

—Posturas que producen hipos, bostezos y hedores. Si todo lo que se agita, pensara!... Si todo movimiento fuera progreso...!

—Lo es para la libre educación intelectual, el arte humanado; el espejo del mundo actual; los hechos pintados por sí mismos.

—¡Los hechos! Oye á Campoamor: «¿Qué tiene que ver el arte con semejantes groserías, si no son antes purificados por el calor del sentimiento ó por la luz de la razón?» Ese medio servil, copista, que traslada al papel su minucioso estercolero, y que aborrece tanto la retórica como la metafísica, las imágenes, el ritmo, y la prosa culta; por abuso de sinceridad y con la mayor naturalidad del mundo, ha dado en el personalismo y la desvergüenza; en la retórica de las malas costumbres.

—Tanto se desprecia el pudor, amigo *Demócrito,* que va á hacerse necesario. Si á eso llaman la moral en acción, dejo de ser cínico. Si es el análisis, apagaré mi fósforo para siempre.

—Naturalismo moderno: auptosia de la sociedad muerta. Puesto el cadáver en la plancha, tiene por escalpelo la pluma que remueve sus quimos y secreciones, recogiéndoles el arte, como para reliquia se conservaban los excretos del hombre *Lama* de los tártaros.

—¡Oh! ¡la *nouveauté!* ¡la *nouveauté!*

—Nuestros candores duermen ó se esconden avergonzados. Como al fanatismo sucedió la humildad, á la humildad de nuestro carácter sucede la soberbia de la imitación. Tal es el flujo y reflujo de los tiempos. Del letargo vino el crecimiento, y ya fluctuamos entre el reposo y la acción de la vida animal.

—Esa es la vida feliz de mi tonel!

—Justamente, sino que antes estaba vacío, y ahora nos embriaga de placer; de donde nacen humorismo, locuacidad y arte de vivir del chiste, ó del negocio que hace al obrero vividor en vez de trabajador, convirtiendo al artesano en señorito, al medio-caballero en duque y al noble en caballista. ¿Y no querrán que me ría?

—Pues yo despreciando, y tú derrochando sarcasmos, nada conseguimos. Lo mismo fué ayer.

—Lo mismo las viejas sociedades, en que todos querían encaramarse unos sobre otros. Lo mismo nuestra abuela la sociedad de manolas y cofrades que revolvía las beatitudes con los vicios. De sus cínicos han salido nuestros excépticos. La *petimetra* de escuetas formas y *escarpines de la valentía* que no alzaba los ojos del suelo ni daba la mano, nos trajo la *polla* espátula, equilibrista en sus tacones á lo *Luis XV*, que *toma varas* y para dar la mano, empina el codo. El *lechuguino* ó elegante *tónico* es el padre de nuestro *gomoso*, si no que en lugar de frac *verde pistacho*, lleva levita blanca, y se remanga el pantalon cuando llueve, en vez de gastar botas á la *farolé. Rigodonistas y gavoteros, barbilindas de la Atala ó la Caramba*, danse de mano con *siete-mesinos y cantaoras* de salón y con *galopistas ó cotillonistas* de Hotell; salvo que aquellos aprendían á novios, y solían ser malos maridos, y ahora aman en abreviatura ó por cálculo, y se casan por casualidad. Salvo que entonces, se hablaba del temor de Dios y se dudaba de Él, y ahora á nada se teme, aunque se dude de la misma duda.

—No hay que hablar del pasado á costa del presente.

—¡Esa es otra moda que pasó! Mira, *Diógenes*, no gastes más cerillas: nunca has de ver más que lo que sientas. La humanidad ha sido siempre tal y como la pobrecilla puede ser. Hay que aceptarla como es. Cuanto la razón reprueba, ha pasado y pasa por lícito en el mundo. Los perfeccionistas y renovadores sociales, con su ley exterior y su libre albedrío, no han podido más. La lucha está en pié. Y si en cuanto á leyes morales nunca estuvimos bien, oye lo que dice Valera, en punto á estar mal: «En punto á estar mal somos potencia de primer orden. El país es pobrísimo: la gente de cierta educación no tiene en qué emplearse. De cada diez ó doce señores de levita, so-



bramos nueve ú once. Nuestra tierra es estéril y no puede soportar tanto caballero!...» ¿Qué tal?

—¿Y el pueblo sufre, como dicen?

—No; vive como todo, riéndose de los que asientan no haber desatino que no esté patrocinado por la voz popular, porque el pueblo aprende de arriba á ser señor, y juzga y discurre con relación á lo que en su torno ve, haciéndose práctico y tomando humos de culto. Perdió las castañuelas, pero conserva la vihuela y la bandurria; baila polka en lugar de seguidillas, y va convirtiendo la taberna en café. Como un día sí, y otro también, le dan algaradas y fiestas, huelgas y espectáculos, sigue el movimiento y el compás. Desecha costumbres que fueron su delicia y mantiene otras que caerán cuando éstas vuelvan. Sólo los tontos van ya á *esperar los reyes*, á *enterrar la sardina*, y al *Pardo por bellotas;* sólo los necios comen *puches en noche de Todos los Santos,* y piden *la cebada* á *San Antón*. Pero el pueblo de la *romería de San Isidro*, de la *verbena de San Juan* y de los *Toros*, siempre es el mismo.

—Á fe de *Diógenes* castellano, que me gustan los toros y que voy al encierro sin poderlo remediar.

—Calla, que por ese camino todos vamos al encierro. El pueblo grita ménos y discute la lidia: tiene fe en su arte y va á pié á la corrida. Es el día en que mejor luce su sudor. ¿Te parece escaso sacrificio verse reducido á seis toros, en Domingo, de los catorce que le daban ántes, los Lunes?

—Es verdad.

—No le preocupa eso; ni su escasez, ni el hoy, ni el mañana. Mientras en España abunden pan, vino y minerales, de sustento alegría y cobre no ha de carecer. Mientras este cielo tan hermoso, resplandezca y brille espléndido el sol, no ha de faltarle que tomar.

—Veo, caro *Demócrito*, que tú y nuestro pueblo haceis mejor la sátira que las costumbres.

—Las costumbres son obra del tiempo que teje y desteje la urdimbre social. Goethe dice que toda idea es una reproduccion. Todo está practicado, sentido, expuesto ó descrito; todo triturado ya. La sátira tiene sus matices y reflejos de una época, ó de una generación; sus sarcasmos líricos ó su prosaico pincel. De Horacio á Labruyère, mucho se ha pintado en el mundo. Hurtado de Mendoza, Quevedo, Lesage, rasguearon á los pícaros con bastante naturalidad. Rioja y los Argensolas, á los cortesanos. Literatos y pedantes, sufrieron los dardos de Moratín, Pitillas y Bretón. *Fígaro* y *Fray Gerundio* trataron la política y sus farautes, en estilo naturalista, y *El curioso parlante* fué de la acuarela de costumbres, culto iniciador.

—¿Y qué consiguieron?

—Realizar la libertad artística en amplios relieves de la sociedad de su tiempo, retratándola con exactitud, sin descender al libelo, ni á la censura personal. Sentir lo que pensaban y suavizar la idea con galas estéticas fruto de un optimismo consolador. Reflejar la verdad del lado bello, sin renegar de la virtud por necio alarde de fundar una moral en el desprecio de las acciones honradas. Sacar defectos, corregirlos, flagelarlos, sin puntualizar ni apurar extremos de una realidad inverosímil. Trocar el mundo microscópico por la inmensidad del mundo.

—¿De suerte que tu arte es anárquico como las costumbres? ¿No admite reglas, ni teorías científicas, ni se inspira en ideales de la moderna humanidad?

—Veo piedras miliarias que señalan los progresos y distancias de las literaturas, pero separo en mi paso con la punta del pié, esas piedras de escándalo que representan caídas, bajezas, angustias, crímenes y pecados sociales; desórdenes y efectos monstruosos; apartándome de la corriente de ideas sofísticas que huyendo del exclusivismo romántico dieron en el ex-

clusivismo real; de la severidad clásica en el despotismo de la materia, y del deseo de conocer en la intemperancia de teorizar. Ni entiendo de abstractas disquisiciones y de laberínticos sistemas que tanto contribuyen al desequilibrio entre la perfección física y la perfección moral.

—¿Cuál es tu objetivo?

—Lo bello. Lo feo jamás. Estos llamados nuevos conceptos del arte le encierran en moldes muy estrechos. De el arte por el arte, y el arte por la idea, quieren llevarnos al arte por la forma. ¿Y por qué no hemos de ir al arte por la belleza moral? La teoría científica es vieja; del arte lo verdadero; de lo verdadero lo bello; y de lo bello y lo verdadero, lo bueno. Mirando de este modo la humanidad con el lente de nuestro siglo, la veríamos bien y ¿quién sabe, si podríamos mejorarla?

—¿Y crees en el arte?

—Para sentirle hay que creer en él, y el que cree en el arte, no está léjos de creer en Dios que es su finalidad.

—¡Ríe y pinta los átomos!

—Y pintaré el guisante en torno del que vuelan las partículas del hemisferio visible; las alas negras del pesimismo evangelizador.

—Está visto que tú no traes escuela, ni entras en el gremio literario de la Iglesia militante.

—Si es á costa del alma literatura, no quiero entrar.

—¿Qué libro es ese?

—Esbozos y siluetas de figuras flotantes. Fases características de tipos humanos. Condensaciones de la naturaleza social. *Perfiles y colores* de la vida madrileña, cogidos al vuelo; de impresión, en presencia del objeto; con una de cal y otra de arena, mezcla de realismo ideal y de idealismo real. ¿Entiendes?

—El viento arrecia y nos azota. No desconfío de tu

completa curación. Con esto, buen *Demócrito, Salutem!*

—*Diógenes*, salud!

Diéronse las manos, y cuando se separaban, pasó entre ellos un *bohemio* ingerto en chusco, y saludóles familiarmente, diciendo á *Diógenes:*

—Adios, Domínguez.

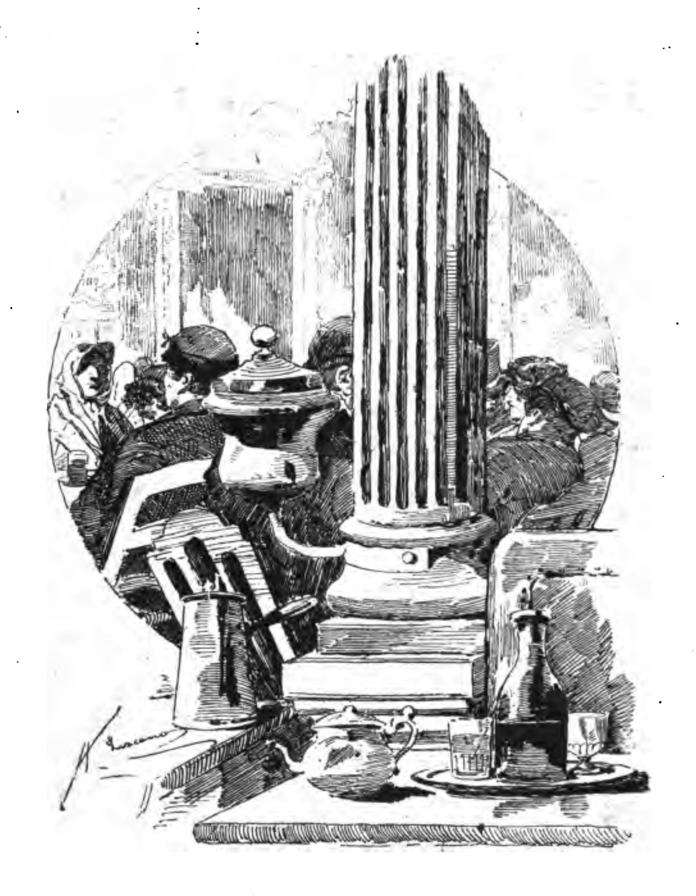
Y á *Demócrito:*

—Adios, Donaire.

Nombres de entes vulgares, á que no se dignaron contestar.



LAS SEÑORAS DEL CAFÉ.



LAS SEÑORAS DEL CAFÉ.

Serenas resbalan las horas en el café de vecindad; amena y jovial se desliza la existencia en el *Asiático*, donde se sirven cenas suculentas, así de *gallina en pepitoria* como de *caracoles á la marinera*. Refrescos, *leche amerengada, queso* y *quesitos;* pastelillos y *anisado del Mono; sopa de yerbas ó de almendra*, y especialidad en *tostadas*.

¿Y qué me dicen Vds. del servicio? Hay para cien parroquianos, dos camareros con sus correspondientes *echadores*, que hablan dialectos cántabros y otras lenguas. El local es chico, pero le ensanchan dos espejos mayúsculos de luna opaca. ¡Y qué lujo! Mesas imitando mármol sanguíneo; diez lámparas de petróleo como diez soles; banquetas donde podría uno estar sentado toda la vida, y techo floreado de papel de dos reales, y bajito para que la música no se pierda en los espacios. *Billar*, *tresillo*, *lotería*, *mús* y otras distracciones elegantes. Fósforos, papeles públicos y billetes de rifas; piano diario hasta las tantas de la noche; bolero coreado y *cante* de andaluzas y patrióticas, dos veces á la semana. También se dieron un año conciertos matutinales, pero hubo que suprimirlos por exceso de concurrencia gratuita, y porque el director del cuarteto tuvo que empeñar el fraque que le había mandado hacer el dueño del café, y no pudo volver á presentarse.

Desde entonces la escogida concurrencia que atesta el local, compuesta de lo más selecto de los barrios centrífugos, se halla suspensa de las armonías que derraman los dedos del profesor de piano y organillo expresivo, joven bastante reputado, y de los talones de la bolera siempre firme, aunque un tanto entrada en años. Llámanse estos artistas, Pepito Tarín y la Felipa, y no se sabe qué admirar más, si el compás del primero ó el jaleo de la segunda.

¡Lo que allí se goza! Las paredes tienen miel, el cafetero la adhesión de todas las clases; los camareros, acreedores de cenas al fiado, furiosas simpatías; el pianista y la bailarina, una clac que parece una caja de truenos. Comienza una sesión ordinaria, es decir, sin baile ni coplas, y en ella se dán á conocer los abonados.

El *Asiático* está en su plenitud de once á doce de la

noche. Á esta hora se atropella la concurrencia, y sus tertulias principales, son: estudiantes de medicina, gente alegre y dicharachera que no todos toman; cesantes de varios ramos; comerciantes que viven de la quiebra; grupos de músicos que no tocan pito; reunión política de sujetos de profesión desconocida, presididos por una peinera y su edecán el peinero; caballeros de medio pelaje forman otras secciones. En varias mesas, militares de reemplazo y carabineros en activo servicio. Un sujeto aislado, que asiste puntual y cotidianamente á tomar una botella de cerveza, sin que apenas se haya oído el metal de su voz, ni se sepa quién es ni cómo se llama. El mozo le tenía por mudo, pero una noche le pisó un callo y el aludido no calló. Hay otros muchos parroquianos ménos consecuentes; otros de asistencia tercianaria; abundan los transeuntes y se distingue por lo bullicioso y favorecido el velador donde brilla y consume gratis la Felipa, y otro inmediato donde sienta sus reales Tarín, cuyos tertulios aseguran que se han dado casos de venir gentes de fuera de Madrid, expresamente á oir al maestro.

Para completar el pintoresco cuadro, falta lo principal, las señoras del café, el bello sexo encantador que allí mantiene el espíritu sociable de estos tiempos. Á la hora convenida empieza la exhibición: todas vienen compuestas y emperejiladas al culinario templo, y se colocan en las mesas próximas á las de los jóvenes incautos, desplegando la astucia del cazador de lazo ó del pescador de red.

Dos jamonas forman la avanzada exploradora; huerfanitas que, segun dicen, *hase veintisinco* años que perdieron á mamá y papá en Marbella. Más de dos tercios de siglo suman sus edades, y todavía son coquetas; en el café se las conoce por las *francesillas*, por llevar el pelo teñido de color de oro; sus fées de

bautismo las nombran Nemesia y Casta, y cualquiera de ellas al hablar de la otra dice «la niña.» Al presentarse saludan con majestad de reina á los consocios:

—*Felises*, Remigio. —Buenas noches. — Abur don *Sesilio*. — Señores....—Señoras.... ¡Jesús, qué *calórico!*—Abur, Tarín. Y alzando el codo á la altura de la vista, dan á éste un apretón de mano de golpe y porrazo.

Aparece Domingo, mozo de su confianza.

—Abur, Domingo. Limpie V. un poquito. ¡Qué *susiedad* la del *Asiático*. ¡Uf, qué humo! Está esto hoy abrumador. ¿Hay agua fresca? Pero, por Dios, que no sea del *Losoya!* Por ahora no queremos más.

Siéntanse con la mayor dignidad posible, y se quitan las toquillas con madroños que traen sobre el promontorio superior, donde forman una *montaña rusa*, desperdicios de crepé, caprichos de pelo atirabuzonado, lazo de cintas amarillas y verdes, una dalia de papel rojo, dos mariposas de concha imitada, y otros accesorios de belleza. Las *francesillas* atisban á los aprendices de *gomoso*, á los médicos en agraz y á los carabineros; envidian á la peinera; tosen cuando alguno entra ó sale; se sonríen con un prestamista; y estudiando sus posturas y aquel mirar de ojos

tan zaragatero, *toman varas*, cuando no hallan otra cosa más sustanciosa que tomar.

De pronto miran con mal disimulado enojo á la puerta, por la que acaban de entrar sus émulas las señoritas de Perogordo. Cuatro hermanas, á cual más pizpireta, que vienen seguidas de su mamá. Éstas no la han perdido todavía, afortunadamente, y de ello deben felicitarse, porque si son necesarias las madres á todas las hijas de la gran familia social, ménos que todas pueden verse privadas de ellas las señoritas de café, que aspiran á casarse y necesitan fuerza moral.

Nemesia, al verlas, dice á su hermanita:

—Ya están ahí las reventantes de las *Perogordas.*

Y Casta replica:

—Valientes *salameras: cursilonas* que vienen aquí á su *negosio.*

Las *Perogordas* ya están sentadas: Hanse arrellanado en un diván frontero al de las *francesillas* y colindante con la mesa filarmónica de Pepito: unas y otras se saludan enseñando la caja de los dientes, con risita de conejo.



Doña Espectación, viuda de Caña, cuyo marido falleció el día que contaba nueve hijas, presenta un físico incapaz de hacer traición al apellido de su esposo. Sus niñas—las cuatro que le quedan, pues se llevó el Señor cinco—pensaron un día que el apellido de Caña no era propio de una familia de delgadas, y resolvieron sustituirle con el de *Perogordo*, que es el de la mamá. Fírmanse desde entonces así, y desde entonces

las señala el vulgo con el dictado de las *Perogordas*. Doña Espectación, con su voz vagamente aguda y decaída por los padecimientos físicos y morales, nos dará á conocer sus caracteres, atractivos y nombres, delicia de los aficionados y cursantes en la escuela de Cupido, que en torno de su mesa han ido arrastrando las banquetas, despues de los saludos y llamadores de manos correspondientes.

—Vamos, niñas, aunque todavía es pronto, ya podeis ir pensando lo que vais á tomar: y añade por lo bajo: —Hoy tomamos todas, —lo cual significa que no piensa pagar lo que consuma; pues cuando el gasto ha de satisfacerse de su bolsillo, se pide de lo más barato y quedan sin ración las bocas á quienes, según el más rigoroso turno, toca ayunar. En ocasiones se ceden los turnos y toma dos veces seguidas la que tiene más sed ó más gana; otras, piden todas agua con unas gotitas de cualquier cosa y azucarillos: lo más usual es que se asigne á cada una lo que ha de tomar, obligándose las agraciadas de aquel día á hacer tres ó cuatro finezas á las bocas de reserva, para no dar á entender que la patria está oprimida.

Con un «Beso á Vd. su mano» han saludado á coro las niñas á Tarín. Los abrigos se han metido hechos un lío debajo de la mesa; los dedos de cada niña han aderezado sus tocados; sus rostros ostentan una espesa capa de *blanco cera de Matilde,* vulgo harina de costal, y toma la palabra Doña Espectación:

—¡Es mucho el afán de estas hijas por no faltar al *Asiático!* Más de dos horas se han estado vistiendo y casi se vienen sin vestir; María Dolores, está delicada de los sabañones; María Francisca se entretuvo leyendo el folletín del *Cencerro;* María Rosa... —Niñas, no me hagais señas—quería acabarse ese *fichú*, y al fin no se le acabó, y María Cruz tiene días de murria ó *espline*, y hoy ha sido uno de ellos. ¡Pobrecitas! ¡Si

vieran Vds. qué alhajas son! No es porque estén delante, pero ni con la linterna de *Ydiogeno* se encuentran cuatro chicas más cabales. Cruz, para el bordado á cadeneta: Paquita para la plancha, pues riza hasta allí! *Doloritas*, para la máquina, y María Rosa, para el *canto* y para otras chucherías, pues hace *suspiros* mejores que los de las monjas de Pinto, *Buñuelos de garbanzo* y *calandrajos*.

Los contertulios sueltan una carcajada subversiva al oir tal nombre, y la mamá continúa:

—¡Calandrajos! Pues ahí es nada! Sin duda Vds. no los han probado nunca; pues hijo, son cosa exquisita y muy á propósito para tomar una copa de *cura-asao* ó de cosa semejante. En casa los hacía la abuelita; después los hizo mamá, luégo yo, ahora mis niñas. Por un *calandrajo* me casé yo con mi esposo; pues me *sosprendió* un día con la masa entre los dedos, y cuando se le dió á catar aquel bollo tan rico y tan doradito se quedó que no parecía sino que se había comido un pavo *trupé*. Aquel día se enamoró Caña perdidamente de mí, y á los siete años justos de relaciones, me llevó al altar... ¿Pero no tomamos, niñas?—exclama en brusca transición la señora de los calandrajos, llevándose la mano á la boca para contener furtivo bostezo. Yo he comido á disgusto, hijas, y estoy resentida del estómago.

—Yo tampoco he comido bien, dice el joven Ezequiel, alumno de Administración Militar, por lo cual voy á acompañar á Vds.

—Sí, sí, *Zequiel*, tome V. lo que guste.

—Donato, la lista—grita el joven intrépido, y un murmullo general anuncia que Tarín se ha sentado al piano.

Revélase la impaciencia en miradas é interrogaciones: todos dicen:—¿qué tocará?—Y las *francesillas*, colgándose la servilleta, sonríen diciendo:—Nuestra es la jornada,—mientras el Thalberg nocturno del *Asiá-*

tico, después de algunas escalas *tropezantes*, entra en materia.

—¡Jesús! ¿Qué es eso? Exclaman las *Perogordas*. Música macarrónica. Eso es *Tro-*



vador.—¡Cá! dice Cruz, *Hugonotes*.—¡Qué atrocidad! hijas, añade Rosa: *Hernani*.—Te digo que no.—Te digo que sí.—¿Qué apostamos á que es el aria de tiple de *Hernani?*

Doña Espectación, que empezaba ya á entornar los párpados, se enfada:

—¡Callad! ¿Qué importa que sea aria de doble ó de *triple?*

—Pero, mamá, si digo que son *Hugonotes!...*

—Pues yo que es *Hernani!...*

—Pero, señor, repite doña Espectación, ¿qué más dará *Moñotes*, que *Hernández* ó *vice-verza?*

Llega el mejor momento del aria, cuando Nemesia y Casta empiezan á engullir dos tortillas á las finas hierbas, que este es el refresco con que suelen atemperarse.

—¡Ya están atracando aquellas! murmuran sus antagonistas. Y eso que hoy no tienen quien pague.

—Ya saldrá el primo, refunfuña la mamá.

Las *francesillas* conocen que se habla de ellas, y dicen con retintín:

—Hija, hoy está esto muy *cursilón.*

—¡Qué *atrosidad! parese* que estamos en la *Plasa de la Sebada!*

Tarín zurra las teclas, y cuando la pieza está en su mayor brillantez, asoma en el salón la peinera y habla así al peinero:

—¡Qué bien cantaba esto Ronconi! ¿Te acuerdas, Melitón? En tanto Ezequiel lee la lista en alta voz:

—*Jamón frito con tomate*, 6. *Idem con huevos*, 6. *Idem en dulce*, 6. *Idem á la granadina*, 8. *Idem á la portuguesa*, 10.—Rompe la concurrencia en un estrepitoso aplauso al pianista, y Ezequiel dice al mozo:

—Café con media tostada de abajo.

Suena otro aplauso más fuerte y exclama doña Espectación:

—Hijas, ¡qué aplausos tan *nutritivos!* ¿Con que, qué vamos á tomar?

Una de las niñas:

—Con *la* calor no sé qué hacer. ¿Hay sorbete de *flor?*

—Se ha acabado.

—Pues, Donato, tráigame V. menudillos al natural.

—Á mí, dice otra, chocolate con picatostes grandes.

—Á mí, ternera en salsa, si la hay del día, y sino una *riñonada frita*.

Y la cuarta, no queriendo tomar nada, pide leche caliente y pan con manteca de Flandes, á reserva de pedir luégo lo demás.

Faltaba la mamá: las chicas y los muchachos la animan á que cene sin duelo.

—Bien lo necesito, caramba, porque tengo una dejadez y una pena tan grande en el estómago que es por demás. Siento una bulla interior que ya, ya! Pero no sé qué tomar: estoy vacilando entre dos cosas: *chuletas* ó *caracoles*, y me parece que me decido por las dos. Mira, Donato, tráeme caracoles y chuletas, con vino, una ración cumplidita de sardinitas de *endenantes* y un quesito.

—¿Helado?

—No, hombre, de bola.

Y el mozo parte como un rayo hacia el mostrador, mientras á Ezequiel no le llega la camisa al cuerpo, porque según su cuenta, no lleva en el bolsillo más que unos siete reales, en vista de lo cual se entabla entre los amigos este diálogo á la sordina:

—Remigio, ¿tienes dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco reales.

—¡Me has muerto!

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo ménos un duro, para pagar.

Remigio se vuelve á Paco Zancas:

—Dame un duro.

—No tengo más que tres reales, en perros.

—Pues pide con disimulo á López.

Consultado López, declara no tener un ochavo, y aquí empiezan los apuros y los sudores de aquellos abonados á la *cuarta pregunta.*

María Rosa pide un papelito de cigarro y un lápiz, y escribe lo siguiente:

«Amigo Tarín: es *ustez* un pícaro que no *ciere* tocarnos el *bolero de las visceras. Sulla afeztisima* María-Rosa.»

Donato, que acaba de llegar con la opípara cena, se encarga de llevar al pianista esta misiva, advirtiendo que ya ha tenido varias exigencias, pues D. Pepito está siempre muy solícito. Á todo esto, doña Espectación se ha engullido una chuleta de padre y muy señor mío, y se entretiene en chupar caracoles, exclamando á cada soberano pellizco de panecillo y á cada mojada en salsa:

—Donde me ven Vds., estoy comiendo sin gana, porque tengo perdido el estómago.

—Pues el día que V. le encuentre—contesta Ezequiel—ya se puede preparar el cocinero.

Otro se acerca y dice:

—Las *francesillas* están quemadas porque Tarín no toca la *Traviata.*

Pero en este instante el piano preludia aquello de:

Gran Dio, morir si giovine!

y las *Perogordas* braman de indignación al ver el desprecio que se hace de la música clásica.

Observemos á la peinera, que devora un *grande de limón,* porque dice que tiene bilis con las cosas del Gobierno. Un estudiante de medicina la ha rogado que saque la lengua para cerciorarse del verdadero estado de su salud, y ella abre la boca de par en par para que los contertulios se fijen en sus blancos dientes. Melitón, el peinero, les guiña el ojo, dándose á

entender que va á hacerla hablar, y la presidenta de aquel embrión de club, se expresó así:

—Hay que desengañarse: salimos de Herodes y entramos en Caifás: estos son los mismos perros con distintos bozales. La nación está trinando; nadie tiene una peseta, ni nadie hace caso del comercio, y sino que lo diga éste, que no vende ni un mal cuerno. ¡Qué tiempos! Y la culpa la tienen los liberales por ser tontos. Yo me he pasado la mano por la cara y ya no soy la que era; porque esto está visto y hay que arrimarse á la gente que gasta peinetas de concha. Gato constipado huye del agua caliente, y ya saldrán las que hay en casa guardaditas, que á peso de oro las hemos de vender! Callen Vds., por Dios, que da náuseas ver que ya nadie se peina ni se lava la cara. ¡Pobres artistas! Figúrense Vds. que en ocho días hemos despachado por junto una lendrera! Claro, para alguno de la situación, porque todos traen que rascar. ¿No he de tener bilis? ¡Y tanto como decían estos hombres que íbamos á atar los perros con butifarras!.. ¡Pinturas y nada más que pinturas! Del dicho al hecho hay gran *techo!*

Llega el fatal momento de la liquidación en las me-

sas de las *Perogordas*, y Ezequiel palidece. El mozo, cuando nadie se acordaba del santo de su nombre, ha dicho: — ¿ Llamaban Vds? — y esto es tanto como decir: ¿Me pagan Vds. ó no? Doña Espectación, por debajo de la mesa, toca en la rodilla á Ezequiél; éste baja la mano, y la viuda de Caña deposita en ella una moneda de veinte reales, con el busto de cualquier rey cesante. La dignidad del muchacho parece inclinada á resentirse, y ella le dice con disimulo:

— Hombre, no sea V. niño. Lo he comprendido todo; hoy por tí y mañana por mí!

— ¡ Qué rasgo! piensa Ezequiel.

— ¿ Cuánto es todo, Donato?

— Ocho pesetas y diez céntimos, señorito.

—Ezequiél, que estudia matemáticas, echa esta cuenta: de 27 á 32, van 5..

No tengo bastante.

— Te equivocas; esto no debe importar más que 27 reales.

El mozo rectifica:

— Lo mismo da.

— Pues toma; y le entrega cuanto tenía en el bolsillo.

—Este duro no es duro: replica Donato con gravedad, es de 19. Napoleón... y ya andan pocos!

— ¡ Napoleón! exclaman todos sorprendidos, y Crucecita, con sumo candor, añade: — Pues mamá tenía uno, pero falso.

Doña Espectación se atraganta con una corteza de queso de bola; bebe agua y se le va por las narices. Ezequiel se aturrulla, Donato ha sonado y examinado el Napoleón, y dice con sorna:

— Pues este también es falso.

En aquel difícil momento, preludia Tarín una nueva pieza, y varias voces que ahogan la del mozo, vienen en socorro de Ezequiel.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Música! ¡Música!

Y las niñas repiten:

—¡Música! ¡Música!

Y la mamá añade:

—¡Música, música, música!

En tanto llega, reventando de gozo, Telesforo Dávila, otro imberbe contertulio de las *Perogordas*, que acaba de ganar veinte duros de un golpe, y grita descompuesto:

—Hola, ¡mamá! ¡niñas! ¡señores!... Donato, devuelve ese dinero á escape, que aquí no paga nadie esta noche, y tráeme jamón, merluza, salchichón de lenguas, vino de Rueda, dulce de guinda, café, rom y habanos de los mejores.

—¿Pues cómo es eso? dicen todos, alegremente sorprendidos.



—Toma, porque me ha tocado...

—¿El qué?—pregunta una niña.

—¡Aquello!

—¿Qué es aquello?

—Las niñas, la interrumpe doña Espectación, no son curiosas. Él paga, y no nos importa lo demás.

Y dice á Dávila al oído:

—¿La ruleta, eh?

Y Dávila insiste en que han de tomar todos un *plús-café*. Las niñas le piden puro y con poco azúcar. Mamá

demanda una copita de *aniseta de Bordón* y los amigos una ronda de coñac y marrasquino.

Tarín toca la *Lucrecia*, y el auditorio de la mesa de las *Perogordas* se indigna porque no le llega su turno á Meyerbeer.

—¡Noche prosaica! exclama María Rosa.

Las *francesillas* repican en un vaso con el cuchillo, y nadie responde.

—¡Qué servidumbre la del *Asiático!* murmura Nemesia, y vuelve á estrellar su mal humor en el cristal. El timbre del mostrador se agita; acude gruñendo el mozo á la mesa donde tocan á rebato y dícele Casta:

—Domingo, nos retiramos; porque la niña está fatal de la cabeza y yo también estoy algo echada á perder. Distraída me he venido sin un *séntimo*. Mañana pagaremos. ¿Cuánto se le debe á V.?

—Con lo atrasado, quince duros y dos reales.

—Nemesia pega un bote.

—¿*Quinse* duros?

Y añade Casta:

—¿Está V. en su *juisio?*

—Diez y siete cenas; nueve almuerzos; un thé; siete reales de fósforos; ocho de periódicos; y tres duros á préstamo: trescientos dos, justitos.

—Domingo, esto es *ferós*, no puede ser.

—¿Deber nosotras *quinse* duros? Ni en mi vida ni en mi alma!

—Nosotras, berrea la *francesilla* mayor, pagamos casi siempre al contado; y lo que nó, lo abonan los amigos que se sientan en nuestra mesa. Ya ve V. qué *desensia* sería que nos dejaran pagar cuando *conosemos* á tantas personas finas.

El mozo va á hablar y Casta se lo impide.

—Calle V., hombre, calle V., que ya no puede venirse á este *establesimiento*. Los tres duros sí *hasemos* memoria de habérselos pedido á V. un día que nos

salimos de casa distraídas; las *senas* también es posible nos las hayamos *senado*, y los *almuersos* pasen; pero lo demás!... Y el caso es que los que lo oigan, podrán creer que!...—*Cabayero*, añade, dirigiéndose á un *gomoso*, pedazo de almidón, nuevo en aquella plaza, que oye la cuestión desde la inmediata mesa. Sea V. *jues:* este *moso* está trascordado y se empeña en abochornar á dos señoras. Yo soy Casta Venera, y mi hermanita, huérfana también, Nemesia Venera, servidoras de V. Papá—de Dios *gose*—fué Contralor; y como nos ven solas... ¿V. comprende? se ataca á nuestra *reputasión. Cabayero*, debemos á V. ciertas *explicasiones* sobre lo de los *quinse* duros, y estamos dispuestas, la niña y yo, á dárselas, porque esto no puede quedar así. Haga V. el *orsequio* de venirse con nosotras, y se lo explicaremos todo.

—Sí, *cabayero*, añade Nemesia, sentimental; venga V. un momento á la calle de *Peligros;* nosotras quedaremos en el lugar que nos *pertenese* y V. tomará posesión de su casa.

—¡Muchacho!—dice el tranquilo D. Quijote, arrojando una moneda de cinco duros sobre la mesa, cóbralo todo.

—¿Y lo atrasado?

—Eso otro día ¡por Dios! repone Casta.

Las *francesillas* recogen: el relamido, por ir de prisa, se chamusca la lengua con el último sorbo de café, y se levantan cuando empieza el piano la *Rondalla de Zaragoza.*

—¡La *Rondalla*, la *Rondalla!* exclama Nemesia entusiasmada, y la hermanita contesta:

—Niña, vámonos, que esta noche nos piden dinero.

Y de prisa y corriendo, y á medio abrigar, y tomando al descuido los terrones de azúcar que se dejó su acompañante, deslízanse presurosas las *francesi-*

llas, entre las toses, risas y maliciosos murmullos de aquella sociedad.

La peinera guiña el ojo á las *Perogordas* como diciendo: «esas ya pescaron» y la chismografía y el movimiento aumenta con la entrada de las señoras llamadas de *última hora*. Una vieja de pañuelo de hierbas á la cabeza, entra con una niña de sombrero de plumas de gallo. La primera pide vino y carne; la segunda leche con bizcochos; el proveedor que traen al margen, toma chica gaseosa. Luégo aparecen dos lagartos disfrazados de mujer, que esperan que sea más tarde para refrescar, y eso que el reloj señala la una y media. Y á este tenor vanse reproduciendo las figuras de este cuadro.

Acabóse la *Rondalla* y los disparos de fusilería imitados por Tarín con las yemas de los dedos, y éste cierra el piano de golpe en señal de que la *soirée* filarmónica ha dado fin. Al estrépito, despiértase doña Espectación que hacía rato no *espectaba*. Las niñas interrumpen sus diálogos parciales y efervescentes, con cada uno, y al advertir que el petróleo de las lámparas se ha retirado, quedando sólo un par de mecheros de centinela, levanta el campo la comitiva de la calle del Olmo, no sin haber satisfecho Dávila cuarenta y cinco reales y uno de propina, importe del festín.

—¿Quieren Vds. más?—dice el derrochador.

Y la mamá *Perogorda* exclama:

—¡Jesús! Me he quedado *interpuesta* y se me olvidaba lo principal. Donato, haga V. el favor de darme un mojicón. Si no tomara algo antes de acostarme, me podrían hacer daño los caracoles. Vamos, niñas. vamos, que mañana es domingo y hay que madrugar para ir á *Misa de dos*. Taparse bien, que puede cogeros un aire. Debe ser muy tarde; ya está apagado el *Asiático*. ¿Veis? Ya apenas quedamos señoras.

3

—Cójase V., *mamaita*— dice Ezequiel.—No me ha dado V. mal susto con el Napoleón falso.

—Hijo, ¡qué quiere V.! No sabíamos cómo salir del atasco y dije: puede que pase.

—*¡Andiamo!*—gritó Dávila enlazando mano y brazo con los de María Cruz; y detrás marchan en doble hilera, y unidos de manera tan expresiva, María Dolores con Paco Zancas, María Francisca con López, y con Remigio María Rosa. Todos llevan en la boca su palillo de los dientes, como los héroes antiguos ostentaban sus trofeos de victoria, y doña Espectación al salir, saluda al pianista con estas frases, acompañadas de un suave empellón:

—Abur, bribonazo; al fin nos vamos sin que nos toque V. las *Antorchas*. Taparse, chicas, taparse. Écheme V. encima el embozo de su capa, *Zequiel*, que hoy vengo algo ligera.

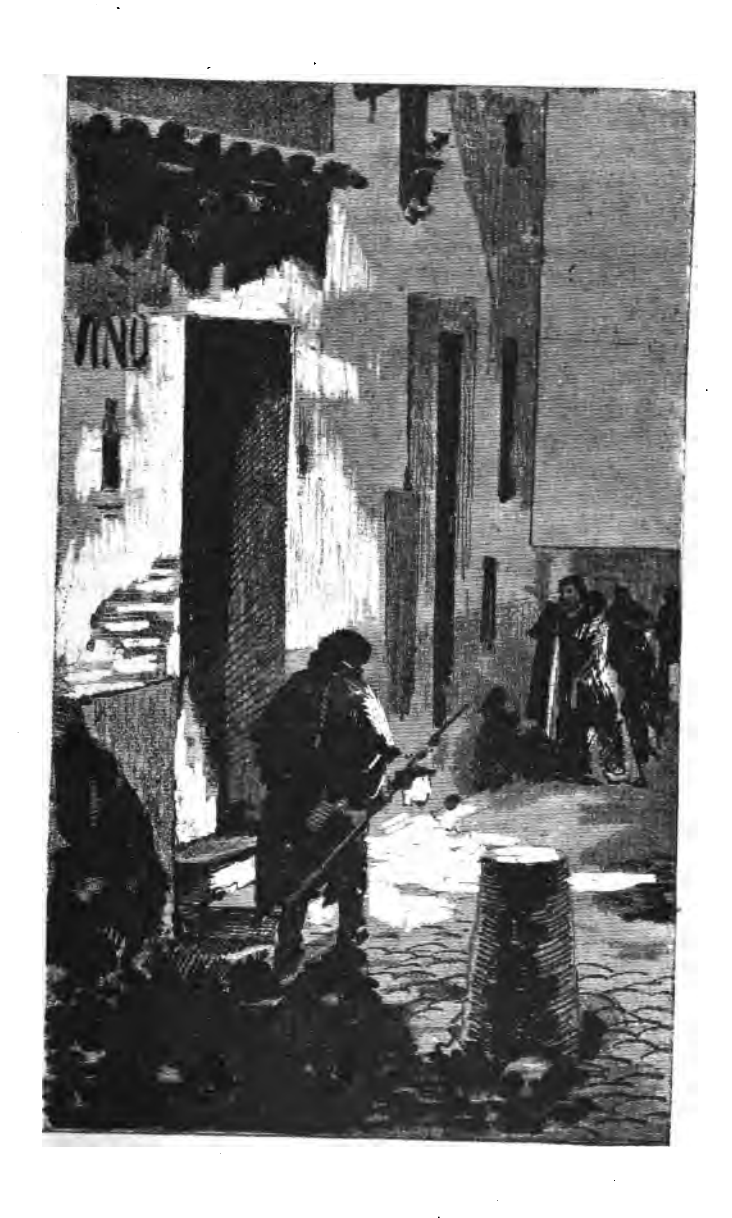
Y al poner el pié en la calle, exclama la buena señora:

—¡Behrr...! qué noche tan *frígola!*

En amena y sabrosa plática de entre gallos y media noche, se transportan á su casa, delanteras á cuatro ó cinco varas de distancia de su tarda madre, aquellas cuatro Marías, residuos de la letanía del difunto Caña. Su viuda va colgada del brazo de Ezequiel, y si pronuncia alguna palabra entrecortada, es soñando, pues desde que acabó de cenar está dormida. Llegado á su término aquel tren humano de recreo, tocan redoble de apretones de manos entre los asociados, y doña Espectación derrama lágrimas de gratitud, por efecto de la helada que cae. Niñas y almibarados mozalbetes llaman gritando al sereno, en escalas y variadas tesituras.

—¡Ceferino! ¡Ceferino! ¡Ceferinooo...!

Mas como la mamá no se halla suscrita á este funcionario, saca un descomunal manojo de llaves que traía en la faltriquera, exige la contribución de fósfo-


VINO

ros para subir la escalera de las nubes, que los amiguitos se apresuran á satisfacer, á pesar de que hay luna, y la sociedad ambulante se disuelve, despidiéndose hasta la noche siguiente. Los amigos hacen coro al sereno que canta las dos y cuarto, y conviniendo en que todavía es temprano para retirarse, vuélvense al café *Asiático*, donde ha aparecido otra estrella: la Felipa, ondina de Lavapiés, digna de ser descrita si no fuera tan tarde. Allí comparte el imperio de la madrugada con la peinera, y mientras destripa dos ó tres botellas en compañía de varios *amateurs* de la aristocracia populachera, la impertérrita oradora proclama las excelencias de la mujer libre, los derechos que la igualan al hombre bajo los múltiples aspectos de ciudadana, individua del *club*, de la *Salvación pública*, directora de huelgas y parroquiana del *Café Asiático,* terminando su *speech* al anunciarse las burras de leche, con este apóstrofe;

—¡Paso á las señoras! Paso al *Café!* La mujer vela! La mujer madruga, y.... ¡ay del hombre que trate de ponerle la ceniza en la frente, porque: Á río revuelto ganancia de *pecadoras!*

CINCO DUROS.



CINCO DUROS.

Corría en todas direcciones, describía rectas y curvas, revolvía las esquinas y de repente... ¡paf! tropecé con un sugeto seco y largo como la hoja de una espada toledana. Alijeré el paso; siguióme puesto al margen; habló, enmudecí; pidió, temblé; rogó, le dí... ¡Me le dió! ¡Me pegó el *sablazo* — suple estafa — del día!

—¿Cómo está V.? me dice, falto de aliento.

—¿Bien y V?

—¿Y en casa?

—Todos buenos.

—Pues yo, ya puede V. figurarse cómo estaré... siete años y medio cesante... Con cinco chicos... mi mujer enferma... papá murió... mamá también...!

—¡Cuadro fúnebre!

—Nos quedó algo... pero con tanto comadrón y dos amas de cría á la vez, y las malas cosechas... Todo se hipotecó... se quedó en manos de usureros, y mis negocios de mal en peor, en fin que hace quince días que no se enciende lumbre en mi casa...!

Aquí se restriega el ojo izquierdo con la manga derecha; sopla auras que vienen á embadurnar mi rostro; ahoga un dramático gemido y continúa:

—Dispénseme V. si lloro en la calle, pero V. será padre; tendrá buenos sentimientos y comprenderá... ¡Hay momentos inverosímiles! Yo estoy en uno de esos momentos... Sólo me resta el viaducto... el revólver que llevo siempre en el bolsillo...! ó cinco duros. ¿Lleva V., por casualidad, cinco duros?

—Por casualidad los llevara, llevaría ó llevase.

—¿Y uno? ¿Ni siquiera puede V. darme un duro?

Consulto mi escuálido bolsillo donde reposaban veinte míseros reales y unos perros, y saco la fatal moneda, recien acuñadita, deslizándola mansamente entre sus dedos que como garfios se apoderan de ella, brillando en la mirada de mi acometedor un rayo indescriptible.

—Gracias, dijo ya con voz entera.—Nada soy; de nada sirvo, pero algun día tal vez pueda yo darle...! y por el pronto me dió la mano con la misma efusión con que me había dado el *sablazo*. Huyó rápido como moneda que rueda, dejándome engolfado en esta reflexión: Desafío á que me atrapen otro duro. Lo mejor es no llevar ni un perro encima. Aprender esgrima para estar al quite, y cuando algun llorón nos diga:—¿Llevas dinero?—contestar:—¿Y tú?—Es tan verosímil, universal y práctico no tener un cuarto!

Peligroso es andar por la calle, pero nada más expuesto que estar en casa, que á veces es caer en la ratonera. El *sablazo* á domicilio se aplica como las sanguijuelas. Le espera á pié quieto el vecino de puerta de calle: el comerciante es un pescador de caña que en descuidándose, se traga su propio anzuelo.

El que compra no siempre paga: dígalo la señora del *sable*, especie de cata-tiendas, de las cuales va sacando su aderezo personal y el de la pupila que la acompaña.

De porte lucido, finos modales y abierta simpatía, la señora llega, pregunta, curiosea, elige, regatea, ajusta un abanico *novedad*, y al recogerle, exclama con melifluo acento:

—¡Pues no me he dejado en casa el porta-moneda! ¡Jesús, qué sofoco!

—Llévelo V., señora: es igual.

—No, no, de ningun modo! ¿Dónde tengo yo la cabeza?

—Señora, V. volverá.

—Eso sí, yo siempre vuelvo, pero...

—Señora, no ha de irse V. del mundo, y si así fuera, más perdía V. que yo..

Y el comerciante, aunque no la conoce, añade:

—Ya la conozco á V.; y la elige una cajita muy linda.

—Conocerme, me conoce todo el mundo. Gracias por la confianza: vuelvo en seguida.

—No corre prisa.

—Abur.

Y al tomar la acera á paso de *presto, prestíssimo* compatible con el bien parecer, decía la pupila á la maestra:

—Pero, doña Valentina, si V. no acostumbra pagar nada de lo que compra, ¿por qué regatea tanto?

—Hija mía, para que el perjuicio sea menor y quede tranquila mi conciencia. Creo que no ha de perderse esa tienda por cinco duros más ó ménos.

Acontece que no estamos en casa porque, aunque estemos, no queremos estar; pero la doméstica que fué recibida por lista, se resiste á creernos cuando la decimos que no estamos y ella ve que no nos hemos ido.

—Serapia, si viene álguien ya sabe V...

—Ya entiendo.

—Para nadie!

—Ya lo sé.

—Es que el otro día...!

—Pierda V. cuidado.

Tilín, tilín.

—¿Quién?

Los señores hablan al paño:

—Visita.

—¡Qué fastidio!

—Algun *inglés*.

—Calla!

El que quiere entrar insiste:

—¿Están los señores?

—Han salido... pero pasaré recado.

—Pase V. esta carta.

—¿De parte de quién?

De parte mía.

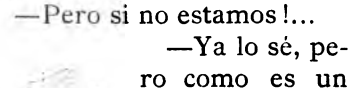
—¿Quién es V?

—Un caballero.

—Pues pase á la sala y tome asiento.

El visitante á traición, penetra, teniendo buen cuidado de no arrastrar el *sable*.

—Señorita, esta carta trae



un señor que hay en la sala.

—Pero si no estamos!...



—Ya lo sé, pero como es un caballero!

La señorita abre el papel y lee:

«Señora: no por ser desgraciado dejo de ser un caballero. Pertenezco á una familia noble, víctima de las vicisitudes políticas. Mi abuelo fué caba-

llero Hijo-dalgo; mi padre, caballero de Isabel la Católica, y un tío de mi esposa lo es del Santo Sepulcro. Ya se comprenderá somos de buen origen. Ni yo, ni mi señora, ni mis siete chiquitines tenemos que llevarnos á la boca, y hemos abierto suscrición pública para alivio de nuestra precaria situación, recurso de que echan mano los españoles ilustres que vienen á ménos. Y contando á V. entre las más distinguidas personas de nuestra elegante sociedad, la invitamos á que ponga su donativo á continuación, pudiendo entregársele en persona, á su afligido seguro servidor:

F. Valdo.

Nota. Los nombres se publicarán en la prensa.

Y á la vuelta: *Lista de suscritores á una familia noble y desgraciada*.

NOMBRES.	Pesos.
La Marquesa de R. y Señoritas.	5
La generala Z.	5
El Barón de Casa B.	5
Un amigo de la humanidad.	5
Un aristócrata.	5
Una ex-camarista que desea ocultar su nombre..	5
El Duque de O. por una vez.	5
Los niños Pepito y Carmen Parafina.	5

(Sigue en otros cinco pliegos.)

—Pues señor ¿qué le daremos á ese pobre caballero para no hacer un mal papel? ¿Pondré un duro? Es poco: todos han dado cinco. Es el tipo... ¡Ah!

Coge la pluma y escribe:

Una señora desconocida, (Clavel 29, 2.º, izquierda.). 5

—Le doy cinco reales y nadie sabe si son cinco duros. Otros habrán hecho igual.

¡ *Sablazo* mínimo !

—¡Esto es insufrible! Habrá que tapiar la puerta ó irse á vivir á la *Prosperidad.*

—Justamente allí debemos irnos.

—Calla, han vuelto á llamar... Es mi primo.

—Adios, bella prima, Buenos días, primo: ¿haces el favor de darme?...

—¡Un tiro!

—No, un fósforo para encender el cigarro.

—¡Respiro! Creí que traías el sable...

—En buena hora vienes.

—El *sable* es para mí una pesadilla, porque con el sable viene la estocada.

—Y gracias á que no te conoce el coronel...

—¿Qué coronel?

—Oye y tiembla, como yo temblé de indignación, cuando llegué á casa de mi suegro y me refirió lo que acababa de sucederle. ¡Estremécete!

—¡Me estremezco!

—Pegaron un campanillazo...

—¡Aquí también!

—Dijo el criado que no estaban en casa.

—¡Aquí lo mismo!

—Se coló un caballero.

—¡Aquí otro!

—¡Demonio!

—Sigue.

El desconocido entraba como en país conquistado. Á cuerpo gentil en invierno; con el sombrero puesto; los canos bigotes retorcidos, y tarareando aire de *Peteneras*. Era el tipo jovial del amigo íntimo. Traía un junquillo con el que fustigaba los muebles, y decía en alta voz: «Que no se moleste. No tengo prisa. Soy de casa.» Y atraído por aquella sirena macho, salió mi suegro en bata, recibiendo un doble apretón de manos de su interlocutor.

—¿Á quién tengo el gusto?...

—¿No me recuerda V?

—Me parece que no.

—¡Hombre, sí!...

—Tal vez...



—¡El coronel Galopar!...—y soltó un latigazo á un caballo de bronce que había sobre una mesa.—Nos conocemos de sobra. Nos hemos hablado mil veces. Usted va á muchas partes!...

—Á varias partes, sí señor.

—Pues allí nos hemos tratado. V. tiene asuntos en Guerra y en Marina...

—Y suelo ir para activarlos.

—Antes de ayer, sin ir más lejos, nos vimos.

Mi suegro levanta la vista y pone la mano horizontal, sobre las cejas, para verle mejor.

—¿No cae V?

—Parece que quiero recordar!...—y no recordaba nada.

—Sí, hombre; Galopar, el coronel!... el que estaba con el amigo Castaño!...

—Castaño: ¡Ah! Mi suegro parece que cae.

—Pues nada; he venido aquí al número 15, para hacer un pago; cosa de mis posesiones de allá. Me encuentro que me faltaban cinco duros y dije: pues tocaré en casa del amigo D. Serafín; y él me sacará del apuro. V. no extrañará la franqueza de un hombre de mi carácter. Mañana irá V. á mi casa á pedirme mil y se los daré sin recibo. Y si V. tiene algun reparo en servirme, no quiero ponerle en compromiso. Á cambio de esa pequeñez, aquí queda en rehenes este brillante, hasta luégo ó hasta mañana sin falta.

Y acentuó la frase.

—Eso no lo puedo consentir, caballero coronel.

—No hay remedio, amigo D. Serafín; de otra manera no acepto.

Y quitándose el alfiler de su corbata le clavó en la bata de mi suegro.

Sacó éste un billete de doscientos, pulcramente dobladito, preguntándole, con sumo candor, si tenía vuelta. ¡Infeliz! El coronel le contestó:

—No señor, pero es igual; mañana vendrá todo sin falta.

Y guardándose el billete, con cara de pescador cuando ve que pican, Galopar salió al galope, haciendo gorgoritos. Don Serafín se puso el gorro que había

tenido en la mano, durante la visita del caballero cubierto, y contemplaba el alfiler lleno de admiración diciendo:

— Siempre valdrá cien duros!

Llegué á punto de enterarme; se examinó la piedra y era, en efecto, todo un tallado de vidrio! El coronel también era falso, pues repasado el escalafón no se halló un Galopar para un remedio, y referido el caso al amigo Castaño, dijo que aquello pasaba de castaño oscuro.

Síntesis: duplo de *sablazo* ó *sablazo* máximo.

Otra carta me sirvió de *indigestión* tras mi almuerzo de ayer. Era un disparo confidencial con el sambenito de «Urgente.» Sabido es que las cartas urgentes sólo urgen al que las escribe. Hay quien no acepta este sistema imperativo: yo le aborrezco y me propongo tener en conserva cuantas misivas me anuncian prisa. Es más; las únicas cartas que pueden recibirse, son las que trae el cartero, pues detrás de ellas, está el espacio de tiempo y de lugar. Las que traen al dorso un chico, son cartas alevosas. La de ayer representa otro típico *sablazo*. La puse intercalados que revelan mi santa indignación. Soy una víctima inocente que murmura, entre paréntesis, después de haber soltado la mosca. Lean Vds. la esquelita.

«Amigo mío (¿suyo? ¡ya se apoderó de mí!) como sé que habrás cobrado... (¡lo saben todo!) y yo sigo en la misma situación que ya conoces... (¡por señas de otros linternazos!) te envío al niño... (¡pobre criatura!) para que con la mayor reserva... (¡eso es; suelta y calla!) tengas la bondad... (ya no la tengo; me la habeis gastado!) de darle cinco duros... (¡tipo fatal!) hasta dentro de unos días... (relapso! tú no tienes días, tú todo lo haces noche!) El rubor escalda mis mejillas... (*sablazo* colorado) pero al ver á mis criaturas, pálidas por el hambre (¡amarillo!) al ver el negro

porvenir que nos amenaza (¡este sí que es color de *sable!)* no titubeo, y me decido á incomodarte.» (¡Ah valiente!)

El papel y el chico surtieron su efecto. Arropó con su bolsillito mis cinco piezas de plata y yo le pregunté:



—¿Cómo te llamas?

—Angelito.

—¿Qué estudias?

—Nada. Papá no tiene para libros.

—¿Cuántos hermanitos sois?

—Tres, y uno que viene de Francia.

—¿Tu papá qué hace?

—Está tan bueno.

—¿Sale?

—Por la noche al Teatro.

—¿Y tú?

—Por la mañana con recados suyos.

—¿Y no te lleva al Teatro?

—Cuando traigo algo.

—¡Ah!

—¿Te gustan los dulces?

—Sí; papá los lleva todo los días, y también compra fresa que es lo que nos gusta más.

—Ah!

—¿Dónde vives?

—En el Hotel de un amigo de papá.

—Ah!!

—Y ese reloj?

—Es de plata: me le ha regalado un amigo de mamá.

— Ah ! ! !
— ¿ Y qué hará tu papá con esos cinco duros ?
— Puede que los ponga á la Lotería.
— ¡ Oh ! ¿ Podrá darse ¡ cielo ! más candor que el de Angelito el anzuelo de mi amigo ? Teatro; dulces todos los días ; reloj de plata el niño ; lotería y Hotel! Y yo no vivo , ni duermo , ni me divierto , ni me endulzo, por atender á mis obligaciones , para que mis hijos vayan decentes , nada más que decentitos !...

Al diablo se le ocurre pasar por la calle de *Sevilla*.

La piqueta se ha metido allí con todo , ménos con el poste humano , firme , humorista y decidor, que estudia eso de la doble vista, penetrando en la bolsa más recóndita, y espiando al hombre cándido de cuya sangre se nutre. .

Al verle venir brinca de placer: el asalto empieza; el lobo ha sorprendido á la rés : el *bohemio* callejero sonríe de esperanza. Pensando en las musarañas, llega un predestinado, como la mariposa que revolotea en torno de la luz de petróleo.

— ¡ Manolo !
— ¡ Chico !
— Venga un abrazo !
— Cuánto tiempo !...
— Me alegro encontrarte !

La mariposa se escama: el cazador le lleva á un lado de la calle , y recoge la voz :

— Dime dónde podré verte á las doce en punto de esta noche.
— ¿ Para qué ?
— Para devolverte cinco duros que vas á darme ahora mismo.
— Pero hombre !...
— Cinco duros nada más, dice con desesperado acento. Tú no sabes !... no comprendes el misterio que

encierran mis palabras!... Echa esos cinco!... Y Manolo, aturdido, le da la mano.

— Cinco duros! añade en tono amenazador.

Manolito tiembla, é invoca á todas las justicias de la tierra y á todos los santos del cielo. Se le ocurre pedir socorro, llamar á una pareja, gritar: ¡ladrones! pero su verdugo le estrecha:

— ¡Cinco duros, ó el crimen!

— Te daré dos...

— Cinco y me salvas!...

— Toma; tú te salvas y yo me condeno, porque no tengo más!

— No te apures. Aguárdame aquí, esta noche á las doce.

Y desapareció.

El desplumado queda como aquel á quien le sueltan un tiro y no le dan. Clavado en la acera como un farol sin luz. Volvió aquella noche á la hora convenida, y vuelve y volvera muchas más.

Su mujer, que lleva un mes abrigándole todas las noches, cuando hace su jornada de acreedor simple, ha llegado á sospechar si su Manolito, en vez de un *inglés,* tendrá una inglesa.

— Me choca que nunca encuentres á ese amigo!

— Pues no te choque; los amigos de ahora son así.

— Decías que era tan formal. ¡Sabe Dios qué amigo será ese! Tendría que ver que yo me desoje cosiendo para fuera, que te haga las camisas, que te cuide, y que tú!...

Catalina suelta el trapo, y Manolo renuncia á sus cinco duros, porque mucho más vale la felicidad conyugal.

Hombres viciosos y holgazanes; míseros de costumbre, ó desventurados expiadores de la vieja culpa, que convertís la sociedad en monte de Torozos; el haber de la escasez en merienda de negros, y el hogar

doméstico en arroyo de lágrimas: mudad de oficio!

Conocemos la esgrima del hombre hongo y libérrimo, que pide prestado para satisfacer caprichos, necesidades de la materia vil, ó resabios de la disipación. Nos sabemos de memoria al *honrado padre de familia*, maestro de mendicidad de su prole, con esposa-hormiga, que trae amigos paganos al acerbo conyugal.

Tenemos en estudio el *sablazo* razonado con humos de moral: el que se nos cuela como aire de pulmonía fulminante; el *sablazo* hablado, llorado, argumentado, escrito, recurso de vagos y truhanes, *modus vivendi* de caballeros de industria, mina abundante y filón extraído de las entrañas del trabajo.

Lector mío, corazón de oro: en esta tierra donde todo es huelga y todo Jauja, aprende mañas y te librarás de tretas. Si tienes, por casualidad, cinco duros, advierte que esa es la frase hecha; el capital de socorro; la cifra convenida y la cantidad burlada. Cuando estés en casa, mira quién entra. Si vas por la calle mira por dónde andas. En viendo un bulto con una carta ¡preparen! Si te sale un padre de familia despedido por el casero, ¡apunten! Si te abraza un amigo, ¡fuego!



EL MONTE.



EL MONTE.

OID la oda á la vida del campo de cualquier entusiasta cazador. En víspera de una salida, siente el vértigo de la afición, la calentura de la fiera, la furia del novillo enchiquerado. Todo respira exterminio en su derredor. Mira al canario prisionero y rechinan sus dientes. Los reclamos enjaulados que alborotan sus balcones, parece que le desafían. Ve volar el murciélago del crepúsculo, y le dispara una maldición. Oye gruñir á su perro y le grita: «Anda, *Tito*, anda.» Pasa el gato escapado, entre sus piés, echa mano á la escopeta y por poco le dispara. Recoge los trebejos; surte el morral, consulta á las estrellitas del cielo que juegan al escondite con las nubes, interroga al barómetro y exclama: «¡buen día!» Se acuesta temprano; sueña con el ojeo; oye roncar á su mujer y se despierta dando voces de «¡ahí va!» «¡ahí va!» y antes de que asome la aurora, se pone las botas, prepara las fuerzas de su acometividad con un sostén de anisado del *Tigre*, y carga con el equipaje, que por lo complicado y prolijo, capítulo aparte merece.

Sobre las botas con suelas de tres pisos y lujo de pespuntes colorados, lleva el cazador de lujo, pantuflas de cuero; canana á la cintura y cuchillo de monte; cantimplora y morral al hombro; jaula de reclamo á la espalda y capote á estilo de bandolera; pañuelo de hierbas en la cabeza á lo contrabandista, y sombrero de castor del diámetro de una rueda de molino; escopeta de dos cañones, por no haberlas de tres, en una mano, y en la otra cesta ó cabá donde van las provisiones de boca y una muda. Además lleva el cazador prevenido, americana rasgada de bolsillos; arca de Noé, en que van revueltos, cigarros, polvos refrescantes, vaso de cuero, botiquín, reclamo de codorniz, cartera con la cédula de vecindad y la licencia, y otros útiles y accesorios. De los dedos de la mano izquierda, lleva asido el ramal que tira del perro.

Este perro atiende á la voz de *Tito*, y es un dige inherente al cazador, una facción que completa su característica fisonomía. Con él vive, come, duerme, pasea, hace visitas; le habla, le interroga, le manda y le obedece. Es su padre, su amigo, su admirador: muchas veces se truecan los papeles y el perro hace de amo. Para un cazador de vocación y entusiasta del arte cinegético, el perro es un augur semi-divino, una sibila más sabia que la Pitonisa de Delfos.

Rara vez he visto á mi protagonista sin llevar pegado al margen, á *Tito*: siempre que sale y entra, allá va su complemento. En la calle no ve, oye ni entiende, dedicado á seguir el rumbo del animalito. Tratais del asunto más interesante y se distrae silbando á *Tito*. Le hablais de la crisis, le preguntais quién entra, y contesta: *Tito*. Os interesais por la salud de sus hijos y os deja con la palabra en la boca por seguir á *Tito*, Abelardo que sale disparado detrás de una Eloisa podenca. Tratais con él de negocios graves, se entera *Tito* é impide resolverlos. Asalta al cazador un amigo

de esos que respiran aire prestado, y una detención necesaria de *Tito* le compromete á recibir el *sablazo.* Tiene que tomar dinero y lo deja para otro día, por no consentirlo impaciencias de *Tito.* Y no es esto lo peor, sino que el perro es un perdido que se escabulle á cada instante, manteniendo en alarma un par de días á su dueño y esclavo. Al presentarse, ya se sabe, *Tito* recibe un puntapié de indignación en la cola, y un ósculo de amor en la frente, humedecida con una lágrima furtiva de su dueño. Ah! *Tito* al verle, se enternece también, poniéndole las patas llenas de barro en la pechera, y lamiéndole de refilón un grano que con el disgusto de la ausencia le había salido en la punta de la nariz.

Tito sembró de luto la casa paterna; un día huyó: ¿dónde? ¿cómo? se ignora. Su dueño se deshizo en pesquisas; puso anuncios ofreciendo el oro y el moro por su rescate; preguntó por telégrafo; recorrió la villa y sus contornos; habló á todo el mundo de su desgracia; desafió á un compañero cazador que en diversas ocasiones había ponderado el perro. Perdió el apetito; consultó á los médicos su afección moral: pasó días y noches silba que te silba, y.... nada! mi buen *Tito* no parecía: decididamente había hecho una perrada. Serenada aquella alma gemela, procuró olvidar; practicar la sentencia de: «si te vi no me acuerdo.» Pero ¡ay! ¿podrá darse situación más triste? Todos los animalitos de su casta se le antojaban *Titos* disfrazados.

Cierto día, en una calle de las más céntricas, tropieza con un cuerpo extraño que pasa rozando; se tambalea y estuvo á punto de caer. ¡Qué emoción! Era un perro de caza muy jovial: era él! *Tito! Tito!* El perro abandona al que seguía y retrocede danzando. ¡Oh, dicha! Nuevo dato de que era él. Menea la cola; empina el hocico; mira sin quitar ojo, al cazador;

salta; ladra un lenguaje que quiere decir: «Aquí me tienes.» «Al cabo te vuelvo á ver.» Solloza; el amo siente húmedos los ojos; vuelve á nombrar al perro para convencerse. *¡Tito! ¡Titin!* ¡Pobrecito! Le da unas palmaditas en el lomo y él se alegra. No hay duda; aquel es su perro!

Indignado con aquellas mútuas caricias el que conduce al joven podenco, le llama á grito pelado, diciendo: «Vamos! vamos!» El perro obedece y se arrepiente; olfatea á los dos; está perplejo. ¿Qué hacer y qué pensar? El cazador es interpelado por el desconocido:

—Caballero, deje V. al perro!

—Le dejará V.!

—Me pertenece.

—Ja! ja!

—No se ría V.

—¿Cómo se llama?

—*Ciro*.

—Dirá V. *Tito*.

—*Ciro*, rey de Persia.

—No señor. *Tito*, emperador vespasiano.

—Verá V. cómo me sigue: *Ciro!*

El perro menea el rabo y va.

—Verá V. cómo me reconoce: *Tito!*

El perro menea el rabo y vuelve.

—Me le llevo!

—Quiá!

El interpelante alza la mano para arreglarse la capa que se le cae; el otro cree que va á pegarle y se pone á la defensiva. La gente se arremolina, y entre burlas y comentarios, sobresalen estas frases:

—La prueba de que el perro es mío, aquí está el bozal.

—Que se le ponga!

Aparece un guardia de orden público liando un ci-

garrillo. El perro se pone de muestra como diciendo: «esto se complica.»

—Oiga V.

—Este perro es mío!

—Hable uno.

—Yo lo he criado!

Y el cazador hace un *puchero*.



—Yo le he visto nacer!

Carcajada general. El juez ambulante exclama, después de pensarlo bien:

—Vengan el perro y los amos á la prevención.

—Yo preso! antes mato á este tomador.

Y fijándose en el animalito, exclama el delegado de la autoridad:

—Pero, hombres de Dios, ¿están Vds. locos? ¿Por qué disputan Vds.? ¿Por un perro?

—Sí señor.

—Pues este perro no es perro...!

—¿Cómo?

—¡Porque es perra! Miren Vds., señores, miren ustedes al animalito y se convencerán.

El cazador, penetrado de la verdad del caso, se escurre como anguila. Toma soleta su contrincante, y el animal escapa por su lado entre voces y silbidos de la multitud.

Y nuestro tipo, al verse en casa hecho un mar de ira y de sudor, repetía aún:

—Aquella perra era *Tito* que me le han escamoteado otra vez!

Á otro día, el cazador recibe dos letras de su socio Perico.

«Te espero mañana en la Estación para ir al monte.»

Cambia la decoración, y un rayo de felicidad ilumina su semblante. Había sufrido y sentía necesidad de

ir al campo. Después de suspirar se debe respirar. De estos dos tipos que se funden y completan el cazador verdadero es don José: Perico, es el aficionado que *sale* por cambiar de aire y de costumbres. La acción de la *Sociedad* cuesta al año mil pesetas y doscientas de entrada, pero se puede llevar otra escopeta: dos cazadores se unen y pagan á medias esos días de felicidad y de quebranta-huesos.

¿Puede darse cosa más barata? Por una friolera, el marido, el novio, ó el obligado con una dama, se convierte en hombre libre. Se dejan cuidados y acreedores, se rompe la vulgar monotonía de la vida. Dormir siempre en cama blanda, es una vulgaridad. Los guisos de cocinera abruman. Los mimos de las mujeres hartan. Huyamos al monte!

Y luégo: ¿hay algo comparable con ese poema bucólico que forman el cielo entre brumas, los insectos que nos aman, los reptiles que nos huyen, el susurro del bosque, el murmurio del arroyo, las ramitas que nos urgan, los *amores* que se nos clavan, el ejercicio de trepar á las cimas y los cerros, los panoramas que descubren las alturas, los gatos y las cabras monteses que nos reciben y los pajarotes que nos abanican con sus alas?

Ya están los cazadores en el wagón de tercera, que así lo exige la parvedad de la jornada, cuidando que la perra del amigo no siga la suerte de *Tito*, el inolvidable. Esta podenca es una alhaja que ha costado más de mil reales. Encienden un cigarro y echan un párrafo, recordando sus hazañas y anunciando los triunfos del día; gozando con las peripecias que sufrieron, ó con las que les aguardan; frotándose las manos de gusto porque van á estrenar un monte nutrido de cuantos animalitos Dios crió. *El soto de las cerradas*.

—Hay caza para mil escopetas, según el arrendador.

—Se matan los conejos con la punta del pié.

—En media hora, maté yo el otro día setenta y cinco perdices.

—*Chispa* nos espera en la Estación.

—El día está magnífico; templado y sin sol.

—Hoy no saldrá ese caballero.

—Ni falta. Puede que llueva.

—Mejor. Por mucho que caiga nunca estaremos tan húmedos como en las lagunas de Daimiel.

—No me las recuerdes.

—Pues trajiste dos cargas de patos.

—También cacé un reuma que no le soltaré mientras viva—y echándose la mano á la rodilla izquierda, exclama:—¡ay!

—Te acuerdas de aquel tipo que cazaba *Bots?*

—El Vizconde.

—Llegó al sitio con el agua hasta la cintura, y gastó todos sus cartuchos en hacer fuego á los reclamos de corcho.

—Buen cazador de *patas!*

—Ya estamos en la Estación.

Llega un joven campesino á la portezuela, con cara sucia y manos callosas. Es un *gomoso* de la selva; cabeza de Medusa; aire resuelto. Guía, espolista y ojeador. Es *Chispa*, hijo del guarda. Y saluda tirándose del pelo que entolda la estrecha y arrugada frente:

—Señorito, aquí estamos el burro y yo. Vengan los chismes.

—Saca la perra.

—Ya está aquí.

—¿Qué tal el campo?

—Hecho una gracia de Dios!

—¿Y tu padre?

—Siempre el *mesmo*. ¿Van *ustés* á subir al *Cachirulo?* —y señala al asnillo.

—Iremos á pié. Cárgale con todo y anda sin cuidarte de nosotros.

—Al *Cachirulo* se le deja y se va solo á la *Caseta.* Es muy leal. Ha de estar rabiando de hambre y no baja la cabeza á morder la hierba.

—¡Qué día!

—Pues han *caío* unas gotas.

—Magnífico...

La *Caseta* de la *Sociedad* de caza que tiene arrendado el *Soto de las Cerradas*, dista de la Estación cinco kilómetros. Los joviales cazadores preparan las armas por si sale algo en el camino, y echan á andar. El asno, cargado con las provisiones de boca y los trebejos, toma la delantera al trote que llaman *cochinero* y se perdió de vista en una encrucijada.

—¡Qué paso lleva el señor *Cachirulo!*

—No hay *cudiao* que él se irá derechito á donde le dan el pienso. Es una alhaja el animal. Le costó á mi padre ocho duros y no le damos por treinta.

Anda que te anda, el camino empieza á cansar. Hay que subir un repecho y bajar una pendiente, y luégo se tuerce á la derecha y después se vuelve á subir y bajar.

—¿Cuándo veremos la *Caseta?*

—Ya está ahí cerquita; ya está, dice *Chispa.*

Lo malo es que no componen el camino y hay mucho canto y mucho polvo y poca sombra, y gracias á que está *nublo.*

Los cazadores tienden el brazo, ponen la mano y miran una nube negra que se agranda.

—Esa trae algo, dice *Chispa*.

Ahora caen los cazadores en que habían confiado su abrigo al burro, quedando á cuerpo gentil. ¿Qué importa? Esta es la vida de las privaciones y de las molestias; el que no sufre no sirve para ella.

—Me ha dado una gota en la nariz!

—Atarse el sombrero, que el aire arrecia!

—Lo malo es, observa *Chispa*, que no hay por aquí ni en todo el camino, un techo, ni una copa de árbol, ni *siquiá* una cueva donde meterse, y la nube negra viene echando demonios.

En esto ya gotea de firme, ya salpica, ya llueve, y ellos aprietan el paso sin hablar. Al fin repite Perico:

—¿Pero dónde está la *Caseta?*

—¿Ven *ustés* aquella piedra, y detrás un pino, y más allá una lomilla? Pues detrás de la lomilla está el valle y luégo un altito y detrás... la *Caseta*. Todo ello no es *ná; custión* de un cuarto de hora. El *Cachirulo* habrá *llegao* ya.

La lluvia viene intensa, diagonal y amenaza convertirse en torrente. La nube, según el diagnóstico de *Chispa*, trae piedra. Hay que apretar el paso. Los cazadores sudan; van llovidos por dentro y por fuera. Tienen sed y no pueden satisfacerla á pesar de tanta agua. El camino es un arroyo, el cielo un mar; caen granizos como garbanzos y piedras como nueces. Los terrestres navegantes exclaman espantados:

—¡Qué barbaridad!

—Yo traje paraguas, dice Perico, pero se le ha llevado el burro que ni siquiera le habrá usado...

Sube que te sube y baja que te baja, y mi *Caseta* no parece y mis cazadores van ya hechos no digo yo una sopa, sino un principio.

—Ya estamos en el *Pradillo*, dice *Chispa;* mucho ojo, que aquí se hunde una pluma.

—Paf! paf! paf! ¡ Demonio! Ya están clavados hasta la rodilla los cazadores. Tira de acá, tira de allá, después de algunas agudas manifestaciones del guía y de los comentarios de los argonautas, salen mis hombres del atasco y á los dos pasos vuelven á hundirse.

—¡ Una perla en el fango! dice Perico, mientras toda el agua del mundo, junta, se les viene encima y sin poder moverse porque *Chispa* ancló también, y aunque maniobra, no navega.

—Pero, bárbaro! ¿Y la *Caseta?* ¿ Dónde nos has metido?

—Pues ahora, vamos á tener que aguantar aquí, hasta que esto se seque!

—Favor!

—Socorrooo!...

La pareja de la guardia civil aparece, y los saca en brazos. Situación de melodrama.

—¡ Gracias, Dios mío! ¡Nos hemos salvado!

—¡ Mírame! dice la voz de Perico exánime!...

D. José contesta con el silencio.

Y *Chispa* añade:

—Pues *entuavía* faltan dos kilómetros!

¿Cómo llegaron? Ni ellos mismos lo sabían. Ahí están tendidos sobre una manta, á la vera del fogón bajo, donde murmura una lumbrarada. Las ropas yacen colgadas de la campana de la chimenea. Los caballeros andantes, están ¡ oh, rubor! en calzoncillos, esperando la *seca* después de la inundación.

Y dice el guarda:

—¡ Qué *güeno* está el campo, D. José! ¿ Van *ustés* á salir? está *güeno, güeno!*

—Antes hay que almorzar.

—Tenemos hambre!

—El burro trae el refrigerio.

—Chico, ¿dónde está el *Cachirulo?*
—*Usté* lo sabrá.
—Búscale.
—No le encuentro.
—Aquí no ha *venío.*
—Pues él se *jué delantre de nusotros.*
—Pues yo no le he visto.
—*Callusté*, hombre! ¿Habrá *sío* capaz de *dirse* á buscar la cuadra del pueblo?
—Pues eso ya es *sabío.*
—*Chispa*, saca jamón, lengua, pan vino y queso.
—Lo que es lengua, como no saque la mía!
—En el burro vino todo.
—Pero es que... es que el *Cachirulo* se ha *perdío!*
—¡Se ha perdido el cachirulo! exclamaron los cazadores extenuados.
Y el eco repetía:
—¡Se ha perdido!
—Pues señor Ceferino; saque V. lo que tenga para echarlo á perder, mientras se busca al desertor...
—Un pan de ayer y tres huevos de hoy, es *tó* lo que hay en casa.
—¿Nada más?
—Y dos lechugas. Pero no hay aceite. Tendrán *ustés* que comérselas crudas.
Y Perico apostrofaba sarcásticamente, mirando á su escopeta:
—¡Ay, *Cachirulo, Cachirulo!*
Ni ayes, ni lágrimas de los cazadores, ablandaron el pan empedernido. Se cocieron los tres huevos, sirviéndolos en rodajas, entre las hojas mustias de la ensalada, aderezada con agua y sal, y en un santiamén acabó el banquete.
—Ahora venga vino! decía Periquito.
Y el señor Ceferino, con sorna:

—Hay una *pisca;* pero si *ustés* se la beben : ¿ qué comeremos el chico y yo, D. José ?

— Agua ! agua ! pedía á gritos Perico.

Y en aquel momento mismo descerrajó otro chaparrón. Miraron el reloj ; eran las tres. Hora de echar una sosiega, según Ceferino.

—Á ver si escampa y saldrán *ustés* á cosa hecha, porque la caza abunda cuando el monte está fresco.

¡Qué bien roncaban los cazadores sobre el tablado de la cocina y con un costal de paja, por almohada !

Les llamaron á las cuatro y se despertaron á las cinco. El monte estaba que daba gozo ! Silbaron á los perros, tomaron las escopetas, y fuera !

Chispa iba delante, compitiendo en olfato con los podencos.

—Hay mucha caza, mucha ! verán *ustés !* Pero hay que andar un poquillo para encontrarla. Aquí *mesmo,* me salió una vez, un *venao* de muchas libras y con unas ramas en la cabeza que tocaban al cielo, pero eso fué cuando había caza mayor, antes de la corta. ¡ Qué animal tan primoroso !

—¿ Y le mataste ?

—Creo que sí señor ; ya debe haber muerto.

—Silencio. El perro se ha puesto de muestra.

—Ca, no señor ! Es que está haciendo aguas.

—Aquí debe haber perdices.

—Más allá, más allá !

—La *verdá* es que está esto muy *castigao ;* porque para una posesión de tres leguas hay trescientos socios, y el día que se levantó la veda vinieron *tuítos* sin dejar uno, y no quedaron ni hojas en los árboles.

D. Genaro y otros así, traen redes y no se escapan ni los gorriones ! Todos tiran *ustés* mucho ! Donde se pone el ojo va la *perdigoná !*

Subían un repecho y saltó un conejo. Pun ! pun !

pun ! Tres tiros y el conejo siguió como si tal cosa !...

—Nos ha *cogío* desprevenidos.

—Á mí me ha salido corto.

—Y á mí largo.

—¿ Y los perros ?

—Se asustaron de los tiros y *golvieron* grupas.

—Son novatos.

—Tanto como hemos andado y... ¿ para qué ?

—El sol cae.

—Sentados en esta piedra podemos fumar un pitillo.

—Fumemos.

Y echaron á dormir las escopetas. De pronto se oye un ruido... Á las armas ! Preparen !... Apunten !...

—Alto ! Que somos nosotros !

Eran otros tres cazadores extraviados, ó de regreso, que tras una larga jornada, traían unos pajaritos.

—Nos sentaremos á descansar.

Y todos se sentaron ó repantigaron en diversas actitudes. La tarde estaba apacible. El campo húmedo traía á la nariz una deleitosa fusión de aromas. El vientecillo retozón oreaba el sudor de la frente. Convidaba al reposo el momento y el lugar. Se echaron párrafos sobre las condiciones del *Soto*, situación y bellezas de aquel oasis y medios de viaje. Se habló de los guardas, de las hazañas de *Cachirulo* y de las perdices. *Chispa* se permitió interrumpir diciendo :

—Por aquí pasan muchas. Es un sitio *manífico* para la espera : ahora están en celo ; vienen de abajo revolando y... ¡ zas ! D. Pedrito estese *usté* quieto que desde aquí, se está á verlas venir...

—Á propósito, dijo Perico ; en tanto que llegan, aquí traigo una baraja nuevecita.

Y sin otro preámbulo, la extendió.

—Una talla ! una talla ! dijeron los otros.

D. José refunfuñaba como un perro, pero tuvo que acceder.

—¿ No estamos en el monte ? Pues vamos á divertirnos con él.

—Claro. La mancha de la mora con otra verde se quita!

Y la *timba* vino á ser el iris de aquel día estéril y tempestuoso. Los cazadores tomaron posiciones y exprimieron los bolsillos. D. Pedrito, que venía cargado de trigo, fué banquero. Una liebre pasó con sonrisa burlona y despreciativa. Nadie la hizo caso. D. José no la vió.



—¡Juego! decía el Creso de las pantuflas. Jugaba y ganaba. En quince minutos se hizo dueño de la situación. Pero dió el desquite y los contrincantes apuntaban de memoria.

De repente *Chispa* gritó:

—Una bandada de perdices!

D. José soltó un tiro de cumplimiento, y los cazadores, nada! Esperaban el *entres* ó la sota *en puerta*. Tras de las perdices con sus vuelos silbadores, vinieron los murciélagos: la luz huyó y los genios montaraces quedáronse á oscuras. Miento: el sol no se puso para D. Pedrito que se llevó los cuartos.

—Á la Caseta!

—Al tren!

Chispa echó, como siempre, delante, y todo fueron tropezones, encuentros y rasguños. La noche en el campo es bella, pero aquella venía apresurada y oscura. La luna salía tarde y el sol les había dejado con tres cuartas de narices.

Cachirulo pareció; pero hocicando, se había comido las provisiones y gracias á que no se comió las ropas que sirvieron de abrigo á los cazadores.

Éstos entraron en el wagón como el molido calenturiento entra en la camilla que ha de conducirle al hospital. El cansancio era tal que no les dejó dormir. En cinco minutos, se le abrió á D. José quince veces la boca. Se le había olvidado tomar en la Estación, una taza de café y también que no hubiera tenido un céntimo para pagarla. D. Pedrito era el tesorero.

Faltaba una hora, para llegar á Madrid, que por los cinco cazadores fué empleada en el resumen del día.

—Yo he tirado diez tiros y he muerto cuánto se me puso delante, pero nada he podido recoger. Se me escapó la caza herida. Pero recuerdo un día en el monte de las *Batuecas* que de sol á sol, maté noventa perdices y cien conejos, cinco de un tiro!

— Yo he estado hoy desgraciado; pero en las *Lagunas*, maté en dos días setecientos treinta y cinco patos y dos águilas, con la particularidad que saqué á nado una de éstas, llevando en la boca la escopeta!

—De esta jornada no llevo más que estos tres pajarillos, pero en los bosques de *Balsain*, maté una vez un gamo que pesó treinta y cinco arrobas, lo cual no tiene nada de particular, pero lo curioso es que le tiré con mostacilla!

—¿Y V., D. José?

— Yo no he matado nada: ni siquiera el hambre. Mi caza se la lleva Periquito, pero una vez maté un jabalí, de un tiro de revolver de bolsillo!

Perico calló, fingiéndose dormido. Al vaciar en casa,

su morral, cayeron revoloteando las cuarenta cartas de la baraja y encima un disparo de monedas de oro y plata que á la liquidación, ofrecieron una ganancia de cien duros. ¡Buena caza!

—¿Qué tal el día?

—Magnífico.

—¿Y el monte?

—¡Soberbio!



INÉDITOS Y ANÓNIMOS.



INÉDITOS Y ANÓNIMOS.

I.

SERÁ verdad, como dice Lamartine, que lo más divino que contiene el corazón del hombre no sale jamás de él?

Millares de voces claman: idioma, patria, ciencia universal. La luz eléctrica ilumina la inteligencia, el vapor inflama la imaginación volcánica; el fósforo enciende la fantasía, y la divina llama del autor inédito arde sin lucir y nace muerta ó se extingue *nonnata*.

Triste conato el de la ciencia infusa. ¡Cuántos númenes pasivos, ingenios embrionarios, héroes en estado de crisálida! Vedlos; andan lentos y dándose de coscorrones entre tinieblas del camino de la gloria. Todos son inventores ó descubridores. Tienen en ellos sus émulos: Diwisch, el del para-rayos; Brandt, el del fósforo, y Chappe, el de los telégrafos, ó Galvani, el de la electricidad. Escriben sobre mesa de cuatro patas, y trazan la historia de la humanidad con sangre de horchata de chufas, desdeñando á los chinos, introductores de la tinta, el papel y las plumas, que

tanto han contribuído al concierto social del siglo XIX. Pero ninguno de los autores inéditos disputan á Schwastz la gloria de haber inventado la pólvora.

La raza de estos soñadores embozados en la modestia de sus nombres, varía de castas y de especies. Píndaros, Osianes, Quevedos, Calderones y Zorrillas, sentimentales, filósofos, líricos y grotescos, pueblan el viento de ayes y congojas, enriquecen la lengua con sus giros, ilustran la historia con sus leyendas, divierten al vulgo con sus epígramas, y pasan inadvertidos, sin obtener de sus contemporáneos una sonrisa. Ellos que pintan, gorjean, trinan; corrigen á la humanidad, crean héroes y narran conquistas; ellos que llevan la civilización al teatro una y mil veces si fuera necesario, sin que encuentren abiertas las puertas de aquel dorado pasadizo de la gloria. Ellos predicadores sin oyentes, apóstoles sin dogma, ruiseñores sin selva y cisnes que mueren graznando. Mártires oscuros que no encuentran un Chateaubriand para un remedio, ¿cómo no acompañarles en el dolor de vivir ignorados? ¿Cómo no admirar su fe en un porvenir que nunca asciende á presente? ¿Cómo no compadecer su cuita y alimentar su esperanza sacando a plaza, empedrada de letras de molde, sus talentos y su inteligencia viajera de incógnito? ¿Cómo no procurar su exclaustración de las Batuecas? ¿Cómo no sonar en su loor una trompetilla de á dos cuartos?

¡Oh autores inéditos! Vuestra gloria es pompa de jabón que estalla en silencio: para que se consolide, quisiera dedicaros un panegírico de cal hidráulica.

El primer ejemplar es el poeta tierno, el poeta de familia en el período de incubación. Ya ha escrito varias cosas y tiene quince años; ¡el diablo es el genio! En un libro puso: *Si este libro se perdiere, etc., etc...* y á los pocos días, aprovechando la ocasión de ser San Isidro, dichoso aniversario natal del autor de los

suyos, se urga con un dedo en la frente, toma la pluma y escribe una composición que termina así:

«¡Y por do quiera repitan
las flores del mes de Mayo,
que guarde Dios muchos años
á mi querido papita!»

¡Aquí de la madre del poeta! Isidro, dice regocijada, ¡Mira lo que ha compuesto tu hijo! Y D. Isidro, que es un colchonero jubilado, contesta: ¡Más le valiera al chico aprender á cardar lana! Pero el niño, ni por esas. ¿Nació ó no nació para ello? Pues si nació él no tiene la culpa de haber nacido. Papá entra un día en casa, lleno de júbilo, poseído de la más candorosa alegría; hinchado de ternura por una alta merced que acaba de recibir con el plausible motivo de haber desempeñado funciones de secretario escrutador de una mesa electoral independiente. El gobierno, dije mal, la munificencia regia, acaba de concederle la encomienda de Carlos III, libre de gastos, por supuesto. ¿Para qué quiere el vate de familia más día de fiesta? Siéntase un momento á la mesa de comer, y escribe una *oda* que comienza de este modo:

«Pasó la noche tétrica y sombría
y ostentas, cual la estrella en el zenit,
¡oh padre caballero
dechado de virtudes cívicas,
el galardón feliz,
la insignia de tu rey Carlos III!»

Familiarizado con su musa, escribe todos los días un ratito después de almorzar, y cuenta, entre sus composiciones, unas octavas reales *Á una comida de campo*, una silva *Con motivo del regreso de mi querido tío Paco de las islas Filipinas y Cavite*, un soneto á Carmencita Cerezo, primera dama de la sociedad de

aficionados *El harpa de David*, habiéndola visto representar el papel de la esposa de Otelo; y varias letrillas y doloras tituladas *El mar del Norte*, *Las viruelas*, *¡Ilusiones! ¡Desengaños!* y el *Buey Apis*, con otras menudencias líricas que no se atrevieron á pasar por la imprenta y que guarda la mamá, como oro en paño, dentro de la agenda de los gastos de la casa, no faltando quien asegure que una vez se distrajo y apuntó al dorso de una oda *Á la Cibeles*, la cuenta de la lavandera, sin duda porque las chambras y los calzoncillos habrían barruntado el agua.

Sigue en orden otro escritor inédito; el improvisador de brindis, adorno indispensable de francachelas y banquetes. Apenas terminados los postres de un conciliábulo íntimo, los indigestos concurrentes le piden á una voz que diga algo; él se resiste por no venir preparado; instanle, y al cabo echa su *speech*, con el cual entusiasma á la reunión. Si la comida es de boda, exclamará:

«Brindo por Pepe y Eustoquia,
ó sea el novio y la novia,
é igualmente por el yugo,
los padrinos y parroquia
para que gocen cien lustros.

Si el banquete está consagrado á los hijos de Belona, dice, alzando la copa de espumoso champagne:

«¡Brindo por la disciplina,
por el honor militar
y por los tres entorchados
de la *generalidad!*»

Y si la comida es facultativa, perora con meliflua voz y en prosa honomatopéica: «Señores: luengos años de »luto y exterminio han afligido á nuestra amada na»ción; empero, lució el iris de bonanza sobre nuestra

»frente... y en su consecuencia, brindo, profunda-
»mente conmovido, por los objetos más caros á nuestro corazón, cual es la facultad y el Excmo. señor Ministro del ramo que nos rodea, quiero decir, del cual nos hallamos rodeados, á quien he merecido el cargo que desempeño. Brindo, además, sin ningun espíritu de localidad, por la provincia donde se meció mi cuna de Diputado, ó, mejor dicho, donde nací después de haberme sentado en los Cuerpos colegisladores. He dicho.»

Y si el alboroque es patriótico: ¡ay, patria mía! El brindis saldrá de una voz cadenciosa como carraca en tinieblas, y diránse versos de cajón:

«¡Bomba, compañeros, bomba!»

La reunión escurre las copas, y repite con voz de coñac: «¡Bomba va!» y el improvisador prosigue:

Rompo con gusto el silencio
y brindo por nuestra patria,
como tambien por el pueblo,
como por la libertad
y como por el gobierno.»

Retumban subversivos aplausos, las lámparas oscilan, suena el choque de las copas y el líquido se desparrama en aquella saturnal cívica. Los tabacos de la Vuelta de abajo, con anillos vistosos, producen aromática humareda. Todos los comensales chupan la breva y para atizar las más rebeldes, sale á la palestra una caja de fósforos de á dos cuartos. En ella se reflejan el pintor y el poeta anónimos; dejemos al primero bosquejar un retrato en rasgos caricaturescos, y oigamos al segundo:

«Con su fábrica bizarra
derraman la luz do quiera,

las cerillas de Navarra
de *La bella jardinera*
Martin Borbolla y *Trompeta*.»

Ingenio hermano gemelo del que inventó las aleluyas, del poeta horteril, supremo baldón de las musas, que anuncia sus géneros con esta monserga:

«¡¡Atención!!
Ya llegó la quemazón;
venid, niñas casaderas,
que aquí se venden caderas,
postizos y otros hechizos,
á precios desconocidos
que causan admiración.
¡Atención!
¡Quemazón y quemazón!»

ó del de la tienda de comestibles que sobre la mercancía de su escaparate, dice en un cartelillo manuscrito:

«Lo que no tiene engaño
es ver el *guebo*
de este tamaño!»

y de aquellos otros rimadores chavacanos y truhanescos que os salen al paso en romerías y fiestas populares, y parapetados detrás de un serón ó de una banasta, anuncian su mercancía, ni más ni ménos que, encarándose con las multitudes, decía, cubierto, no con el velo, sino con la estera del anónimo, el *divino* buñuelero:

«¿Teneis tan poca afección
al Santo que está en los cielos
pasando aquí de rondón
sin comprar unos buñuelos?»

Tal clamaba la musa de la verdadera *tía Javiera*, para ponderar sus roquillas endecasílabas, ó el



vendedor de pitos, que se anuncia en silvas de este modo:

Señoras y caballeritos,
deteneos, deteneos,
que aquí tengo hermosos pitos
para todos los deseos
muy baratos y bonitos, señoras y caballeritos

Deteneos, les dice, y esta palabra recuerda aquella literatura cómico-trágica del presidente de club, tambien anónimo, que para remover las masas de pez, trueca la pluma por el tirapié, y exclama en un hermoso arranque contrafuerte:

«¡¡ALTO, ZAPATEROS!!

»Deteneos ante la más justa de las causas: deteneos, » sí, deteneos! Llegó la hora de nuestra emancipación » social. ¡Alto y *escucharnos!* Los enemigos del pueblo » nos roban el trabajo; unámonos para el trabajo, de- » clarándonos en huelga, y caiga la responsabilidad » sobre la frente de nuestros verdugos. Para tratar de » asuntos respectivos al arte, se os invita á una reunión » el lunes, á las dos de la tarde, en la plaza de Becerri- » llos. Que asistais. La comisión.»

¿Y dónde dejamos al rimador de los álbums?

De los *álbums* ó *albumes*, pues sobre este plural no se sabe nada de cierto; mamotretos que turban el reposo del literato; que abren sus hojas al primer rayo de la inspiración casera; que forman el mejor solo de bombo que pudo imaginar Tamburini, y que perpetúan, para *inter-nos* se entiende, la belleza de la mujer fea, la discreción de la tonta, la sabiduría del ignorante, el pedestal del rico, las virtudes de los viciosos, la vanidad de los linajudos, el arte de los artesanos y la superficialidad del vulgo que tales rutinas prohija.

Un álbum ostentoso recrea mi vista, al trazar estos cuadros. Terciopelo azul; iniciales de plata, cantoneras espléndidas, emblemas y blasón. Pertenece á la

bella Hilariona, heredera del dueño del *Vinícolo*, depósito central de agua y *fuschina*, comerciante que ostenta escudo en su coche, en sus tarjetas, en la portada de su casa de la calle de Segovia, y en los faroles con que se ilumina los días de gala, y sujeto á quien puede calificarse de uno de nuestros más distinguidos capitalistas. Hilariona es bizca, chata, pequeña, calva y gangosa; pero ha logrado oscurecer sus dotes, con su dote, y los poetas *ad hoc*, á quienes confió la empresa titánica de fantasear sus atractivos, han cumplido como buenos, siquiera se expresen como malos. El erudito joven Rovira, que juega al tresillo-céntimo con el padre de la chica, sin pretensiones de poeta, la ha dedicado esta sencilla composición:

EN EL ÁLBUM DE HILARIONA

The of guay wed.
STOKEN.

«Su belleza me aprisiona.
su mirada me fascina,
y su acento ¡ay! eslabona
la cadena diamantina
con que me engancha Hilariona.
Son tus ojos de rubí,
tu pelo, pelo de cielo
y tu tez es de cutí
y tu aliento de alhelí
y tu frente el Mongibelo.
¡Ay! Tú inspiras mi canción
desde el día que noté
con mucha satisfacción,
que tienes de amor el dón
y otros dones que yo sé.
De mi tosca y ruda lira
recibe esta flor marchita;
sólo la amistad la inspira,
¡oh preciosa Hilarioncita!
á tu admirador

Rovira.»

Este *Ars amandi* compendiado, ¿cuánto candor encierra? Rovira es un poeta que no sabe apreciar su mérito; escribe por cumplir y su musa le depara la ocasión de irse explicando. Pero una mortificante sospecha le asalta, y los celos espolean su amor propio, cuando vuelve la hoja del álbum de Hilariona y se encara con las primicias de otro palabrero inédito. Sus versos suenan como rumor de arroyo en noche serena; como arrullo de tórtola viuda, como brisa de mar en calma. Oid, oid, las estrofas en que se eleva el antagonista de Rovira:

. . . .
Deja que pinte de tus blondos rizos
el fulgor y los mágicos hechizos;
tu apuesto continente,
tu rostro angelical y semoviente;
deja, Hilarinda bella,
que describa la pálida centella
de tu ebúrnea mirada;
deja que ruede el alma enamorada
desde el ardiente polo
á la sima del Ande y del Pactolo:
deja... ¡mas nó, no dejes nada!
Soy fantasma del viento
que con ayes alfombra su camino,
cual atraviesa el líquido elemento
preñado de sopor el peregrino!!

Esta linda musa, es la que sirve para endilgar unas coplas el día de los *años* y otras el de los *estrechos*. La que presta voz á los serenos y repartidores, para que espolien el día tremendo de Navidad, á sus *serenados* y *repartidos;* y en pos de ella va la musa inédita del poeta Cipariso, que se nutre de lágrimas de la humanidad; que acude á la fuente del dolor para afeitarse y lavarse la cara, y que no toma el arpa sacra, más que para entonar elegías. Ayer escribió una, dedicada *Á la muerte de Rómulo y Remo*, majestuosamente

triste. Hoy acaba de saber la desgracia ocurrida á un amigo que perdió á su suegra, y le dedica un canto elegíaco, que empieza así:

«Llora, Risueño, llora
llorar es tu destino y mi destino...»

No hay cementerio donde no se conserven huellas ó pisadas de este Heráclito, que trazó en la tumba de otro amigo estas sentidas frases:

«¡Voló, voló á la sin par morada,
honrado, tierno, invicto. virtuoso!
¡Valiente, generoso!
Don Francisco Majada
vecino y natural del Tomelloso!...
¿Qué somos? Polvo inerte, lodo, nada!!

II

Hay otro tipo del poeta épico que se halla siempre entre bastidores, como los soldados que dan los alertas al margen de un castillo feudal de casero melodrama; que canta las glorias de los héroes, sin tener noticia de ellos ni pretender emularlos, y que esconde la mano al tirar la piedra de su ingenio. Este es el poeta *oficial;* solista en el gran concierto de las musas y de las mesas: el poeta efeméride, que discurre en décimas, octavas reales y cuartetos, inscripciones para conmemorar hechos inconmemorables, y se entusiasma gratis hasta cierto punto, convirtiendo su pluma en agudísimo clarín de la fama. Donde se eleva una estátua de las pocas que conmemoran nuestros genios, allí estalla su vena en estos ó parecidos términos:

«Lauro triunfal que la nacion ofrece
al genio que la ensalza y la engrandece.»

y al dorso del sentencioso pareado, este otro no ménos expresivo:

«Y alza aquí de tu hazaña el monumento
el muy noble y leal ayuntamiento.»

En fiestas nacionales lucen abigarrados trasparentes, símbolos, atributos en campo de follaje; dictados y nombres, y entre ellos resucita el cantor:

«De *Sagunto* y de *Numancia*
Lepanto y *Fuenterrabía*
y las *Navas* y *Pavía*
baldón eterno de Francia.»

Y si hay visita regia á los españoles provinciales, tiene el bardo fabricadas desde tiempo inmemorial, estrofas que sirven para todas las épocas, para todos los gustos, para todos los casos y para todos los sexos; así en loor del magnánimo rey varón, como en el de la bondadosa reina hembra, según el turno que toque y para el régimen estrecho lo mismo que para el ancho. Ved como se descomponen y aplican á la oportunidad del momento. Modelo primero:

«Llegad, llegad, magnánima *Señora*:
este pueblo os aclama reverente,
vuestra virtud con entusiasmo adora,
y mira en vuestra pura y casta frente
brillar de la justicia el rayo ardiente.»

Modelo segundo, ó sean variaciones sobre el mismo tema:

«Llegad, Señor, en venturosa hora;
este pueblo os saluda reverente,
vuestro valor con entusiasmo adora
y mira en vuestra augusta y noble frente
brillar de libertad el sol fulgente.»

No son estos los únicos escarceos de la inteligencia de este autor, cuyas aspiraciones se encierran en el modesto círculo de sus admiradores. Tales servicios, á la última de las causas, que por ser última, siempre es la mejor, obtienen su recompensa, ménos sabrosa aunque más positiva, que la hojarasca de laurel con que la fama sonríe á los ilusos. El poeta de los arcos triunfales y de los monumentos, eleva un memorial en verso libre á cualquier Ministro, y ya tenemos á Periquito hecho fraile, y empapelado en oficina de rentas para envidia y desesperación del maestro de su lugar, lumbrera de la pedagogia, cuyos ayunos le sublevan el sistema nervioso, induciéndole á cometer crímenes de leso Parnaso, que ve recompensados en su discípulo.

D. Alejo, sacristán, fiel de fechos y profesor de instrucción primaria de la pacífica villa de Corral de Aguilar, nació después de haberse aprendido de memoria la gramática del P. Calisto Hornero. Conoce las raices latinas, y por ende maneja el castellano con igual soltura que la palmeta ó las correas, rutinas de las cuales no ha logrado desprenderse por no romper con la tradición de la hermosa edad de hierro. Es así que D. Alejo domina el castellano antiguo, *ergo* D. Alejo puede ser, y, en efecto, se decide á ser, no sólo prosista, sino poeta. Coge un día la regla, tira unas cuantas líneas desiguales, cuenta las sílabas por los dedos, pone una lista de las desinencias que piensa emplear en su trabajo y escribe, *cálamo currente*, una sátira contra el Gobierno que le escamotea sus haberes, desatando de este modo el torrente asolador de sus iras:

. . . .

«La ciencia perseguida, atropellados
los humanos respctos;
de hossarios y esqueletos



cubiertos los estrados,.
y en noche borrascosa
del saber y del genio
pululando el abuso
por do quier, un quinquenio
y dos y tres... ¡Oh pálido y confuso
cuadro! ¡Oh borrón! ¡Oh mancha!
para el Gobierno que así desatiende
sus deberes, Gobierno
que niego esté tranquilo
dentro su fuero interno.
Mandones que se engullen su mesada
y al triste profesor dejan *in albis*...
¡Oh, España degradada!
Y gracias si se ordena, el pobre, *in sacris...!*»

Tente, tente, ¡oh musa! Modera tu famélica osadía; vuelve la paz á tu espíritu conturbado. La voz de la campana te recuerda un deber por el cual percibes tus derechos. Detén el caballo desbocado de tu inspiración, y sube al coro donde te aguardan revoltosos los chicos de la escuela para cantar á unísono los gozos que compusiste á San Fulgencio, patrón del pueblo. No dés motivo al Santo para que te retire tu protección, ya que para alcanzarla te ha servido de intercesora la musa que aderezar pretendes con hiel y con vinagre. Llega, mi buen D. Alejo, llega: oye el soplar del fuelle que te ayuda á producir sonidos ya terribles ó melifluos con la trompetería ó el flauteado del mejor de tus órganos. El pueblo reverente de Corral, se prepara á repetir de tus estrofas el estribillo: Toca y recréate en tu obra, toca y escucha:

«Yo te pido y providencio
que nos libres de terrores
oh, bendito San Fulgencio
de bondad,
á todos los pecadores
de Corral
de Aguilar.»

Y el fervoroso pueblo repite en agudas y descompuestas voces:

«¡Pecadores
de Corral!»

Aquella tarde, como ninguna, lucieron los conceptos de D. Alejo. La novena no dejó nada que desear, según afirmación del alcalde; y el sacristán, rodeado de los primeros contribuyentes, llegó en triunfo á su casa, saliendo luégo al balcón á despedir á la comitiva. *¡Oh auri sacra fames!* ¡Soy poeta! El estudio de los clásicos ha obrado en mí tan alta maravilla. Cenemos cualquier cosa y estudiemos muchas más. ¿Quién sabe si algún día podré hacer oposición á una cátedra de retórica y poética? Abre el cajón de su mesa de nogal, saca un mendrugo y un papel moreno pespunteado con hilo negro. que tiene á la cabeza una viñeta; leyendo en alta voz, radiante de jubilosa esperanza, la siguiente *Curiosa relación y peregrino romance, donde se relata el suceso de Ugolano de Bombal y Doña Inés de Agramante, con lo demás que verá el cristiano lector.*» Pertenece este impreso á la colección de D. Alejo, y hubiera dado un ojo de la cara, por conocer el anónimo autor y estrujarle de júbilo entre sus brazos. Oigamos:

«Divino Dios soberano
de las tierras y los cielos;
ángeles del Paraíso
y Madre sacra del verbo
ungido por la substancia
y portento de portentos;
dame favor á los labios
y presta voz á mi pecho
para que cante congojas
y relate el paso horrendo,
el suceso nunca visto,



descomunal y tremendo,
el horror más horroroso
y el caso más novelesco
de doña Inés de Agramante,
doncella de castos hechos,
hasta que Luzbel maligno
se apoderó de su cuerpo.
Casóse esta doña Inés.
con un caballero apuesto.
natural de Andalucía,
que la adoraba en extremo.
cuyo nombre era Ugolano
Bombal y Portocarrero.
Tuvieron nueve ó diez frutos
de este amor, bastante bellos;
y doña Inés que prendada
estaba con gran misterio,
de un capitán de ladrones
galán entre caballeros,
por su esposo fué encerrada.
en un contiguo convento.
Quedó la noble doncella
en el claustro sin aliento,
y á poco entró el capitán
y á esta quiero á esta no quiero
degolló á catorce monjas.
igual que al demandadero.
y fuése teñido en sangre
manos, piés, cabeza y cuerpo.
vomitando maldiciones
á ver á Portocarrero,
y le asestó treinta golpes.
y á los niños... ¡Oh vil pecho!
¡Oh, corazón de leopardo!
¡Oh, hiena de los desiertos!
¡Oh, furias y basiliscos
que tal maldad estais viendo!
en dos instantes sin vida
dejólos á todos muertos!
Ugolano, al fin, murió,
sus vástagos fenecieron;
el convento quedó en ruinas
á favor de un vasto incendio:
ríos salieron de madre,

bramaron los elementos;
doña Inés, para castigo,
tomó un agudo veneno,
y asustada la comarca
con este atroz sin ejemplo,
huía del capitán,
que iba por valles y cerros
gritando: ¡Soy un demonio!
¡Piedad, piedad, Dios eterno!
Perdon, Virgen soberana!
¡Valedme, santos del cielo!
Y aquí acaba mi relato,
por el cual y por sus yerros
al auditorio le pido
mercedes y acatamientos.»

Este es otro, y el más determinado de los caracteres con que se reviste la poesía popular anónima. Queda el poeta de los cantares que no cabe en la estrechez de una personalidad, y muchos más, copleros de rutina, rimadores en bruto, artífices del consonante, ingenios de aleluya y estilistas. Autores de *Memorias* y documentos rimbombantes, funcionarios inquisidores de la literatura, que la atormentan en notas y expedientes, barajando modismos y frases técnicas con pretensiones de castizos. Abogados criminalistas, dramaturgos jurídicos, que discurren argumentos de más fuerza que los que se llevan á las tablas, y millares de ingenios productores de un arte ó manera prosáica de explotar la inteligencia.

Queda un autor anónimo filósofo y moralista severo del pasado: el poeta del *Pecado mortal*. En nublada noche de Diciembre penetra con su bolsa y su linterna, en el patio de una casa de mal vivir de un barrio extremo: cazador experto, espía la ocasión de apoderarse de las almas con auxilio de su reclamo. Oidle agitar la estridente campanilla y lanzar *saetas* que envuelven avisos: cantar con serena y aterradora voz:

«Á la mujer más hermosa
el mundo en fea convierte,
y en monstruo horrible la muerte.
La gula engruesa los cuerpos
con sus regalos profanos
para cebo de gusanos,
Restituye y paga luégo,
que una mortaja no más
de este mundo sacarás.
Esa culpa que cometes
mira atento y considera
que podrá ser la postrera!»



III

El ingenio renaciente es hijo predilecto de la fortuna: sírvenle de nodrizas la malicia y la osadía y papá-vulgo se deleita al verle, impetuoso y locuaz, arriesgarse en las conquistas del entendimiento. La pobre criatura llega á la matrícula de la vida aderezado con aparejos de la muerte, encendido en sed de amor propio, y buscando por el suelo un pedazo de pan, que suele hallar arrastrándose. La fama le abre un porvenir de triunfos enseñándole á tocar su trom-

peta; la supercheria le guiña el ojo para que se abran los suyos; la gloria le sonríe prestándole su laurel que le sirve de chichonera; y aunque el niño no crece, se improvisa hombre. Aprende las vocales y se llama hombre de letras; repasa las consonantes y se llama poeta: ¿escribe? luego existe; ¿existe? luego es escritor. Vino al mundo enfermo de la cabeza y gracias que no tiene aprensión. Garrapatea unos ratos y otros murmura. Su novia le ha dicho en un arranque: «No más prosa;» y el ingenio se entrega al verso. ¡Pero qué de disgustos le dan la ortografía y la gramática! Tomaron á desaire que no las hubiera saludado, y le mandaron á paseo. El chico es dócil y se va al *Retiro*, á la sombra de una noria, y allí lee un periódico para ilustrarse. Este rasgo le honra, pues sabido es que el ingenio no necesita estudiar: con el instinto le basta y sobra. Él dice: «soy un talento práctico» ¿qué necesidad tengo yo de discutir á los positivistas? ¿Hay algo más positivo que la nada?»

La libertad de enseñanza me autoriza para escoger el maestro y la ocasión, y escojo el mundo y la ignorancia libre. El ingenio se ha recibido de doctor, en la *Cantina*. Cursa pavo en galantina, ensalada rusa y champagne en la mesa redonda de los amigos; y cediendo á las extravagancias del estómago asiste, de vez en cuando, á una asignatura de callos y pimientos fritos, en el río. De su existencia juvenil deslízanse los días sin un cuarto, y sin un cuarto de hora disponible para explotar el filón de su inteligencia, mas le queda el ocio de la noche, el cual aprovecha para ir labrando su pedestal de dios Minuscular.

—Mozo, café con tostada, papel y tintero, grita Juan Maula á media noche en el *café-teatro y merendero de San Bernardino*, su campo de maniobras. Voy á escribir una pieza que se me ha ocurrido esta tarde en la corrida de becerros. — Dánle papel de envolver cho-

colate, pluma de ganso y adminículos de plomo, y al despuntar la aurora vertiendo perlas, Maula ha terminado su trabajo, y lee á su soñoliento interlocutor, la escaramuza lírico-ecuestre original y en verso titulada *Amor y puntas*. El poeta inédito anuncia al otro día en los periódicos, que tiene buenas noticias de su obra próxima á representarse en el teatro, y en seguida se la vende á un editor de fósiles literarios, mediante la cantidad de veinte duros, gastándoselos alegremente en manzanilla y langostinos, por lo cual se ve precisado á cambiar el título de *Amor y puntas,* por el de: *¡Al corral!* con el fin de sacar media onza al dueño del *Café-teatro,* á cuenta de cenas y almuerzos.

Maula escribe, además, escenas sueltas de encargo, para las comedias de los amigos, llevando dos pesetas por el ciento de versos: arregla libretos por un ajuste alzado, y la zarzuela le utiliza mediante unos durillos, para poner letra y *palabras líricas*, á servicio de la música extranjera.

Por no desmentir aquel dicho: «De poeta, músico y loco, todos tenemos un poco», los copleros inéditos y anónimos, no se contentan con gastar sus fuerzas intelectuales en el mecánico ejercicio de la rima de consonantes como: *Mayo y caballo*, sino que subiéndose á las barbas de Melpómene, dicen con el aplomo de Colón ó Galileo:

—Puesto que no tenemos que hacer, haremos un drama.

Y cátate, no digo al hombre universitario que juzga semejante la terapéutica ó los prolegómenos del derecho á la facultad innata de crear héroes, sino á todo bicho viviente, sér racional orgánico, disputando el milagro de lo imposible. Cátate á todos los españoles que saben leer y escribir, mujeres machos y varones hembras, formando cuadro con el empresario de teatros, loquero de ese ambulante manicomio de orates

y contra-figuras de un país llamado por nuestros fraseadores, país de abanico.

Todos locos, todos poetas, todos cómicos. El respetable farmacéutico de las afueras, D. Froilán Sotillo, ha herborizado un drama, que él llama un *dracma*, en el que salen treinta personajes y se dilucida un punto de la facultad. Sotillo, con su cabeza de sabio, sus lentes ahumados y su bata de capucha, según anuncian los amigos del barrio, va á causar una revolución en el teatro y en la química.

El opulento marqués de Tres Calderas me manda reservadamente una piececita para que le diga cuántas veces podría *echarse*, y cuánto cobrará por cada noche. Le apura la idea de cómo ha de recaudar los derechos de provincia, pues ya se ve, no ha de ir detrás de las compañías de la legua, para saber cuál de ellas se la pone. El marqués se halla en un compromiso, discurriendo sobre la suerte de su pieza aún no estrenada, y cuyos productos destina por terceras partes y á prorata, á un *Asilo de poetas*, para que en llegando á viejos no se mueran de hambre; á una *Escuela de novelistas* que estudie en las casas de compromiso y en los establecimientos correccionales, siguiendo el impulso de las naciones

más adelantadas, y á un *Centro industrial-artístico,* que dé á conocer las *nuevas máquinas para pintar, dibujar y componer música.*

Otro caso. El muchacho que barre el almacén de papel y encuadernación donde se surten las academias, escribe en verso, sólo con el roce de los pliegos que dobla del *Nuevo Diccionario de la rima.* Puso un diálogo entre el tabernero de al lado y el ama de cría del Agente de Bolsa del entresuelo, y su principal le aconsejó que siguiera la broma, porque le parecía que de allí se sacaba una comedia. Hízolo así el rapaz de San Vicente de la Barquera; leyó la cosa una tarde durante la siesta al tachuelero del portal de enfrente, á un guárdia urbano que casualmente no tenía que hacer y al sereno del barrio que vino á arreglar el farol, y con tales antecedentes se llevó, admitió y representó el inocente parto en el teatro-café *Nerón*, ocultando el autor su nombre, porque no tenía medias ni zapatos para presentarse en escena. Resultado, que el chico papelero es un genio de trastienda, que escribe gratis para el teatro y limpia el almacén por la casa y la comida, y que el otro día vendió á un desconocido no mal portado, una resma de papel verde, y luégo ha sabido que era para hacer una corona de laurel que han de arrojarle el día que se repita su funcioncita titulada : *Apuros de ropa vieja.*

No cuento, dice un respetable curial, más que una sola hija de familia, y me tiene preocupado su manía de componer zarzuelas. La pícara se hace, ella sola, letra y música en su piano de cinco octavas, y se arma una de gritos en mi casa que ya se ha presentado la autoridad á saber por qué había parada tanta gente á la puerta de la calle. Tres operetas lleva compuestas con sus correspondientes argumentos, y aunque todos me dicen que más vale que la haya dado por ahí, que no por otra cosa, yo no vivo ni sosiego, temiendo

que el mejor ó el peor día, tengamos que llevarla á componer á Leganés. Matilde es bella, añade el contristado padre, se ha educado en un colegio donde estaba prohibido hablar español; pero nunca imaginé que metiera tanto ruido en nuestro barrio, y, por consiguiente, en nuestra patria; nunca creí que llegaría á mujer pública; yo, que por evitarlo, me opuse á que se casara con un estudiante que estaba abonado á nuestra izquierda en *Jovellanos*, y que ahora es jefe de la derecha.

En el teatro nos hallamos de manos á boca con el periodista noticiero que se considera autor dramático por derecho propio. ¡Qué de elogios prodiga á las actrices á cambio de que le pidan obras! Él ofrece á cada una su correspondiente primer papel y adula al primer actor, entrando á su cuarto de vestir, durante el entreacto, presa del asombro que los arranques del genio le producen. Encuentra al empresario en los pasillos, y le sepulta en sus brazos con una exclamación que quiere decir: ¡Sublime! ¡No cabe más! Y al otro día cien letras de molde entonan un himno en honor del coliseo, de sus actores, del alumbrado y de las dependencias. Este párrafo final pertenece al sabroso panegírico:

«En suma, la función fué una verdadera solemni»dad de la cual no hay memoria en los fastos teatrales. »La obra, admirablemente ejecutada, dará pingües »resultados á la empresa. Reciba esta, nuestra felici»tación más cordial, así como todos los que tomaron »parte en el estreno, y entre ellos el eminente pri»mer actor Sr. Adobe y el primer apunte Sr. Galá»pago.»

Ni el apuntador pudo librarse de los elogios del gacetillero. La dama joven, al ver la mención honorífica de su traje, de su belleza, de sus ademanes, y de su piramidal talento, merced al cual se había salvado la

nueva obra, conmovióse hasta el punto de verter lágrimas. Galápago recompensó con un aluvión de frases la galantería del amigo de la empresa, añadiendo que debía considerarse tanto más desapasionada, cuanto que hacía más de un año que tiene presentada una obra sin que se halle siquiera *sacada de papeles*. La empresa, apreciando la longanimidad del periodista, ofrece activar la representación de su drama, el cual se halla detenido á causa de los gastos que exige, como son, pintar un torreón, construir un dosel y ensanchar un techo para la mutación de la escena en que Doña Ramírez arroja á lo alto las monedas que D. Farfán la ofrece, situación final del acto segundo, en la cual el autor funda sus esperanzas. El crédulo gacetillero satisface así su amor propio, hasta que termina la temporada y su drama yacente continúa durmiendo el sueño de los justos en el atestado cajón de la contaduría, y entonces desátase su lengua en improperios, los vientos de la gacetilla anuncian temporal, y estalla la tempestad en el cuarto bajo del diario, con un artículo que el autor recomienda á los que no le han leído, que son muchos, y el cual termina de este modo:

«El resumen de la temporada de este coliseo, ofrece »resultados desastrosos. Ninguna comedia digna del »público; los actores siempre desacertados, y la des»dichada empresa sufriendo las consecuencias de su »ignorancia.»

—¡Perfectamente! ¡Lo tiene bien merecido! vociferaba Marchante cuando leyó estas líneas. Era un cómico jubilado y autor inédito, amigo del gacetillero, quien, no pudiendo soportar las tablas, dejólas huérfanas retirándose á la vida privada á consecuencia de haber silbado el público á su caballo una noche en que hizo *El héroe por fuerza*. Marchante, herido, no por ningún pedazo de cáscara de naranja de los que se arrojaron en aquella jornada memorable, sino herido

en su amor propio, decía: ¡No más, no más! Silbar al caballo es silbarme á mí! El público es ingrato; no sabe lo que se pesca!... —y prestando á su frase colorido de víctima sacrificada, añadía: — ¡Me retiro, me retiro, pero ya verán las consecuencias! ¡Así está el arte! ¡Así está todo!...—No pudo continuar porque un golpe de bilis interceptó su garganta. Rompió su escritura, recogió sus bártulos, y Marchante, por último se marchó.

Consultó con la almohada en sus noches de desvelo, y tomando parte en estos diálogos una punta de su colchón, le dijo: — Marchante, tú eres listo, tú te las ingenias á pesar de tus defectos físicos é intelectuales; tú no sabes representar comedias, pero podrás inventarlas: inventa algo, Marchante, y gánate la vida como puedas. — ¡Oh, qué oportuno consejo! El actor envaina de Melpómene el puñal sangriento y se agarra á la máscara de Talía. Datos particulares y estadísticos arrojan una suma de veinte obras que ha compuesto en siete meses, de las cuales sólo una parece que se trata de ver si se pone en ensayo. Marchante está desmejorado de cavilar, no en los argumentos de sus producciones, sino en el por qué de no ponerse en escena, cuando él responde de su éxito, que de algo había de servirle conocer al dedillo los efectos. Pero nada, no puede explicarse esa lenta *ineditez* que le devora, y contesta al que le pregunta la causa del retraso de sus obras: — Asómbrese V.; por ahí andan comidas de los ratones, mientras Breton, Tamayo, Ayala y Serra vienen con sus manitas lavadas y se llevan al público con cuatro paparruchas. Yo tengo presentadas en un año diez comedias, y tengo derecho de prioridad sobre todo el mundo; pero es claro, como no pertenezco á la camarilla!...

La camarilla para los fabricantes de comedias inéditas, son los autores que trabajan con éxito; su ojeriza

contra ellos, se acentúa siempre que hay estreno, y sube de punto cuando una obra dura en escena más de ocho noches, lo cual atribuyen á enjuagues de bastidores, ó á la pericia de la *claque*. Hay en cada teatro Marchantes á porrillo, que hacen oficio de zánganos de aquella, amarga colmena, y entre ellos es de notar, el ente pacífico y resignado, el Marchante que nunca se va; que escribe un ensayito, no se le admiten, y escribe otro, es rechazado éste, y ofrece hacer uno nuevo en tres ó cuatro días, viendo así transcurrir la mejor época de su vida alimentado de funestas ilusiones y esquivando cualquier otra ocupación que pudiera serle provechosa.

IV

En la sala del teatro de verso tendreis el gusto de conocer á otro tipo que ocupa preferente lugar en la galería de hombres inéditos. Sujeto de ameno trato y de finos modales, abonado á diario en la fila quinta, butaca de punta, asiste un rato cada noche á la representación, y emplea tres, ó más, en ver entera una comedia, siendo de notar que hay veces que empieza por el último acto. Este caballero se halla bien por su casa; excepción no común, pues suelen abonarse á los teatros gentes de poco dinero; y contando con antigüedad bastante, en el escalafón de la empresa, hase atribuído el derecho de juzgar las obras dramáti-



cas, antes de que salgan á luz, y de condenarlas desde su olímpico asiento. Á cada comedia nueva, suele exclamar: — «Yo la hago mejór.» — «Esto es absurdo, detestable.» — «Ya lo tenía pronosticado y no se me ha hecho caso.»—«La empresa no sabe por dónde anda.» Y todo, ¿por qué? Porque el tal caballero se ha dado al vicio de hacer escenas, ansioso de una paternidad que de otro modo no ha logrado alcanzar, pues no siendo padre de familia, ni padre de la patria, ni padre de los pobres, ha adoptado por hijos los frutos del teatro francés, puesto que chapurrea este idioma, hasta el punto de haber vertido al castellano, el *Telémaco, hijo de Ulises*. El abonado, lo es también, y mucho, para esgrimir su castellano, *sui generis*, contra todos los *vaudevilles*, dramas patibularios y comedias realistas que se le presenten, y es de admirar la sin igual presteza con que, no bien se lanza cualquier exabrupto á la escena de Molière, le traslada *ad pedem litere* á la nuestra, orgulloso de haber sido el primero en prestar á las letras españolas, tan señalado servicio.

Él dice á los otros abonados:—«Ya se ve, como estoy siempre por ahí dentro, y soy amigo de la empresa y conozco algo—este algo quiere decir mucho—la lengua de Luis XIV, y como además, no tengo nada que hacer, me sirven de diversión estos trabajos con los que enriquezco el repertorio español, á pesar de que llevo diez años traduciendo y sólo he conseguido estrenar una pieza, la cual alborotó aunque no se hizo más que una noche.»

—¿Una noche? le replican; y el traductor añade:

—Sí señor, nada más que una noche; porque el gracioso tenía un papel de maestro de gimnasia, y al hacer una plancha en el respaldo de una silla, se rompió un brazo y no pudieron continuar las representaciones.

Ahora traduzco el drama *Kululú*, que lleva setecientas repeticiones en París, y en el cual se ha planteado la cuestión jurídica de si el marido tiene derecho para querellarse de la mujer cuando el amante de ésta es el padre del demandante. Ya comprenderán Vds. si el asunto es trascendental; pues me temo que el empresario, por miedo al público, se niegue á admitir el arreglo de *Kululú* en el que mataré el original con la supresión de dos actos y medio de los cinco que tiene el drama, dejando reducidos á cuatro sus diez y siete personajes, puesto que no hacían falta ni el padre ni la protagonista, y quedando únicamente el marido, figura de mucho interés, sobre todo en las situaciones en que está en ridículo.

—Yo he leído, dice uno de los amigos que le escuchan, otro arreglo que V. hizo, creo que de una tragedia, y me pareció muy bien.

—Y yo, dice otro, su comedia titulada: *La cordonière en chemise*, y no paré de reir en quince días.

—Pues ninguna de esas obras quisieron representarlas.

—Pues la empresa no conoce sus intereses, porque V. es todo un autor.

—Gracias; no tanto; yo escribo, y si me aplauden, no deja de ser en mí una gracia, y si me silban, siempre diré que yo no he hecho profesión del teatro; pues gracias á Dios, tengo para vivir holgadamente.

—De modo, exclama Quico Valle, que V. no cobra nada por sus obras?

—Se equivoca V.; cobraré los derechos correspondientes.

—Como dice V. que no es autor...

—Para cobrar sí.

—Pues entonces, industria por industria, deje V. cobrar las comedias á los que aprendieron á hacerlas, y dedíquese á construir maletas ó á plantar garbanzos,

ocupaciones modestas en las cuales tendrá esperanza de pasar de inédito.

Este aficionado sufrió el contagio, ó manía teatral, del ex-lonjista D. Matías, quien desde sus años juveniles, componía y representaba, haciendo gala de conservar sus primeros mofletes y de llevar clavado en la testa el gorro de su primera juventud que le durará toda la vida. D. Matías tiene un hijo alumno de medicina, heredero de las aficiones de papá. Á los diez y seis años escribía comedias con la facilidad del mónstruo de Vega Carpio, habiendo inventado, además, una maquinilla para imitar relámpagos en los teatros caseros.



D. Matías reunía en su casa una sociedad típica de vecinos, amigos y allegados, donde el joven Eugenio menudeaba sus lecturas, siendo notables estas veladas por la circunstancia de que los oyentes se quedaban dormidos al empezar el segundo acto, despertando cuando el autor imitaba un cañonazo de leva con que terminaba cierta producción diez ó doce veces repetida.

Un comandante retirado que había leído mucho el teatro clásico, decía al padre de la criatura:

—Este muchacho, componiendo dramas, no tiene nada que envidiar á Quevedo ni á Espronceda, y aun puede que á éste le aventaje.

Y al llegar una noche, al monólogo del protagonista, en la tragedia *Capistrates*, dijo al autor, en tono sentencioso:

—Eugenio, desde hoy no te llamarás Eugenio sino *Genio* á secas,—ocurrencia feliz que se aplaudió tanto como el monólogo, decidiéndose sacar la tragedia de la calle de la *Cabeza* donde había sido incubada, leída varias veces y representada y llevarla al teatro.

Recibióla el director con oferta de leerla, pues ya la había visto elogiada en un periódico, y el lonjista le dijo con énfasis sublime:

—Debo advertir á V. que mi hijo es un genio!

—Lo celebro, porque andan escasos.

—Mi hijo ha compuesto más comedias que Espronceda y Quevedo y las hace mejores que Mariana y demás clásicos del siglo XVII. El día que se estrene va á echar abajo todo lo existente. Amigo, es mucho hijo éste que Dios me ha dado. ¿Y cuándo cree V. que podrá salir á la escena?

—Este año no es fácil. Tengo ya distribuído el trabajo para toda la temporada.

—¡Hombre, qué lástima! ¿Con que tan tarde llegamos y estamos en Octubre? Pues quite V. otra para poner la de mi hijo. V. las tendrá buenas y malas. Eche V. fuera una mala y entrará la nuestra que siempre será la mejor de todas.

—Imposible, mis compromisos son formales.

—¡Es una barbaridad lo que se escribe! Otra cosa podíamos hacer; ofrecer una prima al autor que quiera ceder el puesto.

—No habrá ninguno que acepte.

—Vamos, que si V. lo arregla... Mi hijo en cambio dedicará á V. su obra.

—Muchas gracias.

—¡Qué gracias, ni qué berengenas! Le regalaremos á V. el tanto por ciento de la primera noche. ¿Es poco? Pues firmaremos un papel cediendo á V. los derechos de las dos primeras semanas, y sólo cobraremos las restantes.

—Muchas semanas piensa V. que va á durar esa obra.

—Ocho ó diez, y si la hacen Vds. bien, puede que tiremos hasta la Primavera.

—Yo no podría trabajar, porque estoy muy recargado de papeles.

—¿También eso? Toma V. el más corto. Mire usted, hay uno de criado, que sólo tiene que decir: «Señorito, la sopa.» Ya ve V. que eso no le servirá de molestia.

—Bien; ya veremos si la comedia es representable.

—Vaya si lo es. Como que la hemos representado en casa.

—No es lo mismo en el teatro.

—Pues hombre, el teatro es mucho más ancho y se hará mejor que en un gabinete.

—Ya; ¿pero y el público?

—¿Cree V. que en casa no había público? Pues estaba toda mi familia y la de mi esposa, que son largas; otras de amigos íntimos; los condiscípulos del chico, que son más de cincuenta, y una compañía de voluntarios de la que es capitán un cuñado mío, y, sin embargo, la comedia se aplaudió á rabiar.

—Perfectamente, señor mío: haremos esa obra; convidaremos al público de la calle de la Cabeza, incluso un batallón de infantería, y habremos hecho buen negocio si todos esos señores pagan sus billetes.

—Hombre, esos no han de pagar. V. nos regala medio teatro, y hace V. del otro medio lo que quiera. Piénselo V.

—Lo tengo ya pensado. Me llaman á la escena: servidor de V.

Y el actor empresario echa á correr como el que huye de un toro de Colmenar.

—¡Eh!—grita el padre del autor.—Señor mío, ¿á quién dejamos la comedia?

—Déjela V. en casa que ya mandaré yo por ella cuando me haga falta.

Y aquí cae el telón de este pasillo.

¡Ejemplo frecuente ofrecen los Eugenios que suprimen la primera sílaba de su nombre! Es una debilidad inherente al vulgo, como á los hombres formales y

políticos. El que no empezó por escritor, tiene que concluir por serlo. En veinticuatro horas se elevan desde un rincón á las alturas del infinito, y desde allí tienden la vista al espacio exclamando: ¡El espacio es mío! Caen al otro día, y no de su burro, juzgándose ya aptos para todo y más para subir al trote, los peldaños del Parnaso ó la escala de la gloria.

Cualquiera de estos iluminados de la farsa, escribe al director de un teatro, «que aprovechando un rato de humor ha compuesto una intencionada obra, la cual crée causará gran sensación.» Acompáñala, y al examinarla en el teatro, dúdase que el autor se halle en cabal juicio.

El hombre importante, pasajero en el campo del presupuesto, y obligado á buscárselas un día sí y otro no, que queda cesante, sin derecho á cesantía, espera impaciente que los carteles del teatro anuncien el parto de su ingenio inédito, y cansado de esperar la buena nueva en una esquina, preséntase atufado al director de la compañía, en el momento en que éste mantiene con otro interlocutor aristocrático, el diálogo siguiente:

—Sepamos de una vez—dice éste con aires de clase—si se hace mi drama *El festín del mundo,* pues esperan para reproducirle en su delicioso teatro, los condes del Almíbar.

—No me es posible representar el *Festín* de V., entre otras razones, porque es muy largo.

—Se corta por donde V. quiera.

—Hallo una dificultad en el acto segundo: la repentina locura del Arcipreste Belloso no está motivada.

—Pues se deja al Arcipreste en su sana razón.

—Además, la muerte del traidor repugna. Una sangría suelta en escena, es ir más allá de donde fué Calderón, cuando D. Gutierre Alfonso propina igual medio á su esposa la de Acuña; pero no á la vista del

espectador ni sacando, como V., á las tablas, un barreño.

—¡Caramba! Puede que tenga V. razón. En vez de sangrarle podríamos ponerle sanguijuelas y así tendría una muerte más suave.

—¡Ya! Pero ¿y el acto tercero?

—Allí la accion pasa en Pensilvania.

—Pues eso es: que en Pensilvania no pasa nada y habría que suprimir este acto.

—Pues se suprime,

—Tiene muchos personajes la obra—añade, no sabiendo por dónde salir, el empresario.

—Se quitan de enmedio los que sobren. Cuantos ménos bultos más claridad.

—Hay muchas damas, y no tengo personal bastante....

—Se las cambia de sexo, ó que haga una misma dos ó tres papeles.

—Las decoraciones son costosas.

—En eso no se pare V. ¡Qué tontería! Para el salón de próceres puede servir cualquiera casa pobre. El baile de trajes, en vez de ser en el jardín hacemos que se verifique en la selva, si la hay, y sino en un patio, y la vista del mar con los buques, la luna y demás, se sustituye con un mirador desde donde se supone que se ven todas esas cosas.

—Muy bien. ¡Pero qué lástima de pensamiento!

—Eso es aparte. El pensamiento no es mío.

—Pues amigo, es lo mejor de la obra.

—Gracias. Todos me dicen que tengo mucho tino para buscar argumentos. Nada, nada; V. no se pare en esas pequeñeces: yo me avengo á todo con tal de que mi *Festín* se ponga y me llamen á la escena. ¿Supongo que me sacará V. de la mano? ¡Je, Je! Algo le tocará á V. porque ya encargaré yo á los lacayos de casa que aprieten. Vaya, ¿quedamos en eso, eh? Ah,

se me olvidaba: no se haga V. traje. Yo tengo uno de tiempo de Carlos III que puede servir. Ah, tengo que advertir á V. que cuando el Arcipreste dice al final: «¿Qué víbora le ha picado?» tiene que ser refiriéndose á la tapada que acaba de salir. Esto es muy importante. Adios.

Vase el inédito novicio, y el otro exclama rebosando indignación:

—Pasma la desvergüenza de estos mequetrefes! ¡Este es el arte! ¡Los *gomosos* escriben ya para el teatro! —Y cambiando de tono prosigue:—Supongo que le habré dado á V. un buen rato? Confieso que nunca me he sentido más inspirado que los seis días justos en que enjareté mi obra.

—En seis días creó Dios el mundo, y al sétimo descansó!

—De seguro se ha quedado V. sorprendido.

—En efecto, nunca pude imaginar...

—Consagrado á la alta política no se me había ocurrido descender á estos pasatiempos; pero aproveché una ráfaga... La literatura es una especie de pepinillo en vinagre, un entremés para quitarse el sabor de la vida pública. No hay hombre de Estado á quien no le haya dado la humorada de ser poeta: todos tenemos nuestros ratitos de ocio.

—Con que vamos, dígame V. cuándo ensayamos.

—Antes es preciso que leamos bien la obra. Por una sola lectura no he podido entender...

—Ya temía yo la letra de ese maldito escribiente.

—No, si...

—Escribe con los piés.

—Es que...

—Haga V. que saquen una copia, lea V. despacio y me dará las gracias.

—Quedamos en eso; pero me temo que haya que hacer algunas correcciones.

—Comprendo: faltas de ortografía; eso es pecata minuta.

—Hay algunos versos...

—¿Magníficos, eh?

—Y el asunto...

—Interesantísimo.

—Qué sé yo!

—Pues hombre, he dado cerca de cien lecturas en los salones de Madrid y nadie la ha puesto un defecto. Por el contrario, siempre se ha apludido.

El empresario calla y el inédito se quema.

—¿Eso querrá decir que mi comedia es mala? Corriente, devuélvamela V. que yo haré que se represente. ¿Usted quién es para juzgarme? Bueno estaría que yo que he sido Diputado ministerial no sirviera para hacer una mala comedia.

—Yo no he dicho que no sirva V.

—Sí señor, grita el estadista echando humo por la chimenea del amor propio; mi comedia se representará, y si es necesario de real orden. ¡Abur!...—y sale disparando por aquella ilustrada boca una andanada de interjecciones.

Dejémosle huir, y volvamos la vista á la mesa del empresario, sobre la cual ha caído esta carta:

«Cabayero diregtor: soy joven, pero huérfana; soy »esposa, pero burlada. El infame huyó á climas extran»jeros. En esta situasion pecaria y con dos niños, ó sea, »niño y niña, sin más amparo que las almas que sepan »comprenderme ¿qué asér? Resultado de todo, que »para alivio de mi trites horfandad, hé compuesto una »funsion cómica, la cual dedico á la obra de la Santa »infansia. Es un cuadro sinóptico que le llamo *La ba»rita de las siete virtudes*, y no durará más que sinco »horas escasas. ¿Le zirve á V.? Le ruego que aga un »esfuerso porque le zirva y hará V. una obra de cari»dad á estos pobresitos sin padre, reconociéndome por

»su más atenta colabodora, Soledad del Campo Visti-»llas, junto á D. Pedro, 3, principal interior.»

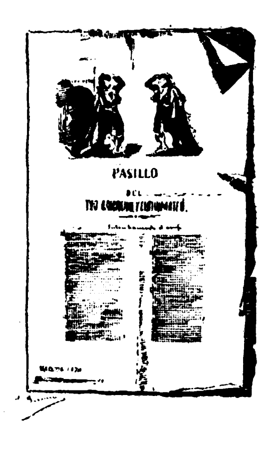
«Zupongo que habrá V. resibido carta de la Duque-»sa de Macaire y del Ministro de Fomento recomen-»dando mi piesa.»

Esta nueva forma adoptará la mendicidad así que descubra que en cada teatro tiene un asilo, quien carece de arte para ganarse el sustento, juzgando fácil cosa falsificar el donaire burlesco que ha de abrirnos el postigo de la despensa antes que el de la gloria.

Y aún hay más dramaturgos, como el militar bravucón, ansioso del lauro que economizó en las batallas, y que, antítesis de los anónimos, solicita se le ceda el teatro mediante el pago de todos los gastos, incluso los sueldos de los cómicos, porque se ha propuesto dejar de ser inédito, dando á sus amigos funciones de convite, en las que se representarán sus obras del género bélico, denominadas: *Memorias de los bárbaros, Si quereis sangre...! Ramillete de batallas* y *El suegro movilizado*, bonito fin de fiesta. Otro que como el cuervo, vive de despojos y celebra aniversarios de acontecimientos notables, borrajeando loas y exultaciones pindáricas, que invita á oir á los Ministros y altos funcionarios, al cuerpo diplomático extranjero y á los jefes del valiente ejército y armada, los cuales no suelen asistir á la función por sus muchas ocupaciones. Otro que regala comedias de magia con tal de que se le conceda entrada gratuita en el teatro. Otro que sueña con el honor de que se represente, siquiera por una vez, una obrita suya, con el laudable fin de ver si sirve para el caso. Otro poeta chirle que se convierte en *caballo blanco* para oir sus versos, interrumpidos por la salvaje porfía de los dependientes de la empresa, que gritan: «¡Que salga el autor, que salga, que salga, que le busquen!» y otros mil hurdemalas y abastecedores de establos donde se hace comedia por dos pesetas y se

padece oyéndola berrear por cuatro cuartos, yéndose el paciente á casa con el hedor encima, el estómago ahito y la cabeza hecha colmena donde zumban y enjambran bajos pensamientos.

¡Oh, fiebre! ¡Ansia implacable de hacer papel de genio en la comedia humana! ¡Náufragos del viaje al Parnaso! Turba multa de pedantes derrotados. ¡Oh escarnecido Apolo! Convence á los autores y poetas, de que, para instruir al pueblo, deben revestirse de autoridad; persuádeles de que la patria les confía, no un oficio mercenario, sino la noble misión de enseñar censurando á la multitud ignorante, corrompida ó ridícula.



EL TRAN-VÍA.



EL TRAN-VÍA.

—Ya viene, ya viene por allá arriba. ¿No ve V. el farolito colorado? Dos horas de plantón, y si ahora viene lleno...

—Mire V., ya ha vuelto á detenerse para que suba una familia. Nos quedamos á pié sufriendo otra espera de un cuarto de hora.

—Es una invención buena, pero tiene sus contras.

—Vamos, que eso de andar en coche por dos perros!

—Sí, pero no se disfruta, porque dura poco.

—Elló es que nos acostumbramos y es un chorrillo.

—De calzado se ahorra.

—¿Y el que *nun* gasta *calzadu?*

—Se lo ahorra de piés.

—Ya está aquí.



—¡Que pare! que pare!

—No pára!

—Hombre, pare V. ¡Eh, mayoral!

—¿No ve V. el letrero de «completo»? Dónde tiene usted los ojos de la cara?

—En su sitio. ¡Habrá desvergonzado!

—Ya no hay quien le pille; va echando demonios.
—Da gusto verle correr.
—Sí, y de mojarse: ya está chispeando.
—¡Ya viene otro!
—¡Qué casualidad! este no viene retrasado; siempre se retrasan con los cruces, las paradas y el subir bultos.
—Hija, es que todo el mundo quiere ir cómodo y llegar pronto, y luégo se tarda más que si se fuera andando.
—El andar es tonto; el refrán lo dice: «eres más tonto que el andar á pié.»
—Ya está ahí el coche.
—¡Alto!
—Toque V., hombre, y que pare en el paso, porque con estas cuatro gotas nos vamos á llenar de lodo.
—¿Hay asiento?
—Sí, de pié.
—Allá voy. Buenas tardes tengan Vds... ¡Que me caigo!
—¡Vaya un boleo!
—Dispense V., caballero, si me he sentado encima de V.
—¡Con mucho gusto! (¡Es guapa!)
—Yo me mareo en seguida, en estos diantres de coches... ¡Ay!... dispense V. que me apoye...
—Siéntese V. en mi puesto (Se levanta).
—No se incomode V. (Se sienta en el sitio del otro). Como estoy tan gruesa... ¡Y V. va á ir molesto! ¡Cuánto lo siento, caballero!
—¿Hay sitio para esta otra señora?
—(¡Qué fea!)
—(Parece una cocinera!)
—Que pase á la plataforma.
—¡Qué finos son estos caballeros!

—Señores, á la plataforma, que nos van á baldar con una multa.

—Cobrador, haga V. el favor de decir que se corran.

—Si van ocho...

—Pues que corran los ocho.

—Pues ni se pican ni se corren. Están justos: diez y seis dentro y en las plataformas...

—¡Sardinas!

—¿Cuánto es?

—Quince céntimos.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la Puerta del Sol.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—Pues antes eran cuatro cuartos: se habrán subido los asientos.

—¿Son peras?

—Yo voy con mi niño. ¿Paga el niño?

—Quince céntimos.

—Tan chiquitín! Si apenas tiene quince años!... además le llevaré encima.

—Lo mismo paga encima que debajo.

—Usted me falta! Le tomaré el número y daré una queja....

—El 28.

—Nos veremos, Sr. de 28!

—¿Se sofoca V?... ¡Cibeles!

—¿Quieren *ustés* callar y bajar y subir pronto? Vamos, que es tarde; que viene el otro coche hecho una pólvora.

—Plim!

—Que esperen, hombre, que no he subido!

—Que está enganchada una señora!

—Pues que la aupen!

—Plim!



—¡Anda, anda!
—¡Qué meneo!
—¡Qué barbaridad!
—¡Ave María!
—¡Vamos bailando la polka!
—Señora, dispense V. si me echo encima!
—No hay de qué; como estoy tan gruesa tropiezo con todos.
—(Al paño).—¿Va V. lejos?
—Á la calle de la Visitación.
—¿Número?
—Dos.
—Pues si vive en la Visitación habrá que visitarla.
—Uf, qué calor! Allí tiene su casa y una servidora.
—¿Es V. sola?
—Sí.
—Pues yo haré el dos.
—¿Qué ruido es este?
—¿Qué pasa?
—Nada, que vamos descarrilados.
—Pongan Vds. las manos para no estrellarnos unos contra los otros.
—¿Mañana?
Señal afirmativa.
—¿Á qué hora?
—Á las dos.
—Ya hemos entrado en carril.
—Diga V., conductor, ¿estamos ya en caja?
—V. lo sabrá. ¡Hasta maldita sea la vía que está llena de tropiezos! Caballero, quítese V. del torno que le voy á dar un revés en el *estógamo*. Estoy más *quemao!* Es que *naide* tiene consideración con el *ganao* ni con uno!...
—Pues no es tan malo el oficio de ir siempre en coche.
— Aquí le quisiera yo ver á usté de cara al sol ó re-

cibiendo *guantás* del aire! Diez horas llevo como si me hubieran *pegao* con liga. Quite *usté*, hombre, que *paece* uno la *estauta* de Cervantes mal *comparao;* siempre tieso y siempre de pié. *Tós* se quejan y uno *ná*, *clavao* y... tocando el pito. ¡Y luégo cuando uno va á sentarse se encuentra uno con los tendones *engarrotaos!...* Macho! Macho!

— Cobrador.

— Señora.

— Cobre V.

— Está pagado.

— Habrá sido este caballero. Mil gracias!

— Pagó otro caballero joven, que ya se ha bajado.

— Como estoy tan gruesa me cuesta trabajo sacar el bolsillo. Sería algún amigo.

— Yo no puedo pagar á V. porque como voy colgado...

— Por mí va V. así! y gracias á la correa.

— Aquí hay correa para todo. Ya veo que tiene V. amigos paganos.

— Eh, cobrador, ¿dónde estamos? ¿Me lleva V. al *Pacífico?*

— No señora, á la *Galera*.

— ¡Jesús! Pare V., pare V., que he equivocado el camino.

— Plim!

— La señora gorda baja, el coche anda, el caballero se tira, se tambalea y cae sobre el adoquinado. Se habrá roto algo? ¡Bah! ¿Que haya un cadáver más, qué importa al mundo?

Ya suben y bajan y entran y salen y vienen y van, los asociados al minuto, la humanidad errante, los pasajeros del *tran-vía:* de ese gabinete de contemplación y conversación; de ese almacén ambulante, casa que anda, baile de ruedas, biblioteca de anuncios verdes y colorados; conjunto churrigueresco, pisto, mo-

saico, cuadro del Greco; locomoción que tan eficazmente contribuye á resolver el problema de vivir de prisa para llegar antes de haberse muerto, á la última estación de la vida.



TEATRO PARTICULAR.



TEATRO PARTICULAR.

Múdanse tiempos y hombres, y con ellos las costumbres y la historia; mas por forzosa ley, así como á la luz sigue la sombra y al hecho el comentario, á los héroes suceden los juglares, las brujas á las reinas de gaya gentileza; y en lo que toca á la farándula de comediantes aventureros, aún andan remolones por esos mundos, los bueyes trágicos de las jaulas de Tespis y los escuálidos jacos del *Carro de la muerte*. Trás la manta de Lope de Rueda vino el telón de lienzo pulido por la brocha, y ahora se descorre la cortina que oculta, no ya los rasgos caricaturescos de la *Comedia de Maravillas*, ni los caracteres tipos de poeta de la mesocracia, sino el arrogante aspecto y rostro perfilado de la dama, cuyas campanillas tocan á concurso para ostentar sus galas y primores, con el sentir del *modisto*, la elocuencia del perfumista y la belleza de la tienda.

Pasaron ya el candor y la llaneza, asociadas para erigir á Talía un templo en cuarto piso, en una cuadra ó en tugurios vergonzantes; recreos inocentes de una multitud fraccionada en familias de cómicos de afición, las cuales repartían sus papeles, siendo la madre dama de carácter; dama joven la hija; el padre, barba; el imberbe estudiante, galancete; los primos los geniales; graciosos los amigos de la casa, y comparsas los chicos de la escuela.

Las modestas tertulias de entonces improvisaban liceos de peseta por acción, y Maiquezes y Latorres, que robaban las horas al descanso de sus oficios y quehaceres, palpitantes de entusiasmo y de pulmones para ensayar con fe y perseverancia, lo mismo un entremés que una tragedia: *El buñuelo* al lado de *Margarita de Borgoña: El Pelo de la dehesa* junto á *El gato: Los palos deseados* unidos á *El terremoto de la Martinica.*

Entonces salían poetas quejumbrosos, que amenizaban los entreactos con lecturas de trozos escogidos de la más pura simplicidad, retando á duelo á sueño, al auditorio más despierto y valiente. Estos eran también autores de alguno que otro paso, loa ó fin de fiesta, que componían con el ardor del genio neófito, y representaban asegurados de antemano del éxito de su producción, siempre ruidoso, en el buen sentido del escándalo. Nacían galanes *de furia;* máquinas de *codazo* y *manoteo,* á cuyas exclamaciones y alaridos retemblaba la escena; actores encumbrados que desafiaban las iras de los cielos, tocando con su casco en las bambalinas, y que al sacar la tizona saludaban de un cintarazo con un bautismo de sangre, á los espectadores de la primera fila de lunetas. Hombres grandes que conocían las tablas por ser maestros carpinteros, y que en punto á tragaderas literarias, podían desayunarse con *Otelo,* moro de Venecia, tomar las

once con el D. Pedro de *El Zapatero y el Rey*, y merendarse el Andrés de *La Carcajada*.

Entonces, señalábase un fausto acontecimiento en el hogar del benemérito oficial de estancadas, del comerciante de algodones por mayor, ó del valetudinario comisario retirado, cuando la señorita de la casa iba á cantar el rondó de la *Lucia*, en uno de los intermedios. Su profesor debía acompañarla en un piano de cinco octavas, cuyas voces subversivas no infundían recelo á la autoridad. Mamá la había preparado, en fuerza de vigilias y trasnoches, el indispensable vestido blanco de linón, con adornos de color de rosa. Papá la había comprado un collar de aljófares, y un amiguito íntimo debía presentarle, á continuación del estrago de Donizetti, un ramo de rosas de Bengala envueltas en papel picado. Las relaciones de la casa se habían puesto en juego, recibiendo butacas los amigos de cumplimiento; huecos de balcón, llamados palcos, los amigos de respeto; y delanteras de galería, los de mayor confianza, para que contribuyeran con su *estruendo* de piés y manos al lucimiento y armonía del conjunto.

El compromiso era doble. Julito, hermano de la tiple, debía desempeñar aquella fausta noche un papel en el drama *Bandera negra*. Hacia su *debuto*, y sus padres, empeñados en salir airosos con los frutos precoces de sus hijos, así en la parte lírica como en la dramática, no escasearon medio para que el niño interpretara acertadamente su papel.

Quince días llevaba estudiando Julito la manera de presentarse: el gesto, el ademán, la entonación, el saludo y la retirada. El aficionado director de escena, que contaba diez y ocho años de activo servicio en la tarea de solazar á la sociedad, fué rogado por la familia, y acudía solícito á ensayar particularmente, al nuevo artista.

Patilla, cruzado y vuelta á empezar, como diría un

maestro de baile. Repaso arriba y repaso abajo: dale que le dás, y siempre sobre el mismo tema. Julito dijo al cabo, con alguna naturalidad, su corto pero interesante papel. Debía asomarse á una puerta; exclamar visiblemente conmovido:

«El Señor Don Luís de Haro,
Ministro de España, ha muerto!»

y retirarse. Á esto se hallaba reducida su misión.

Julito sonreía siempre, al decir que D. Luís había muerto, porque, ya se ve, D. Luís era un tal Jiménez, y le costaba trabajo mentir, cuando sabía lo contrario. El director se enfadaba porque su discípulo no ponía cara triste al anunciar aquel fallecimiento, y la mamá, mientras descosía y estrechaba cuerpo y mangas de un traje de velludillo negro que un cómico de provincia había prestado, con la especial advertencia de que no se le estropearan, solía decir al maestro:

—Jiménez, apriete V. al chico las costuras, que lo que no haga será porque no quiera; que buenas disposiciones tiene para todo, y no ignora V. que ha sacado un premio en los exámenes de matemáticas, lo cual prueba que es capaz de hacer lo que se le mande. Con que duro, duro, y no tenga V. compasión. Lo principal es que no nos deje feos.

La hermanita manipulaba á hurtadillas, una corona de laurel con botones dorados, de la cual pendían unas cintas de raso de color de tórtola, que habían servido de adorno al gorro que mamá estrenó al casarse. En aquellas cintas se había impreso, con tinta de marcar, una dedicatoria que decía: *Al eminente artista Julito Melgarejo, recuerdo de su admirador L. M.* Estas iniciales correspondían á los nombres de los autores de sus días Liborio y Mariquita, que habían querido unir su recuerdo al triunfo de su hijo, guar-

dando, por bien parecer, el incógnito, hasta el momento decisivo en que se confirmara la justicia de la dádiva.

—Mamá,—decía la niña,—debíamos hacer otra corona para la dama, y otra para Jiménez, y otra para....!

—Pues eche usted; tendríamos que poner fábrica, y no hay cintas para tanto. El que quiera coronas, que las compre, que harto tengo yo con pensar en mis hijos. No se harán más que la de Julito y la tuya, pues ya sabes que se han comprometido á arrojarlas, con disimulo, el marido de la portera y la muchacha de casa.

El joven amigo, el del ramillete, se había reservado una localidad próxima al escenario. Los porteros, la criada y un cabo de lanceros, primo suyo, se colocaron á su lado, con las coronas debajo del asiento: además llevaba el noble admirador, tapados con los faldones de la levita, dos palomos blancos con lazos azules, que en el momento oportuno debían volar en torno de la *diva*.

Llegó el supremo instante. Los amigos se apresuraban á ocupar sus asientos y à preparar las manos. Los socios daban el alerta de atención á los convidados. D. Liborio, desde la última fila de lunetas, decía:

—Señores, silencio, que va á cantar mi hija!

Doña Mariquita añadía:

—Silencio, señores, que va á salir mi chico!

Aparece por fin Lucía de Lammermoor, sobrecogida y temerosa; va á cantar y se la había escabullido la voz. Búscala de acá y búscala de allá, y mi voz no parecía! Angustias de la madre, rabia del padre, coraje del profesor, sonrojo del amigo íntimo y alboroto del piano, que no consintió se oyeran los chillidos sofocados de su dueña, oscurecidos por el cencerreo. Dos ó tres palmadas disidentes resonaron, y el gorgo-

rito final le ahogaron el ruido de los bravos, y el revolotear de los palomos, que cayeron encima de la concha del apuntador, depositando en ella un pequeño recuerdo de su estancia. La corona que la artista se dedicaba á sí misma, disparada á guisa de proyectil revolucionario, vino á posarse en la cabeza del violón. Cayó el telón entre aplausos y algazara; pasó el entreacto divertido con el rumor de las censuras de los envidiosos y los plácemes de los aduladores, y volvióse á alzar para que continuara la comedia.

Julito debía salir, y, en efecto, salió, retrasado, por haberse estado prendiendo la gola, que le venía ancha. Equivocó la puerta de la izquierda con la de la derecha, y haciendo una reverenda cortesía, que los interlocutores no podían ver, porque estaban de espaldas, exclamó con épica desenvoltura:

«¡El Señor D. Luís de *España*,
Ministro *de Haro*, ha muerto!»

el público soltó la carcajada: quedó el actor clavado, esperando su corona, y esta, yendo á parar sobre una candileja, produjo un momentáneo incendio. La sociedad se alarmó al advertir el fuego, las señoras se desmayaron, los caballeros echaron á correr; todo era desorden y confusión. El telón de boca cayó sin terminar el drama, y cuando las llamas lamían las frescas piernas de una Musa, pintada en el lienzo, el apuntador sacó una regadera y ahogó en germen el voraz elemento. Un aplauso, el más nutrido y espontáneo de la noche, resonó entonces, y el público, al ver suspendida la función, fuése retirando entre atufado y mohino, mientras que doña Mariquita decía:

—¡Intrigas!

Y D. Liborio:



—Tienen envidia de mis hijos, y han prendido fuego para que no se luzcan.

Rasgos son estos de la fisonomía del Teatro particular, que ya no existe. Restos de sus más asiduos mantenedores albérganse todavía en recónditos locales, donde la eterna dama y el galán fogoso esgrimen sus pulmones, mediante una entrada vergonzante. Los más, han convertido en recurso vividero la declamación *voceada*, y forman compañías de cuatro soldados y un cabo, en las cuales se ceba la afición de ver comedias que al público ínfimo de Madrid siempre domina. El mecanismo de hablar sobre un tablado de cama, remonta al genio mendicante hasta las lámparas de petróleo del café de la Gloria, y la adquiere ganando dos pesetas y cena gratuita, en esos antros donde el vulgo se vicia y el arte se envilece.

Mas no por eso el teatro casero ha dejado de ser. Existe y se propaga elevado á las regiones más altas; mimado por la fortuna, espléndido en recursos, rico en galas, favorecido por la dama ilustre, frecuentado por los hombres de peso y fama, mantenido por el elemento joven que amenaza regenerarle, ensalzado por la crítica y reverenciado por el mundo de manga corta y de cola larga, de corbata blanca y de cabos negros.

Allí reside el arte, según cuentan las crónicas, con su genialidad característica y su más digno culto, viendo resbalarse la sombra de Nicostrato y Tito Andrónico, hasta la *Zoronquita*, la *Mayorita* y la *Caramba* del siglo pasado. Allí el baluarte contra la indiferencia de un público á quien agradan tanto más las comedias cuanto menos dinero le cuestan.

Desamparados los salones del gran señor A. ó de la gran señora E., pensó cualquiera de ellos, que en la sala de planchar de su palacio, unida á dos piezas contiguas, podía formarse un lindo coliseo *particular;* cayeron los tabiques; el pintor, el papelista y el carpin-

tero se encargaron de lo demás, y como por vía de ensalmo, brotó la fuente de la Talía almidonada.

Ya tenemos teatro. Actrices: la señora de la casa, que empieza á ser bella cuando empieza á ser cómica: con ella alternará su predilecto *bouquet* de mujeres hermosas, que cuentan con atractivos superiores para brillar en la escena. La educación que se recibe en el colegio enseña á la mujer á fingir y al hombre á disfrazarse. Actores: los contertulios de la casa, los cuales desempeñarán, sin reparo, todo linaje de papeles.

—¿Qué comedia elegimos para empezar? Veamos: *La Rica hembra* tiene una dama de empuje, pero la pegan una bofetada y ella se venga casándose con el agresor.

—Esto no ha de agradar; es inverosímil.

—¿Pondremos *Adriana?*

—Esa. Luce muchos trajes. Pero es muy triste: ama demasiado.

—Desechada. *¿Mujer gazmoña?*

—Es tonta.

—*¿Amor de madre?* Es sandia.

—Diremos á X. que repentice una zarzuelita á propósito para que las chicas se luzcan. Algo del corte de *Los Dioses del Olimpo*.

—Perfectamente.

—Pero cuidado con los trajes, observa la señora de la casa, metida en escrúpulos.

Se ensaya la función. Tómanse modelos de *suripantas* y se reune un cabildo de *maestros* de canto, piano, coros y orquesta: ¡Qué feliz proyecto y qué abundancia de recursos y atavíos!

La zarzuela se ejecuta y cúbrense las formas. Los adornos de las señoras, muy lindos: las carnes se confunden con la realidad. ¡Sácanse piés y piernas de las alforjas, y el público se muestra tan complacido! No es extraño: el espectáculo es nuevo y no caro. Por una nada se ven esas cosas y se toma un refrigerio; por-

que hay cena, vulgo *buffet:* se empieza dando dentera, y se acaba complaciendo á los dientes.

Con atractivos tales, ¿cómo no admirar la fiesta? Cuanto la corte encierra de distinguido, asistió á ella. Pero son pálidos para ensalzarla los colores de mi paleta. Oigamos las cien trompetas de la fama, que por esta vez se encarga de hacer sonar un amigo íntimo de la casa, crítico severo, encaramado en el folletín del periódico *La Melopea,* desde donde lanza sus rayos olímpicos sobre poetas, empresarios y representantes del teatro de oficio. Sus sales áticas se han empleado muchas veces contra el jornalero literario, que se llama escritor. De tal modo pone la pluma el pícaro, que asentarla sobre el papel y levantar roncha, todo es uno.

Mas se trata del teatro *particular* de la señora de Changa, protagonista de la zarzuela escrita exprofeso por un poeta de la casa, con el título de *La Encantadora.* Leed y admiraos:

Preludio. « Aquellos elegantes y suntuosos salones, irradiando de luz, y derramando á torrentes la armonía; aquella esplendidez oriental de flores y adornos; de sedas y brocados; aquel gusto, aquella encantadora sencillez, que aunados, hacían resaltar los primores de las hermosas niñas, de las jóvenes esbeltas y de las distinguidas matronas. Un mundo escogido y placentero, rendido al entusiasmo de tantas maravillas no soñadas, y en medio de aquellos purísimos destellos de buen tono, el templo de las gracias de Talía. »

Aria coreada. « Un teatro elegante... ¿Sabeis lo que es? La gran rueda motriz de la regeneración artística de España. La señora de Changa ha empleado cuantiosas sumas en la erección de un monumento que simboliza las glorias de su casa. La señora de Changa, discreta, noble, bondadosa, bella, amante de las artes, amante de las letras, amante de la juventud, ha abierto

un honroso palenque, donde al par que se eternicen nuestros timbres dramáticos, se perpetúen las glorias del amor y la belleza. La escena, digna de admirarse hasta en sus más pequeños detalles: las decoraciones en miniatura causaron grata impresión, sobre todo miradas con gemelos, por medio de los cuales resaltaba su encantadora verdad. La señora de Changa estuvo en su papel á la altura de artista consumada; su voz, su figura, su ademán, las múltiples cualidades que la adornan; sus altas prendas morales, entre las que sobresale su exquisita sensibilidad, todas contribuyeron al mágico efecto que produjo su presencia. ¿Y qué diremos del traje? ¿Qué de la soltura y naturalidad con que le ostentaba? Su airoso talle, sus penetrantes ojos, su blanca mano, su menudo pié, sus apreciables formas veladas por la ondulante y envidiada gasa, rasgos son característicos de su genio para la escena. Verla y no caer en la red de sus encantos fuera imposible. Sabido es, que es una verdadera *Encantadora*. Así lo comprendió el público, prodigándola una ovación sin límites y arrojándola ramos de flores naturales á la escena, en la cual tuvo que presentarse hasta diez y ocho veces en el trascurso de la representación, y tres al final de cada acto. Las demás señoras y señoritas, coros y acompañamiento, la secundaron perfectamente. En el entreacto circularon con profusión desconocida dulces, pastas, bebidas y helados, y al terminarse la zarzuela se abrió el *buffet*.» Pero esto merece capítulo aparte.

Concertante. «Cuanto puede exigir el idealismo del paladar más refinado se hallaba allí, y fué tema de la noche y objeto de los más expresivos elogios de la concurrencia. Frescos y abundantes manjares, platos exóticos, viandas á cual más gratas, esparcidas sobre una mesa de trescientos cubiertos. Riquísimos y variados vinos, conservas extrañas, mariscos descono-

cidos en nuestros mares, servidos en una vajilla de plata del siglo VI, causaron satisfacción al cuerpo y delectación al ánimo.»

En resumen: El triunfo de la señora de Changa fué completo. ¡Oh, noche deliciosa! ¡Fiesta magnífica! ¡Qué música! ¡Qué canto! ¡Qué verso! ¡Qué cena! La señora de Changa hizo los honores con la sin igual amabilidad y fino tacto que la distinguen, multiplicándose de continuo, para atender á todos.

Marcha final. Fáltanos espacio para hablar de las personas que concurrieron á la velada, y de las que brillaron por su ausencia á causa de no haber asistido; pero á trueque de que se nos tache de minuciosos, la crítica no puede menos de consignar que allí estaban las hermosas duquesas de A. B. C. y D., las bellas marquesas de F. G. H., las no ménos bellas condesas de I. J., las espirituales vizcondesas de K. L. y M., las preciosas baronesas de N., de O. y de P., las distinguidas señoras de Q. R. S. y T., y las elegantísimas señoritas de U. V. X. Y. y Z., sin contar otras muchas que se habrán escapado á nuestra memoria, y de las que daremos cuenta en la próxima revista, terminando la presente con la inmensa satisfacción de asegurar á la señora de Changa, prototipo de la noble dama de la culta sociedad española, que el recuerdo de la apertura de su teatro, así como el de la cena que le precedió, no se borrarán jamás de la mente de cuantos tuvimos la inefable dicha de asistir á ellas, habiéndonos dado puntual é ineludible cita para cuando se reproduzcan, que esperamos sea en breve.» (Firmado.) —*Picio.*

La pintura podrá carecer de colorido; pero el fondo del cuadro está tomado del natural.

LOS NUESTROS.



LOS NUESTROS.

La mujer tiritando de frio, y el marido entrando en su casa, á las tres de una deliciosa madrugada de Enero.

—¿Eres tú, Juan?

—Creo que sí. Yo soy ó debo ser.

—¡Y te saliste esta tarde con el gabán de verano!

—¡Qué salidas tienes, Petra! ¡Con cuál me había de salir?

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Y qué te dijo? ¿Te dió esperanzas? ¿Qué cara puso? ¿Te hizo sentar? ¿Le hablaste? ¿Te dió la mano?

—Me dió treinta reales por el paraguas, única joya que nos quedaba! Salí... llovía á cántaros y me tuve que meter en el *Café*, y tuve que tomar algo. Tomé café y aquí me tienes con 28 reales, para todo el mes; para todo el año; para toda la vida!

—Pero, hombre, ¿no has visto al ministro? ¿No era

la audiencia á las dos? ¿No llevas seis martes de espera? ¿Cómo te vienes así, sin una credencial?

—No he visto al Ministro, ni era la audiencia para mí sino para otros, ni tienen fin mis antesalas, ni hay credenciales que valgan; ni esto es vivir, ni hay justicia en la tierra; ni hay patria, ni país, ni nada! Estos hombres quieren que venga la revolución social y vendrá. Sí señor, mañana mismo la traigo yo!

—No, Juan, no; tú no traes nada, ya lo ves. Tú lo único que traes es frío, sueño, hambre y agua encima.

—Tienes razón. Debo tomar algo.

—Debes... pero no pagas.

—La cena.

—Desdichado. ¿Olvidas que Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote?

—Pues tomaré el olivo. Vámonos á la cama, que nos va á amanecer echando cálculos como todos los días.

—Vamos. Quítate el abrigo.

—¡Infeliz! Llama abrigo al gabán de verano!

—¿No traes 28 reales? Pues mañana te compras uno de invierno: un ruso ó una capa.

—¿Y qué comereis tú y los chicos?

—Bah! Antes es el vestir que el comer. El que pretende, tiene que ir decente. Si te ven tronado eres perdido!

—Con estos 28 reales te compraré un manto y un mantón, para que sigas tú viendo al Ministro, y tambien te compraré unas botas de bigotera.

—Mamá!

—Ya se ha despertado Pepito.

—Tengo gana!

—Quiero pan!

—Ya se ha despertado Antoñito.

—Callarse, que estaba soñando con la fonda.

—Ya se ha despertado Paquito.

—¡Agua!

—Gracias á Dios que piden algo razonable.

—¡Vino!

—La niña también respira.

—¡Muera! ¡Muera!

—Ahora el grandullón.

—Déjale que está soñando con la revolución.

—Guárdate los 28 reales y á dormir.

—Compraré con ellos un revólver para el Ministro.



—Antes morir que recurrir al crimen.

—No, mujer, es para regalársele.... para tenerle contento.

—¡Ah!

Se acuestan, duermen y todo reposa.

—Hasta mañana.

Pero, si era ya de día...!

. . . .

—Petra.

—Juan.

—En lugar de dormir he estado reflexionando toda la noche; inventando, devanándome los cascos.

—¿Y qué?

—Que ya he dado en el *quid,* que nos hemos salvado y la Nación también.

—¡Jesús!

—Lo que oyes; ya que no hago nada, voy á fundar...

—¿Un *Colegio?*

—No, un *Banco.*

—¿De socorros, para socorrernos nosotros?

—De economías.

—Mala idea; no economiza nadie.

—Fundaré una *Escuela de agricultura.* La agricultura hace ahora furor. Con una huerta, un arado y una mula, ya está.

—¡Pues! La mula te pega un par de coces, y ya estás divertido.

—Fundaré un *Manicomio.* Los locos dan ahora mucho de sí. Hay más de un cincuenta por ciento.

—Y para tí será la primera celda.

—Fundaré.... ¿qué fundaremos? Una *Sociedad de salvamento de suicidas.* Un *Casino de manchegos.* El *Tiro del gorrión....* ¡qué sé yo!

—¡Tonto de capirote! ¡Tanto como discurres y no caes en lo mejor!

—No caigo!...

—Funda un partido.

—¡Es verdad! Pero hay muchos.

—Como que es el tiempo de ellos.

—Petra, me asombra tu talento! Tú sí que has dado en el *item.* Bien dicen que las mujeres teneis un buen pronto!...

—Hombre, eso se le ocurre á cualquiera. Coges á cuatro amigos; los chicos de casa, los parientes, los cesantes que conozcas; citas á junta diciendo: «tal día se reunen los nuestros;» formais el comité, y!...

—¡Y comemos!... Tienes razon; es un pensamiento colosal. Ya sabía yo que eras lista, pero ahora reconozco que debías figurar á la cabeza de la asociación para la enseñanza de la mujer... y del hombre!

—Lo que has de hacer ahora, es no dormirte.

—Ya lo sé, pero como he pasado tan mala noche para ver á ese condenado de Ministro!...



—Ya no necesitas ver á ninguno. Te haces Ministro tú, y te miras al espejo.

—Señores ¡lo que sabe mi mujer!

—Precisamente para fundar un partido no se necesita dinero, ni cosa que lo valga. Gente y nada más; y como la hay de sobra... Das una vuelta por la *Puerta del Sol*, *Carrera de San Jerónimo*, *calle de Sevilla* y de *Alcalá* ó de *Toledo*, y en dos horas, haces doscientas adhesiones; ofreces cargos en la junta directiva; dices que va á nombrarse un... ¿cómo se llama?... un *Directorio*, y con la golosina de pertenecer á él, caerán los hombres como moscas.

—¿Y con qué nombre bautizaremos á la criatura?

—Teneis que ser avanzados, muy avanzados.

—Un color fuerte, que tire á rojo.

—¿Á qué ha de tirar con tu apellido? Poneis un rótulo largo que abrace mucho.

—Eso es. Pongo por ejemplo: Partido... espérate... partido absolutista—radical—conservador—demócrata—dinástico. Ahí entra todo. Magnífico. Ya hay muestra para nuestra bandera.

—Y tú el Jefe!

—¡No que no!

—Hoy mismo te mandas hacer ropa; lo primero un frac; sombrero de copa, porque ya no puedes gastar hongo; corbata blanca y botas de charol.

—¿Y quién paga ese charoleo?

—¡Toma! el partido.

—¡Ay Petra!... ¡Petrita! Por fuerza tienes un ángel metido dentro de tu cuerpo! Eres una sabia. En un segundo se te ha ocurrido más que á mí en los cinco años que llevamos cesantes.

—Hijo, hay que buscárselas.

—Vaya, actividad y manos á la obra. Voy á lavarme y á mudarme de camisa...

—Camisa, no hay en casa más que la que tienes

puesta; pero mientras que tú te lavas, ella también se lavará para que salgais limpios. . . . .

. . . .

Juan se aseó lo que pudo; estiró sus zurcidos, se puso unas botas con medias suelas, que tenía de reserva, y se fué á buscar á un amigo empleado en ferrocarriles y sujeto emprendedor; para que escribiera el programa de la función. El amigo le dijo:

—¿Qué traes?

—¡La salvación de España!

—¡Demonio!

—Vengo á proponerte que formemos...

—¿Una compañía de cómicos?

—Un partido nuevo. ¿Quieres escribir el Manifiesto á la Nación?

—¿Con qué doctrinas?

—Absolutistas—radicales—mestizas—monárquicas. ¿Te agradan?

—Hay para todos los gustos.

—Eso es.

—¿Y de quién ha sido esta feliz idea?

—Mía y de mi mujer.

—Bien dicen los moralistas, que la mujer avanza en el camino de la perfección.

—Mientras yo voy haciendo partidarios, escribe eso. Tú eres listo, Caparraída; ya comprendes la intención. ¿Te parece justo que estemos yo cesante, y tú con mil pesetas, cuando podríamos tener cincuenta ó sesenta mil?

—Chico, para eso no escribo yo programas. De una cartera no bajo un céntimo. ¡Ó todo, ó nada!

—Me gusta ver que tienes ambición. Con que, Caparraída, manos á la obra, que tú te lo encontrarás.

. . . .

—Adios, amigo; ¿qué se hace?

—Nada de particular. ¡Estoy indignado con el Gobierno!

—¡Y yo!

—Estaba en Filipinas de gobernadorcillo, y me embarcaron para la Península sin saber por qué.



—¿Quiere V. ser de los nuestros?

—¿De qué se trata?

—Mañana nos reunimos en casa, *Humilladero, 3,* á las 8 de la noche; vaya V. y lo sabrá todo.

—Iré; pero á esa hora estará V. comiendo y no quisiera molestar.

—¿Comiendo yo? ¡Quiá! Vaya V. sin miedo, y lleve V. á quien quiera.

—Gracias.

. . . .

—Por allí creo que va Pepe Tenaz.... sí, él es: ¡Eh! ¡Eh!

—¿Es á mí?

—¿Cómo estás?

—Creo que V. se equivoca.

—De ningun modo. ¡Tú eres Tenaz!

—Servidor.

—¿No me conoces, hombre? ¿Tan desfigurado estoy?

— Me parece que...

— Sí, hombre, soy Juan... Juan Rojizo, tu compañero antiguo.

— Chico, ¿quién te había de conocer? ¡Qué desfigurado estás! ¿Has estado malo?

— No; ¡estoy cesante!

— ¡Ah!

— ¿Tú también?

— Yo no quiero nada del Gobierno, y de este ménos. Me ocupo de negocios; pero andan fatales...

— Perfectamente. ¿Quieres ser de los nuestros?

— ¿Cuáles son los tuyos?

— La gente de accion.

— Yo tenía unas acciones, y he tenido que empeñarlas.

— Pues de eso se trata: de que las desempeñes.

— Aceptado.

— Mañana te espero en mi casa, á las 8 de la noche.. *Humilladero*, *3*. Y si quieres llevar algun amigo no importa.

— ¿Hay que ir vestido?

— Nada, chico; desnudo.

. . . .

— ¿Dónde va V. tan deprisa?

— Calle; ¡Rosita! estoy á sus piés.

— ¿La señora y los chicos tan guapos?

— Han adelgazado algo... y ahora reparo que V. también...

— ¡Cómo he de estar! Mi marido, que como sabe V. estaba metido en la Bolsa, ha sido víctima de la última liquidacion, y nos han liquidado! Y la culpa ya sé yo quién la tiene.

— ¿Quién?

— ¿Quién ha de ser? El Ministro de Hacienda.

— ¡Que no coloca á nadie! Que da audiencia al amanecer y luégo no recibe!...

— Y otras cosas más! Pero diga V., señor de Rojizo, ¿por qué no se reunen Vds. los amigos, y hacen algo...? Yo se lo digo á Chinazo y á los amigos que van á casa, y que todos están rabiando contra esta gente...!

—¿Y quiénes son esos amigos? Permita V. que apunte sus nombres.

—Todos de empuje: Guerra, Crespo, Malasaña, Valiente, Matamoros, Lanza, Coronel, etc., etc.

— Todos me sirven, todos...! V. no sabe... pero ellos sabrán... ¡Hay un proyecto magno, piramidal!...

—¿Sí? ¿Qué me cuenta V?

—Sí, Doña Rosita: nos salvamos todos.

—¡Cuánto me alegro!

—Dígales V. que vayan á mi casa mañana á las ocho en punto de la noche.

—¿Siguen Vds. viviendo en *Humilladero, 3*?

— Allí seguimos, hasta que Dios quiera darnos mejor casa, que pronto querrá... y á Vds. también!

—¿Sí? ¡Qué me cuenta V!

—Nada: á Chinazo que les espero sin falta.

—Comprendido. Abur, amigo. Vaya si irán! Como que no tienen otra cosa que hacer!

Y Juan Rojizo iba desempedrando adoquines, y pensando: Mi mujer tenía razon. ¡Ya hay partido! Ya hay partido!...

. . . .

Estamos en la noche del otro día, y están presentes una docena de individuos; los chicos de la casa y los criados de algunos concurrentes. Detrás de los visillos de la alcoba, atisban Doña Petra y Doña Rosa. Abierta la sesión, Rojizo bostezando, dice cuatro frases:

«Ya sabeis á qué venimos aquí; á formar un partido fuerte y vigoroso, en este momento histórico en que todo el mundo saca la cabeza! Carezco de condiciones oratorias. *(¡No, no!)* Los partidos viejos están desacre-

ditados! *(¡Verdad!)* Nosotros queremos salir de la condicion de parias! *(Aprobación).* Limar los hierros de la cadena que nos oprime! *(Aplausos).* Hacer que la patria éntre en las vías del progreso humano! *(Caparraída entra en el salón con un rollo de papeles).* Nuestra bandera está bien definida. Abarcamos todos los partidos conocidos y por conocer, desde el más avanzado absolutista, al demócrata más reaccionario! *(Sensación).* Para contribuir á nuestra empresa contamos con las simpatías de la mujer, en su calidad de esposa y de madre!... *(Una voz en la alcoba:* ¡Bravo!) y con la juventud esperanza de la patria! *(Señalando á los chicos).* Señores, estoy conmovido. Hoy es día de sentir, y concluyo sintiendo no haberme expresado mejor. *(Grandes aplausos. Los niños del orador felicitan á su papá.)*

El Sr. Caparraída. — Pido la palabra.

—¿ Para qué?

—Para dar lectura del programa...

— Antes hay que votar la junta...

El Sr. Tenaz.— Antes debe nombrarse la comisión nominadora.

Varias voces.—No hay necesidad *(Protestas).*

El Sr. Tenaz.—Pido la palabra *(Rumores).*

Voces.— Á votar! Á votar! *(Confusión).*

No habiendo campanilla, el Presidente tira del cordón de la pared, y viene la criada.

—¿Qué se ofrece? *(Risas).*

Reunidos los señores Rojizo, padre é hijo, proponen la *Junta-Comité.*

El Sr. Presidente.— Los sentados votan *no:* los que estén en pié *sí.* Se levanta y le imitan los pocos que tenían silla.

Queda votada la Junta por unanimidad, en esta forma:

Presidente honorario.— Chinazo.

Presidente efectivo.— Rojizo.

Vocales.— Chinazo (D. M.), Rojizo (D. J.), Tenaz, Guerra, Matamoros, Malasaña, Lanza y Coronel.

Secretarios. — Caparraída, Rojizo (D. S.), Chinazo (D. J.) y Peñacuadrada.

Previa la venia del Presidente, el Secretario Caparraída, lee el siguiente programa:

AL PAÍS

«No podemos por menos de dejar oir nuestra débil voz...»

Un individuo.—Pido la palabra. No debe decirse débil, porque se creerá que estamos á la cuarta pregunta...

Otro individuo.— Donde dice *débil*, póngase *robusta* y adelante.

Caparraída.— «No podemos por menos de dejar oir nuestra robusta voz, cuando la patria despedazada reclama el esfuerzo de sus hijos para el bien común...

Voz.—¡Fuera ese común!

El Presidente. —No puede ser *(Rumores).* Orden, señores, orden!

Caparraída.— «Fija nuestra vista en los destinos...»

Voces.— Bien! Bien!

Caparraida.— «En los destinos del país, queremos su inmediata regeneración por medio de un robusto...!»

Voz.— Ya hay una robusta...

Caparraida.— Pues serán dos. «De un robusto partido al que pertenezcan los españoles *cosmopolitas* sin distinción de matices ni procedencias, para lo cual se invita á las personas de ambos sexos que hasta ahora no tengan opinión, á que formen comités locales nombrando Presidentes á los individuos de esta junta, elegidos por el voto universal de nuestros correligionarios. Careciendo además de órganos...»

Voz.— ¿ De Móstoles ?...

Caparraida.— De mastuerzos. He dicho.

El Sr. Tenaz.— En ese bien escrito programa se dice que forman el nuevo partido los españoles *cosmopolitas*, y no puede darse más gráfica denominación. Pido á la Junta que se nos designe con ella, y que á la voz *cosmopolita* que tan exactamente define nuestro *Credo*, se añada el adjetivo *nacional*. Esto es: *Partido cosmopolita nacional*.

El Secretario.—¿ Se aprueba esta denominación ?... Queda aprobada.

El Sr. Tenaz.— Tambien debe fundarse con el mismo título, un *Diario* órgano de nuestras aspiraciones, redactado por los que sepan escribir.

El Secretario.—¿ Se aprueba la fundacion del periódico *El Cosmopolita nacional?*... Queda aprobada.

El Sr. Presidente.— Señores: no encuentro por más que las busco... ¡palabras...! entre tantos hombres ilustres...! cimiento de una nueva era...! España de su letargo...! raices que nacen en este momento histórico...! noche solemne...! ¡Ah, señores! Dispensadme si la emoción no me deja continuar...! Gratitud inmensa por haberme elegido Jefe...! comunión *cosmopolitica...!* verdadero acontecimiento...! ¡No puedo más!...

Para solemnizar nuestra reunión, propongo un gran banquete!...

Voz.—Uno es poco. (*Asentimiento.*)

Presidente.—Varios! varios! y así cobraremos fuerzas para el porvenir que es.... de los nuestros!

Ruidosas aclamaciones, gritos y vivas. El partido abraza al orador. Doña Petra sale de la alcoba y le abraza también. Chinazo propone que una comisión pase á felicitar á esta señora y así se acuerda. Varios señores piden la creación de un *Casino cosmopolita nacional* y se aprueba sin discusión, ofreciendo un socio un piso que tiene desalquilado. Se nombran comisiones donde entran todos los asistentes, y se levantó la sesión. Eran las dos.

La prensa habla del nuevo partido todos los días. Pasados unos cuantos, canta un papel:

« Ayer se verificó el banquete inaugural del nuevo partido *Cosmopolita nacional*. El escenario del *Teatro de la Risa,* adornado con escudos y banderas de todos los paises, se vió desde muy temprano favorecido por los comensales. El número de cubiertos preparados era de trescientos cuarenta y tres, pero no asistieron más que cuarenta y tres. Las localidades habían sido invadidas por un numeroso público. En los palcos brillaban muchas y elegantes damas. Durante la comida reinó el orden más admirable, realzado por un no interrumpido silencio. Presidía la mesa la Junta del partido, y llegada la hora de los brindis, hicieron uso de la palabra los señores siguientes: El Sr. Rojizo padre, brindó por la fraternidad universal y por una solución política y trascendental, que haga compatible la monarquía con la república. El Sr. Caparraída, por la prensa *Cosmopolita*. El señor Tenaz, por las ilustres damas que presenciaban aquel espectáculo de unión, las cuales, dijo en tono humorístico, tienen la abnegación de contentarse con el

olor. El Sr. Matamoros, por la paz universal, salvo en momentos de guerra. El Sr. Rojizo, hijo, por la presidencia; y otros muchos oradores por la patria regenerada, y por la comisión del banquete que con tanto acierto había llenado las aspiraciones de los concurrentes.

»No habiendo ramo de flores en la mesa, uno de los oradores propuso que se ofreciese á la Sra. del Presidente un *solomillo á la jardinera*, como así se verificó, entre atronadores aplausos.

Insertamos ahora, el



MENÚ.

—

Potage á la Andalouse.
Consommé Petrita.
Fricasé des Lilliputiens.
Filet de bœuf á la Cosmopolitaine.
Dinde truffé.
Salade á la Madrilene.
Asperge.
Glace á la Vainille.
Bavaroise au café.
Liqueurs. — Vins.
Jerez.—Haute-Sauterne.—Champagne.
Pedro Jimenez.

Antes de terminar la opípara comida, se acordó dirigir al ausente Sr. Chinazo, el siguiente expresivo telégrama:

Chinazo.—Viana del Bollo.—Reunidos fraternal banquete, trescientos cuarenta y tres cubiertos, propagadores nueva idea *Cosmopolita nacional*, saludan hombre incorruptible é integérrimo ciudadano.—*Rojizo.*»

A cuyo saludo no se hizo esperar la contestación:

«*Rojizo.*—Madrid.—Gracias, amigos míos, gracias. España entera secunda movimiento. Aquí también banquete y pólvora. Detalles correo.—*Chinazo.*»

Amanece una mañana y con ella Caparraída, que llega cuando Rojizo se estaba poniendo los guantes para salir á seguir la propaganda. Petra miraba al presidente de todas las presidencias con la boca abierta, y le daba la última mano de cepillo; pero se retiró por si tenían conferencia estos dos hombres importantes.

—Ya hace días que no se te ve el pelo.

—Pues yo no lo he echado tan bueno como tú.

—Estoy agobiado con la correspondencia. Ya tenemos en la provincia diez comités.

—De ellos has sacado tres presidencias. Chinazo te ha birlado siete. Aquí cada uno arrima el ascua á su sardina.

—No hagas caso á los periódicos, que dicen que estamos divididos.

—Pues, aún no asamos y ya pringamos!

—Es necesaria la unión entre los *Cosmopolitas.*

—Y la justicia bien distribuída.

—¿De qué te quejas?

—De nada. ¿No me habeis hecho secretario? Tres presidencias á Chinazo no las tolero: yo necesito seis!

—Hombre, pára el jaco. Tú tendrás las presidencias que quieras incluso la del Senado.

—¡Eso es! Y vosotros ministros!



—Desde que te conozco, la ambición no te deja sosegar.

—Mira quién habló... que quiere tragárselo todo!

—No alces la voz que va á oirte mi mujer.

—Claro, y me expulsará del partido: la haceis creer que ella es el alma!... Pues por si la faltaba algo, ya te hemos hecho presidente del *Casino*, y ahora dicen que quieres ser director del periódico. Vamos, tú me llamas ambicioso y no te sácias. Lo cierto es que yo todavía no he podido comprarme una levita nueva.

—Señores, parece mentira que sea mi mejor amigo el que me traiga las primeras amarguras de la vida pública! Si esto es ahora, ¿qué será el día menos pensado en que subamos al poder? Y yo, tonto de mí, que te designaba para Fomento!...

—¿Es decir que tú crees que vamos al vapor? ¡Ay Juan, tú no sabes la prisa que me corre!

—Los nuestros aumentan por cientos! La industria, el comercio, la banca, se nos vienen en cuerpo y alma! Que te lo diga mi sastre.

—A propósito; dime quién és para que me haga ropa.

—Te la hará á plazos, como buen correligionario.

—Pues vamos á verle ahora mismo.

—Vamos. Casualmente me habló entusiasmado del manifiesto al país.

Doña Petra y Doña Rosa conferenciaban en la calle aquella tarde:

—¿Ha tenido V. carta de Chinazo?

—Ayer. Está obsequiadísimo. No hay punto donde no le dén una serenata así que llega. Me dice que los distritos rurales todos son *Cosmopolitas;* todos de los nuestros; y Pepe, como es tan listo, prepara una sorpresa á su marido de V.

—Algún regalito de aldea.

—Resérvelo V., Pepe quiere sacar Diputado á Rojizo...

—¿Sí?

—Y sacarse él.

—Pues no que serán tontos!

—Eso lo primerito. Para ser Ministros tienen que ser Diputados, y ya que lo es cualquiera...



—Y luégo que hay que arreglar tambien á los chicos. Mi Julio, que habla como un papagayo, ya ve V. si servirá para ello!

—¿Y mi Manolo, que sabe taquigrafía?

—Esto del partido ha sido una gran idea...

—Juan vacilaba, y yo le dije:—No seas majadero. ¿No lo hacen otros? El que no tiene partido no tiene nada, ni nadie le hace caso, y dicho y hecho. Pues mire V. antes estaba las horas muertas acechando al Ministro en el portal, y ahora... V. no sabe las cartas de gente gorda que recibe!... Y todo por haber dado el golpe á tiempo porque habia otros muchos cesantes que querían hacer lo mismo...

—¿Y qué me dice V. del *Casino*, donde han de reunirse los nuestros?

—Que ya hay casa en la calle de las *Conchas*, y el

dinero que se quiera para ponerla con lujo, y que pronto se abrirá con una *velada.*

— Por supuesto que asistiremos nosotros?

— Por supuesto: como que mi hijo Siro, el Secretario, leerá una poesía que está componiendo, titulada: *La majestad del pueblo.*

— Y mi Manolo podrá tocar en un intermedio la flauta.

— Y mi Julio hará *juegos de manos.*

— Ya nos lo arreglaremos, y todo quedará en casa. Ya se sabe que este partido se hace para nosotros, y cuando mandemos, nos despacharemos á nuestro gusto... yo se lo prometo á V.!

— Han de dejar nombre, los *Cosmopolitas!*

Pasaron días. Se abrió el *Casino* con discursos elocuentes, lindas poesías, solo de flauta, prestidigitación y espléndido *buffet.* Se cenó bien, Doña Petra y Doña Rosa estrenaron traje; Rojizo y Chinazo estrenaron frac; Caparraída estrenó un terno de levita, chaleco y pantalón, y los concurrentes pasaron de mil.

Caparraída y Tenaz murmuraban:

— Se ha desnaturalizado, mistificado, mi Manifiesto al país.

En el partido se dibujan varias tendencias.

— Así, ¿cuándo mandaremos? Nunca.

— Hay que formar un centro.

— Los disidentes *Cosmopolitas.*

— ¿Para quién trabajamos? Para ellos que van á salir Diputados.

— Pues Rojizo, habla pestes de Chinazo!

— Y Chinazo de Rojizo!

— Esto no es lo correcto!

— Está probada la deficiencia del partido con tales jefes!

Y Caparraída dijo, echando espuma por la boca:

— ¡Me tienen enfrente!

Y Tenaz añadió:

— Estoy con V.!

Los periódicos propalaron estas especies:

« En casa del conocido hombre público Sr. Chinazo, se reunieron anoche sus amigos.

» Los *Cosmopolitas* del grupo del Sr. Rojizo se reunirán esta noche.

» El Sr. Caparraida, individuo del Directorio *Cosmopolita*, da mañana, á sus amigos particulares, un thé, al cual asistirán unos cuarenta. Celebramos la digna actitud en que se ha colocado.»

Crecían las murmuraciones de corrillo, y las ilusiones menguaban.

— ¿ Qué hay ?

— ¿ Cuándo suben los nuestros ?

— ¿ Se sabe los nuestros cuáles son ?

— ¿ Han leído Vds. el artículo que publica hoy Rojizo en *El Cosmopolita?*

— Benévolo con la situación; casi ministerial. Saluda á España como la nación más próspera!...

— Canta la canción de la *Arabia feliz!*

— Y ya todo lo tiene nuevo: casa, ropa, mujer!

— Y ha colocado á los chicos!...

— Y esta noche le dan una serenata por haber salido Diputado en segundas elecciones, por la Mancha. No ha sacado nada menos que mil doscientos y pico de votos, con apoyo del Gobierno. Ahí teneis el artículo!

— ¿ Y qué dice Chinazo á todo esto ?

— También salió en Extremadura, pero sólo por trescientos votos. Está que trina más que un ruiseñor. Se irá con la minoría conservadora radical.

— ¡ Toma ! ¡ Toma, *Cosmopolitas!*

Por la diferencia de votos, chinazos y rojizos izaron bandera negra. Sus chicos se pegaron de cachetes en la calle. Doña Petra y Doña Rosa, atacaban por la es-

palda, poniéndose de oro y azul. Los thés de Caparraída echaban chispas. Tenaz publicó un comunicado contra los acuerdos del partido. El *Casino* hervía como una olla de garbanzos. Los principales miembros parecían cartuchos de dinamita próximos á estallar. Guerra, hablaba con revólver; Crespo con los pelos de punta; Malasaña parecía que se había tragado un demonio; Valiente movía á todos lados la cabeza; Matamoros bramaba, esperando la suya, y Coronel hubiera dado una oreja por serlo, para sublevar un regimiento.

Se celebraron diez juntas, que dieron de sí más de cien discursos patrióticos. Algunos oradores pedían agua para poder seguir hablando, y no la había, por haberse agotado los fondos del *Casino*, y no pagar los socios las cuotas.

El periódico el *Cosmopolita nacional* tronó al tercer día de su precaria existencia, pidiendo los cajistas la cabeza del director y quedándose á deber la imprenta y el papel.

El *Casino* se cerró, embargando los muebles el casero y poniendo pleito el mueblista.

Se disolvió el partido *Cosmopolita nacional*, sin advertirlo la Nación.

Y los nuestros no vinieron.

Y después del naufragio, decía Caparraida al ver que no se había echado una buena capa:

— Nos llamamos conservadores y no nos conservamos!...

Y Tenaz contestaba, filosofando:

— ¡No basta ser tenaz para ser hombre!

Y decía la señora de Chinazo á su esposo:

— Tú no tenías dónde sentarte, y ahora te sientas en el Congreso. ¡Algo es algo!

Y Doña Petra:

— Mira, Rojizo; cuando dejes de ser Diputado, ya lo sabes, fundamos otro partido.



EL SANTO



EL SANTO.

Al Santo! ¡Al Santo! gritan los mayorales de los ómnibus estacionados en la Puerta del Sol.

—Tres me faltan: que nos vamos, que nos vamos!

—Á la *praera,* á la *praera!*

La gente sube; los peatones, que son los más, aprietan el paso por los atajos: los señoritos van en carretela ó landó, y algunos en berlina. La tarde está en calma, pero nubes grises y ráfagas cenicientas no quieren desmentir á los augures astronómicos.

—¿Tendremos lluvia ó sol?—Para ambos casos sirve un buen paraguas.

—¿Hará frío? Aquí va la bota.

—¿Sudaremos? El vino quita la sed.

—Arriba, arriba, que es tarde!

—¡Anda, anda, golosa! macho! *bonifacia! bonifacia! Ohé, ohé...!*

Y una voz fina añade, desde el sotabanco del carruaje:

—Golosita! golosita!—á lo que replicaba, amostazado, el mayoral:

—*Cabayero*, deje V. á las bestias, que son muy brutas y le sueltan al *mesmo* sol un par de *patás*... déjelas V. que se van á estropear... ¡Anda, *pelegrino*, anda!

—¡Al Santo! ¡Al Santo!

—Señores, corran ustedes, que vamos á llegar tarde! exclama una señora gruesa que va en compañía de seis vecinos con su correspondiente prole, en la que hay variedad de edades y sexos.

—*¡Zequiela!* ¡Melitón! *condenaos*, *andai*, grita una palurda delantera, que va por medio del arroyo para no pegar con las caderas en las paredes.

—¡Al Santo! ¡Al Santo!

—Anda, anda chiquitín, dice la señora de un cesante, arrastrando de la manita á su niño Pepito.—Corre, monín, que ya llegaremos y puede que allí tomemos algo.

—Malditos carruajes, añade el sofocado papá, que lleva encima otro chico: no parece sino que le van á uno insultando..!

—Abur, D. Lucas,—grita un caballerete que saca la cara por la ventanilla de un coche pesetero.—¿Vamos *haciallá?*

—No contestes á ese hortera, dícele su señora.

—Dispense V. que no le salude, porque voy bastante cargado..!

—Papá, que me tiras!

—Calla, criatura!

—¡Al Santo! ¡Al Santo!

Pero ¿quién es ese Santo Bendito, del cual todos hablan, al cual festejan y en busca del cual todos van? ¿Qué Santo ha de ser? ¿No sabe V. á cuánto estamos? ¿Vive V. en Madrid ó en Bábia? Pues en Madrid y á quince de Mayo, V. dirá qué Santo es!

—Basta, hombre, basta! que como buen madrileño me sé su vida de memoria, y algunas cosas mas. Fué labrador y traginero del campo: vivió noventa años, y

estuvo al servicio de los Vargas; de aquel Iván, ascendiente del otro de quien se dijo: «Averígüelo Vargas.» Con su hijada hizo brotar agua de una peña, y las campanas de San Andrés, dicen que tocaron solas el día de su entierro... ¿Me dirá V. á mí quién era el Santo Bendito, de nombre Isidro Merlo y Quintana? Casó en Torrelaguna, con María de la Cabeza, la que al ir á alumbrar á una ermita, tendía su mantilla en el río Manzanares y pasaba sobre ella sin hundirse ni mojarse. Sus huesos anduvieron de acá para allá, en el espacio de unos siglos, y al fin reposan enteros en su Colegiata, cerca de los de Diego Laynez y Eusebio Nieremberg, y de Saavedra Fajardo, príncipe de Esquilache, Moratín y Donoso Cortés.

—¡Al Santo! ¡Al Santo! Abrimos Puerta cerrada y de un resbalón por la calle de Segovia, y una tiradita por el Paseo de Melancólicos, atravesamos el puente de tablas, de á perro grande por persona, y, gracias á Dios, ya estamos en la pradera.

Dentro de aquel infierno, mal comparado, nos quedamos todos con la boca abierta, la cabeza atontada y el cuerpo en volandas, pues un empujón nos traía y otro nos llevaba. Junten ustedes todo lo que allí andaba, abultaba, sonaba ó se veía: hagan de ello lo que quieran, y aquello es San Isidro. Bombos y platillos, columpios, *Tío-vivos* y cestos que se precipitan dando vueltas; cohetes, trompetas, carros con toldo y pellejos de vino; casas de estera; vendedores ambulantes; corros, bailes, meriendas, guitarras y hierrecillos; buñuelos, fogones improvisados, humos; mares de hombres, mujeres y muchachos, lechugas y lechuguinos; miles y miles de almas, que corren ó se mueven, y por cada cinco de estas, un pobre que pide limosna, y por cada diez un ratero. Más arriba, toldos y tenderetes donde se guarecen montes de rosquillas, avellanas, *torraos* y pasas, ó cachivaches, santos y figurillas de barro; confitura y

frasquetes; decoración de pitos, pitos de cristal con relucientes flores, pitos de madera con caricaturas, pitos de aire... y en el suelo, tendidas á la bartola, familias de botijos y cacharros, colorados y blancos, botijos padres, hijos y nietos. Las campanillas de barro, las flautas y *mirlitones*, pasaron de moda. Los sonoros pitos, los botijos vacíos y las botas llenas, hacen fanatismo.

¿Pues y los forasteros?

El Sr. de *Sereseda*, que aprovechando la baratura del tren ha venido desde *serca* de Málaga con su sobrina carnal, *Consolasión*, y sólo por *conoser* al Santo y por *mor* de la Romería. Cereceda viene por primera vez á la corte, decidido á divertirse y á *gosar*, que para eso se ha gastado su dinero. En su tierra tiene fama de guasón y todo lo echa á broma. Ha aprendido que en Madrid todo es mentira, y desde que puso aquí el pié, saluda con olímpica carcajada, á que hace coro la chica, cuanto ve y cuanto oye; cosas, sucesos y personas.

La noche de su llegada compraron la *Correspondencia* para pasar el rato, y se tiraban de risa repasando los anuncios de los muertos. Leyeron que un joven había matado á dos mujeres, pegándose después un tiro, y soltaron el trapo con estrépito, exclamando: ¡Qué guasa!

Ya están tío y sobrina en San Isidro, más alegres que la misma fiesta. Perdiéronse en la pradera, y al encontrarse, contaba cada cual sus impresiones. Cereceda decía:

—He visto matar á *pelotasos* á un conejo que colgaba de una cuerda! El juego tiene *grasia!*...—y se reía como un tonto.

Y Consolación contestaba con sus habituales carcajadas:

—Yo he visto caerse á un *mosito* que *hasía* títeres en un columpio; no se rompió la crisma, pero arrojaba sangre por la boca. ¡Qué buena sombra! ¡Lo que yo me he reído!...

Y el tío añadía:

— Sería pamema; pero tiene gracia!

Compraron rosquillas, cacahuets y garbanzos con blanquete, y mientras se atracaban, dijeron:

— Vamos *hásia* arriba, á ver el Santo.

Descubrían muchas torres de piedra blanca, y sin reparar en la ermita, se encontraron á las puertas del Cementerio.

— Chica! ¿Dónde está el Santo?

— Hay muchas capillas... ¡Ja! ¡ja!... ¡Qué buena sombra! ¡Ja! ¡ja!—Y no paraban de reir, cuando se acercaron unos señoritos que iban dobles, de resultas de haber almorzado flojo y bebido fuerte. ¡Qué sofoco para otro que no hubiera venido á divertirse! Cereceda, oía echar piropos á su sobrina, mezclados de frase gruesa, y soltaba la carcajada consabida.

— ¡Qué preciosa!

— ¡Qué *cursi!*

— Oiga V., mi alma; ¿de dónde ha sacado V. esa rosa que lleva en la cabeza?

— Á ver si huele!...—y acercaban los tres, las narices á los alborotados cabellos de la joven forastera, y uno la puso la mano en el talle y otro en el hombro y otro quería bailar con ella una polka, y Cereceda se iba *ajumando*, pero recordaba que había venido á disfrutar y repetía riendo:

— ¡Tienen *grasia* estos *camarás!*

Y ella:

— ¡Y muy buena sombra!

Ellos compraron á la chica un diminuto botijo, y al tío un colosal silbato, y sin acordarse ya del Santo, subieron juntos á un ómnibus, echando al tío al imperial y quedándose en el interior, con la sobrina. El coche corría; chillaban, graznaban, cantaban, los tres calaveras; la niña seguía riendo, cuando Cereceda, que llevaba las piernas hacia fuera, sintió que se colgaba

de ellas un borracho, el cual tiraba y tiraba, mientras el otro soltaba la última carcajada, que le quedaba en el cuerpo, y así se perdieron entre nubes de polvo y exclamaciones de la multitud.

También estaba allí la señora Paulina que, con su hijastro y su esposo el tío *Cachucha*, vinieron de tierra de Soria, seguidos de la tercera parte de su pueblo, á echar una cana al aire, y á verlo *tó*.

Y á los tres días de estar en Madrid, les preguntaban:

—¿Qué han visto ustedes?

—Toma, la Puerta del Sol, donde no hay puerta *denguna*, y la calle de Alcalá, donde estuvimos *tós* paraos tres horas, viendo lo que pasaba, y al fin pasó á caballo, la Infanta Doña Princesa, y la hicimos cortesías y nos saludó á *tós*, y *aluego nusotros* saludábamos á los que pasaban en coche, por cierto que nos empinamos mucho y *dempués* nos bajamos otro tanto, para saludar á un caballero de levita y sombrero que iba en *tó* lo alto de un carricoche, abrazado á un bastón, y luégo supimos que era un *lacallo*. —*¡Pus pá* eso *himos venio nusotros!* dijo *Cachucha:* y es que en los Madriles, no todo es lo que parece. Lo mesmo que la Historia, natural, que también la hemos visto, y que mi chico que es sobresaliente en Historia, dice que no es tal ni Cristo que lo fundó, sino muchas mesas con muchos preduscos y baratijas. Lo que sí nos ha *gustao* son las *caballizas* de las caballerías reales. Hemos *tocao tós* los potros y las sillas del Rey, y las ruedas de los coches, que salen en las procesiones, y mi chico nos ha *esplicao* el coche de la Reina Doña Petra la loca, que dicho sea con perdón, da pena de verle! Por cierto que *dempués* fuimos al Museo de las *penturas*, y mi chico *alvirtió* al ver á la Reina *pintá* en un cuadro *mú* bonito en que hay muchos señores cenando en el campo, que aquella Reina tan triste, no se llama Doña Petra, sino



Doña Juancha, como otra señora que hay en nuestro pueblo.

—*Alabao* sea el Señor, y qué gentío de gentes!... decía la tía Paulina en San Isidro.

—Y luégo *icen* —añadía el tío *Cachucha,* que la gente se acaba con las guerras!...

—*Cogéisus tós*, de las manos *pá* no perdernos!—y hechos una sarta humana de más de veinte personas, atravesaron las masas, hasta dar en el pilón de la fuente del Santo, donde bebieron agua milagrosa todos en un mismo jarro, de cobre, chocándoles que estuviera cautivo y con *caena,* en tiempo de libertad.

Y después de codearse en la ermita, y empujando á todos los devotos, y queriendo y no pudiendo besar el suelo, cayeron en manos de una gitana que les echó la buena ventura, vendiéndoles á cambio de sus ahorros, unos ramitos de flores mustias, con las cuales podrían adivinar el pensamiento.

—Con esto, decía la *Señá* Paulina, mirando su ramo, con cada ojo como un plato; ya *naide pué* pensar mal en el pueblo, porque *tó* se sabrá.

—Anda, boba! replicó el tío *Cachucha,* que no tienes mundo, ni malicia, ni!... Y si no ¿en qué estoy yo pensando?

—En las tajas!

—Quiá! En que *tó* el que viene acá, se queda más tonto que antes y sin un *chavo!*

Bajaron los palurdos á la pradera, y se encontraron de patitas en un baile, tañido por dos rutinarias vihuelas y por aguda bandurria típica española, de esas que á media noche alegran el corazón de cualquier cristiano, y que es de ver cómo la rasguea y repicotea, mano que parece perlática. La faena y el jolgorio estaban en todo su esplendor. Había una escogida sociedad que antaño llamaríamos *chispera* y que hoy llamamos *flamenca.* Quince ó veinte parejas hacían

bulto, movidas por resorte, codeándose, resfregándose, atropellándose y formando movible pelotón.

—¿Qué bailan tan *arrimaos?* dijo la tía Paulina—y *Cachucha* no supo contestar.

—*Ñá*, *ñá*, aquel de la gorra de seda, cómo lleva de *empiná* la mano. *Ñá*, ella, cómo va cogía *dél.*

—*Miá* aquella que baila como si *juá* á misa, con la mantilla puesta!

—*Pus* aquel *altericón* que baila con una que *paece* la *Menuda*, la debe llevar bien *abrasá.*

—*Tós* van bien *pegaítos*, *tós!*

—Y qué meneíto! *Mú* serios y *mú* estiraos! Cualesquiera diría que no se mueven del sitio!

—*Paecen feguritas* de un reló *mú* grande que yo ví en el café de *Los Dos Amigos*, la primera vez que vine á *Madriz: vusotros* no os *alcordais* porque hace muchos años.

—Anda, que da risa de *vélos!*

—Bah, bah! ese es un baile *mú* señorito, que no son seguidillas, ni tiene castañetas.

—Será el *vás!*

—*Porca!* hombre, *porca!*

—¿No te *alcuerdas* que nos la enseñó Doña Zoa la *cerujana*, y que no la quisimos *deprender*?

—Como *qués* una cosa así, vamos al *decir, mú* apretada, y que da calor....

—*Icen* que ya no se *destila* que los señores *bálen*, y estos cogen lo que ellos dejan.

—Se han *trocao* los *frecos!*

—Las señoras van de corto y de largo las manolas!

—¿Y usté qué?.... dijo atándose el pañuelo de la cabeza y sacándole punta, una chula que tenía la cara amoratada de tanto *polkear* con su chulo, y que había dejado el bailoteo para encararse con los paletos.—¿Y qué hay con todo eso que están *ustés* rebuznando?

Á lo que repuso *Cachucha*, humildemente:

—Ná!

—¿Esa es una manola? dijo con voz de flauta, otro de la comparsa.

Y el chulo de la chula, que era un mozo de esos que apellidan bien *plantaos*, con chaqueta á media espalda y sombrero de copa, contestó:

—Oye tú, *espiritao;* esta señora no es manola que es Manuela.

—Y aunque artesanas, gastamos almidón fino, y cola en el *vestío* porque nos lo pide el cuerpo ¿estás? y porque estamos *fabricás* de la misma madera que las damas *istocrátas*.

—Ya le he dicho yo, dijo Paulina algo temerosa y poniendo cara complaciente, que lo *qués* manola ya no hay *denguna*.

—*Usté* qué sabe, mujer de Dios!—añadió el chulo, vulgo *el Chistera*. ¡Cómo que no las hay! Sino que ahora se llaman *barbianas!*

—¿Bibianas? ¡Andá! ¡como esta!—y señalaba á una de sus compañeras, mientras todas soltaban una carcajada.

—¡Nos ha hecho de oro! *Barbianas* son! y si quiere *usté* verlas, allí viene una en aquel coche de librea *dorá*.

Y la tropa de aperejo redondo, echó á correr en seguimiento del *Chistera* y de la chula, para ver pasar el coche aristocrático.

—*Cachucha*, gritaba su mujer, *miá* qué maja es la Bibiana! ¡Y qué fina!

—Tomá! contestaba la chula, como que es la Marquesa del Coral!

—¡Una marquesa!—y todos abrieron la boca media vara.

—Lleva mantilla *branca!*

—Va llena de *frores* y de *arracás!*

—Es que da un gusto de *véla!*



—*Ná* como reluce, ahora que la da el sol!

—¿ Y qué es eso que lleva *empingorotao* encima ?

—¡ La peineta y perifollos!...

—¿ Y *tó* al *reor ?*

—¡Holanes y tafetanes!...

—¡ Quiá! hombre, quiá!

—*Paece mesmamente* una Santa, de guapa *qués*!

—¡Ni en *pentura,* se ve cara mejor!

Y la tía Paulina pegó un pellizco retorcido al tío *Cachucha*, exclamando:

—¡ Ya *lás mirao* bastante, animal!

El *Chistera*, al pasar la Marquesa *barbiana*, decía:

—¡ Vaya una hembra! Bendita sea *usté* y su *máre* y su papá!

Y la chula añadía:

—Bobalicones: ¿no queriais ver una manola de Madrid? pues ese es el ultimo *fegurín* que aquí se gasta!

— Con una cara y una boquita así, dijo un palurdo, y *pué* que coma como tú y como yo!

—¿ Comer? Si es de cera, contestó con retintín la chula.

—*Pus* ella bien gordita está.

Para gorda dijo el *Chistera* la Giganta que se enseña allá abajo, por un real. ¿La habeis visto? Vamos todos á verla.

—Si no cuesta dinero...

—Yo convido...!

Á esta voz hubo un movimiento de admiración en la hueste castellana vieja, y Paulina gritó loca de alegría:

—*Andai,* que nos van á *convidál!*

—Vamos. Ya vereis qué buque! La han traído en un wagón de mercancías para ella sola; como que pesa cuarenta arrobas!

—¡ Qué *balbaridad!*

—Mira dónde te metes, dijo la chula, que en eso de la Giganta, entra mucha gente y cada uno es hijo de

su madre, y os pueden desplumar; conque, mucho ojo, que asan carne!

—*Arriquindoy* y *avillelando!* ¿ Llevais dinero!

—Lo poquito que tenemos *pá* la *posá*.

—Pues hay que esconderlo antes de entrar, porque estos *chais* no conocen el terreno que pisan y bueno es que entren de vacío, no dé luégo la *causalidad*... vamos, vamos á poner los *calés* en seguro, y en seguía os doy la *convidá* del siglo!

—Pero hombre, qué *demóngano!* Lo que hay que hacer en *Madrí*, *pa divitise*...!

—Pues ahí verá *usté*...!—Y anda que te anda, tropezando de aquí y de allá, en la tapia trasera de una huerta junto al río, *Chistera* levantó unas piedras y, después de mirar de un lado para otro como si temiera una emboscada, sacó un cartucho bastante nutrido, diciendo:

—*Ustés* son testigos de que aquí guardo, hasta luégo, mi capital importante dos mil reales... sólo me quedo con cinco duretes para la función!

—Y yo, estos pendientes de perlas *desfigurás*, porque á la *Sordilla* la arrancaron unos de las orejas, el otro día, y gato *escaldao*...! Ahí van. Y los arrojó á la fosa.

—Saca el bolso, *Cachucha*, le decía su esposa, y escóndele, que cuando ese amigo lo hace, *sabío* se lo tendrá.

—¿Cuánto tiene?

—*Quisió!* once ú doce duros. Ya ves!

Los otros iban sacando su dinerillo y diciendo:

—Esconda su mercé, estos tres duros de plata.

—Y estas diez pesetejas...

—Y estos perros.

—*Tó;* alla vá.

Y llenaron el agujero de plata y calderilla. En junto, más de treinta duros.

El tío *Cachucha*, algo escamado, como que era el que había sacado mayor cantidad, decía mirando de hito en hito á Chistera:

—Pero diga, buen amigo. ¿Estará aquí seguro?

—Más seguro que en nuestro bolsillo, *camará*.

En esto estalló un cohete fallido, que vino á caer á los pocos pasos, y entre chillidos de los paletos, la tía Paulina, asustada, gritó:

—Ahí están los ladrones!

—No seais mamelucos! dijo *Chistera;* es un *codete!...*

Atracó el hoyo de piedras, y pasado el susto, fuése la comparsa cantando y saltando, á ver la cosa nunca vista que la iban á enseñar.

—El cartelón decía en letras garrafales:

Fenoméno mayus-
culo Pepona lana-
varra de 19 anos de
edá! su cuerpo 5 va
ras en redondo y pesa
¡¡¡50 ARROBAS!!!
al que la levante
una mano se le
dan ¡5 duros! de
gra ti fi ca cion!!
¿Entrais ú no entrais?
¡A REAL! ¡A REAL!

Á codazo limpio entraron mis buenos payos, y al ver á Pepona, que no era tan gorda como la *Tía Mantecas* de su lugar, se santiguaron por cumplimiento y después de mirarla por los cuatro costados y de palparla por detrás y por delante, *Cachucha* fué á levantarla la mano, por el aquel de los cinco duros, y ella

la desplomó sobre su rostro, dejándole el guantazo sin alientos para quejarse.

Paulina dijo hecha una furia:

—Esto no es *filoméno* ni es *ná*.

Y los otros le hacían coro:

—¡*Paece* una vaca de cuerpo presente!

—¡Está *forrá* de algodón!

—¡Hasta el habla es postiza!

—¡Pégala un *metío* con *desimulo!*

—Vamos á *decile* al *Chistera*, que pida los cuartos que *himos dao* por *entrál*.

—¿*Pus* qué nosotros nos mamamos *el deo?*

—Pero la chula y el chulo habían desaparecido, y por más que les buscaban no lograron hallarles. Salieron en tropel á la puerta; les llamaron á voces; preguntaron por un tal *Chistera* á todo el que pasaba, y fué inútil la diligencia. La señora Paulina se pegó un golpe en la frente y dijo:

—¿*Sús* apostais á que esos se han *ío* á ponerse de *cintinela* en el escondite *pá* que no nos roben?

Y sin otra explicación, corrieron hacia el sitio, tardando en encontrarle, y hallando, estupefactos, el hoyo removido, vacío, pero las monedas no. El *timo* se había consumado. *Cachucha* despotricaba: Otros lanzaban maldiciones. Armóse un galimatías de improperios, amenazas y exclamaciones, y las mujeres, cansadas de pedir auxilio, rompieron todas á llorar. *Cachucha*, en medio de aquel concierto, que el mundo divertido no advirtió, berreaba frases como estas:

—Vámonos á Casa Buena á *pedil* justicia al *arcarde!*

—¿Y cómo?

—Á pié!

Y sin más explicaciones echaron á andar, todos contristados y abstraídos de los goces de la fiesta.

Al fijarse en aquella cómica comparsa y oir sus lamentaciones, decía un gallego:

— Ah, coitadiños! ¿Quén vos manda venir al Santo con diñeriro?

Y le contestaba un catalán:

— Á Barselona tenemos la funsión de la Virquen de las Mersedes, en que se ajuntan cuaranta ú sincuanta miles de almas, ¿sabe? y no susede una estafa ni una barbaritat.



ATILA.



ATILA.

GUAU ! guau, guau, rorrorró... guau !
Habla un perro.

— ¡ Chiquirritito ! precioso, mimo de tu ama !

Ahora ladra la dueña.

— *¡ Atila !*

— ¡ Guau !

— Venga usted acá.

— ¡ Guau !

— ¡ Vamos !

Atila, obediente, se encarama sobre la falda de su interlocutora, que se entrega al más dulce de los trasportes, besando con fruición la nariz chata, los ojos lacrimosos y el cerviguillo de *Atila*. ¡ Grupo encantador !

Purita Furri es soltera de tiempo inmemorial : cuenta más de veinte años de servicio como huérfana libre, y tenía veinticinco cuando una tía que la había criado pasó á mejor vida. Es un sér débil, criatura abandonada, especie de hongo-hembra, que, según

parece, no se ha casado por compartir su existencia con un cuadrupedito su adorado tormento.

Atila es un perro mestizo, menudo, machucho, cómodo, egoista, gruñón, de colmillo retorcido, costumbres poco higiénicas y carácter díscolo. Si fuera hombre, y, por consecuencia, Diputado, votaría con los que siempre dicen *no*.

Purita le baña todos los días, le peina, le riza, le rocía con agua de Colonia, y á pesar de quitarle las pulgas, siempre las tiene y malas. Come en la mesa, y le da por la mañana chocolate con leche y picatostes, jamón para almorzar, un plato de carne asada á la comida, y sopitas de almendra por la noche. Duerme en un diván cubierto de pieles, cercano á la cama de su dueña, y cuando á la madrugada siente frío, se introduce en su lecho como Pedro por su casa, anunciándose con ronquidos y arañazos leves, propios de su juguetona intimidad.

Atila muestra por Purita una verdadera predilección. Si ella anda, él va detrás ó al margen: si se sienta, él se arrellana, estira los brazitos, alza el hocico y la contempla. Si Purita ríe, él ladra, brinca y la araña el vestido; si llora, *Atila* hace pucheros irracionales; si medita, parece que el tal animalito se devana los sesos; si habla, la contesta con un ladrido afirmativo, y cuando Purita duerme la siesta, la lava la cara de cuatro lametadas.

Hay que añadir que *Atila* es celoso; en viendo entrar por la puerta cualquier caballero que no sea el aguador, se abalanza á sus pantorrillas y le hinca un diente que tiene reservado para estos casos, acompañando tal demostración de interjecciones poco cultas. Una vez que Purita se fué sola á paseo, no sólo la destrozó las enaguas y suplentes, sino que se negó á tomar alimento durante ocho días, mortales para la infeliz. Juzgando que se le habría pasado el arrechu-

cho, le invitó á que cantara una noche que había amigas de visitas; *Atila* se tumbó panza arriba sobre la alfombra del sofá de la sala, demarcación que le estaba vedada, y revolcándose á su sabor, acabó por hacer, en plena tertulia, una calaverada de mal género, dando lugar á que las damas dijeran pestes de él.

Y dirá el lector: sepamos qué es eso del canto de *Atila*, y cómo un perro puede entrar en la filarmónico-manía de estos tiempos inarmónicos. Pues nada más sencillo. *Atila* no es lo que se llama un artista, porque no ha estado en Italia, ni en los centros de la buena sociedad, ni en el Conservatorio ni en los Conciertos de primavera; pero habiendo compartido con Purita su abono á la zarzuela de *tostada*, tuvo ocasión de oir notabilidades, á las cuales imita con sus aullidos de tal manera, que no parece sino que es estarlas oyendo. Este raro fenómeno, esta intuición musical, ha sido causa de admiración por una parte, del mundo *dilletanti*, y dado motivo á un lance curioso.

Asistía una noche al teatro con Purita, porque *les tocaba;* esto probará que el perro de Purita es una parte integrante de su individualidad. La tiple se perdió en el aria de salida; la orquesta seguía y la voz cantante escapaba por los cerros de Úbeda. Al estrépito de los *meneos* del auditorio, despierta *Atila* que soñaba en el regazo de su señora, y herido por la vibración de un violín, prorumpe en cadencias, fila la nota y se deshace en gorgoritos que llenaron de estupefacción á la concurrencia, la cual aplaudió con entusiasmo, juzgando que aquellos primores partirían de alguna abonada inteligente; pero, ¿cuál sería el asombro general cuando Purita asomó en el palco al melenudo artista, para que recibiera los aplausos que tan justamente se le prodigaban?

Rebosando orgullo la señorita Furri, obligó á *Atila* que ejecutara en casa la pieza que le había acreditado

de hábil profesor, y el perro engreído con su triunfo, repite siempre que viene al caso, y sin otra recompensa que un bizcocho de soletilla, sus sorprendentes aullidos, sin duda para probar que el arte lírico no es patrimonio de esta ó de la otra notabilidad, sino que reside en todas las varias especies de la naturaleza animal.

Juzguen, pues, los pechos sensibles, si es digna del afecto entrañable que Purita le consagra, un alma que á pasos ajigantados camina á la perfección darwiniana. Comprendan si deberá mimarla, educarla y conservarla ofreciéndola una jícara de exquisito chocolate, adornada con una guirnalda de hojas de laurel.

Purita es una mujer no tan despreocupada como vehemente, que necesitaba un objeto en quien depositar su cariño: en sus tiempos mejores, en la edad de los ímpetus, amó á un hombre que no se dejó dominar y huyó de ella: ¡terrible desengaño! Amó á otro, ensayando un opuesto sistema; prefiriendo ser ella la dominada, y el segundo amante, escamado, hizo tambien *mutis*. El tercer novio de Purita avanzó hasta sacar las fés de bautismo, dispuesto al sacrificio: mas el día en que habían de tomarse los dichos, lo pensó mejor y tomó las de Villadiego, quedando su amada devorando con lágrimas en los ojos la tercer *castaña* que la había propinado el sexo feo. *Atila*, que no se mostraba indiferente á esas evoluciones de la suerte de Purita, estuvo á punto de rabiar, jurando odio á los hombres que se conducen como perros. Por su parte, la mujer ofendida juró á su vez, constancia eterna al único sér que la había comprendido, y se refugió en un irracional.

Tal es la historia en epítome de la señora del perro. *Atila* es síntesis y complemento de la existencia de su dueña: facción de su rostro, miembro de su cuerpo, y adorno de su tocado. No se comprende á Purita ni ha-

brá quien la reconozca, sin un perro enclavado en la boca del estómago, un cordón rodeado al brazo y un bozal en la mano izquierda. Así se presenta en paseo, en visita, en la Iglesia, en todas partes. Esclava de su interesante animalito, come en su plato, bebe en su copa, le viste como un señor en invierno, y le pela en verano, dejándole un elegante plumerito en el rabo para que se sacuda las moscas.



En sociedad siempre recae su conversación en *Atila*, cuyas gracias refiere con pueril insistencia, cuyas moñadas pondera con impertinente locuacidad. Se habla de la enfermedad de un niño, y ella recuerda el moquillo de *Atila:* se encomia el carácter de cualquier persona, y Purita saca el de su perro á relucir. Un día la preguntaron el origen del nombre de su adorado, y dudando qué contestar, dijo que estaba tomado de un rey de ópera, natural de Persia. Y como la replicára un erudito que si se refería á aquel á quien se llamaba *Azote de Dios*, ella contestó un tanto picada:

—¡Jesús! Mi *Atila* no entiende de azotes, porque todavía no ha ido á la escuela.

En el retiro de Purita—Panaderos, 17, bajo, para lo que ustedes gusten mandar,—suceden lances y se entablan diálogos en los que siempre interviene como protagonista *Atila*. Á ciertas horas marcadas, Purita consulta el semblante de su perro, y como éste indique con estornudos é inquietos movimientos que le urge algun negocio, se le abre la puerta de la calle y

la criada le acompaña, mientras *Atila* se dedica á la ornamentación de la vía pública. Una noche salió su señoría á hora avanzada, descuidóse la doméstica, y hallándose *Atila* en el sibarítico festín de un basurero, satisfizo la gula y pecó.

¡Qué horror! Purita, olvidada de su dignidad, salió á la calle exhalando lamentos y poniendo el grito en las nubes contra el Ayuntamiento envenenador. Vió á *Atila* un si es no es preocupado é indigesto, y exclamó en un arranque de desesperación:

—¡Desventurado! ¿Qué has hecho? Víctima de tu candor y de tu buena fe, vas á morir y yo moriré también.

No pudo continuar; cogió al perro en sus brazos y se dirigió á la farmacia próxima; llamó una, dos, tres veces inútilmente, y *Atila* parecía que empezaba á sentir los efectos del tósigo fatal. ¿Qué hacer en trance tan amargo? Á los gritos y golpes de Purita salieron el boticario y sus mancebos, salió la boticaria y los boticaritos, acudió el sereno y se puso en conmoción la vecindad.

—Un antídoto, gritó Purita, con las ansias de la muerte; un antídoto, por Dios. ¡Mi *Atila* sucumbe!

Acercóse el boticario con una pócima salvadora, y... ¡oh sorpresa! como si nada hubiese sucedido, *Atila* muy tranquilo dormitaba sobre el seno de Purita! Sonó una carcajada á coro de toda la vecindad, y el sereno resolvió el problema manifestando que la morcilla que había comido el perro era extremeña. Desde entonces *Atila* no sale á la calle y todo se queda en casa.

Purita, al menor síntoma de enojo que en él advierte, le acaricia y le interpela:

—¿Qué tienes tú, ídolo mío? ¿Qué deseas, lucero de mis ojos? ¿Tienes celos del hijo de la vecina?

El perro dice: —¡Guau! —y añade— ¡hú!... ¡hú!...

¡or! ¡or! —lo cual quiere decir que, en efecto, está de humor de turco.

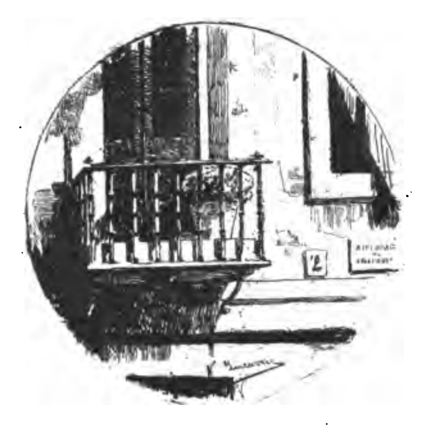
Purita le besa en el hociquito y exclama en un rapto de vehemencia:

—¡Pobrecito! ¡Hijo mío! No hablaré á ese joven más.

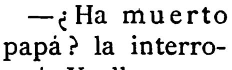
Por el contrario, *Atila* está alegre y ensaya con sus saltos y contorsiones una *schottis* ó una *polka*, y Purita toca al piano para coronar la fiesta, á cuya atención corresponde el mimado can, trepando hasta los hombros de su dueña y deslizando suavemente la lengua por la punta de sus narices.

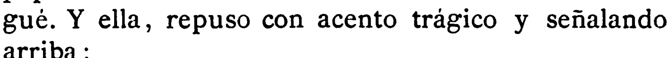
¡Hermoso cuadro! ¡Felicidad completa! ¡Y luégo se acusa á la humanidad de carecer de nobles sentimientos y de afecciones puras! Pero tanta dicha ¿cuánto durará?...

Ayer ví á la señora del perro y el perro no iba con ella; sólo la acompañaba su dolor. No alzaba la vista del suelo y apenas dejaba ver su rostro el espeso velo, negro como el resto de su traje. Estábamos debajo de su balcon; crucé con ella cuatro frases y su voz revelaba que había sufrido una pérdida irreparable.



—¿Ha muerto papá? la interrogué. Y ella, repuso con acento trágico y señalando arriba:





—¡Allí está!

—¿En el cielo?

—No, en el tiesto.

Siguió andando como un monje de la Trapa, y no pude saber más.

—¿Qué horrible misterio encierra esta mujer?

¡Un cadáver! ¡Un tiesto! ¡Oh!...

El muerto era el feroz *Atila*, y el tiesto una maceta de ex-albahaca, donde Purita le había dado sepultura para recrearse en su memoria.

Pero lo que son las cosas de la vida y las cosas de mujeres que prefieren los perros á los hombres! Al mes de sepultado *Atila*, Purita llevaba en brazos á otro perro; le dispensaba las mismas caricias y confianzas y le llamaba también *Atila*. ¿Y qué manía, direis, asaltó al segundo emperador de esta minúscula y despótica raza? La de escarbar en el tiesto y regarle con sus lágrimas, hasta que Purita por sus propias y delicadas manos, arrojó los restos de su primer amor á la fosa vulgar de la basura.

¡Sic transit gloria mundi! Dichosas las almas sensibles que así saben honrar á sus semejantes!



CARNAVAL PERPÉTUO.



CARNAVAL PERPÉTUO.

La sociedad! ¡Oh! La sociedad no se quita la careta. Bien dijo aquel que dijo que para ella, todo el año es carnaval.

—¡Qué semana!

—¡Cuántas emociones!

—¡Chico, no vivo!

—¡Yo no descanso!

—¡Mi mujer está furiosa!

—¡La mía hecha un energúmeno!

—Apenas la veo hace ocho días.

—Yo no he cambiado con la mía, una palabra hace quince.

—Me veo obligado por mi posición y por mi clase, á ir á los bailes aristocráticos, y hay uno cada noche, ó dos, ó tres. Paso el día durmiendo, desnudándome, y la noche vistiéndome y danzando.

—¿Todavía bailas?

—No, pero ando de un lado para otro; no puedo faltar á ningún salón, mientras Concha se queda en

casa por no gastar en trajes. Se ha vuelto muy económica, y no la importa que yo me divierta. Bien que tú lo sabes, que sueles venir á echar una manita al tresillo.

—Alguna vez. Pues mi Lola es el reverso. Se hizo un vestido de esos que presentan diversas caras. Las mujeres mañosas saben esto, al dedillo. Cambian de cuerpo y vuelven la falda. De un traje sacan tres. Lolita se hace invitar de la gente que recibe: forma parte de la *high-life*, y vuelve á casa, á la del alba. Estamos encontrados; cuando yo tomo el chocolate de la mañanita, ella acaba de cenar; y cuando yo como, ella ronca.

—Y bien!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú.

—¡Ah! Yo no salgo del Ministerio ó del *Círculo*...

—¿En el Ministerio estás?

—Sí, hombre, ya volví.

—¿Con cuánto?

—Con cuarenta mil.

—Sea enhorabuena, y que mucho dure.

—Lola se aburría y dijo: —¿Tú eres político? Pues yo seré social. —Se larga todas las noches, y creo que hasta tiene el atrevimiento de bailar rigodón.

—¡Y polka, hijo, y polka!

—¿Polka? ¡Demonio!

—Y por cierto que la baila muy retebién!

—Pues yo ví á Conchita la otra tarde, cerca del anochecer...

—¿Dónde?

—En la antesala del Ministro.

—Ah, sí, me lo dijo, y ya sé que estuviste muy fino bajándola del brazo, la escalera reservada de S. E. Ella se empeña en que me han de dar una Embajada, y yo la contesto: —Nada pido; mi posición y mi clase

me lo vedan. Seré del Gobierno que me busque. Y ella replica: — No te buscarán si no echas el anzuelo. Y yo añado: — Pues si ha de haber pesca, échale tú, como le echaste para la gran cruz que se me concedió por mis méritos... Ahí tienes por qué ves en el Ministerio á Conchita.

— Lo cierto es, que andamos cada uno por nuestro lado.

— ¿ Y qué ? Esa es la vida. Cuando descansa el amor, es porque está en activo servicio la amistad.

— ¡ Bravo ! Echa esos cinco.

— Los brazos, que valen más !

Dos amigos que se disfrazan de leales, y que los dos se conocen.

. . . .

En cambio, ¡ qué hermoso es ver á un matrimonio de esos que parece que viven en los Estados-Unidos! D. Roque y Doña Eduvigis, por ejemplo: siempre atados, cosidos á pespunte; siempre uncidos al carro de la felicidad. Treinta años hace que dura esta luna de miel. ¡ Treinta llevan así!

— Roquito.

— Eduvigitas.

— Esta noche á casa de la Baronesa, y mañana...

— Punto, hasta nueva orden.

— Mañana á casa de la Condesa; pasado, á la de la Marquesa; al otro, á la de la Duquesa...

— Y al otro, á la casa de socorro.

— ¿ Por qué ?

— Porque con el tragín que tú traes, me dará el día menos pensado, un accidente en cualquier portal.

— Si la mujer debe seguir al marido, el marido debe seguir á la mujer. No puedo salir sola sin tu permiso, porque me lo prohibe la Epístola de San Pablo...

—¿ Aún la recuerdas ?

— Sí.

— ¡ Qué memorión !

— Luego, si no puedo salir sola, tengo que salir acompañada. Tu brazo es mi apoyo y mi defensa, Roquito. Nos prendieron con alfileres y ya no nos podemos soltar. Te digo lo que siento: yo no puedo vivir sin tí, ni puedo quedarme una noche en casa; con que saca la consecuencia. Me parece que no fué ayer, cuando nos casamos ? pues para mí, ayer !

— Pues si eres franca, yo también lo soy. Ya estoy harto...

—¿ De mí ?

—¡ Mujer, qué cosas tienes! De hacerte rabiar. Tú mandas y yo obedezco.

— ¡ Calla, tiranuelo !

— Haz la prueba.

—Pues vamos, ande usted á afeitarse.

—Pero si ya lo hice esta mañana...

—Pues es necesario afeitarse otra vez, y mil si el caso lo requiere.

— Bueno, me afeitaré.

— El que goza y brilla no descansa; muere, si es preciso, al pié del cañón. Toma dinero para la peluquería.

— Estoy calvo y todo me lo gasto en rizarme el pelo, y tú te lo gastas en lavar encajes viejos y en limpiar guantes al vapor, sin contar lo que costó el aderezo de diamantes americanos...

— ¡ Calla, parlanchín !

— Ya que estamos solos, por qué tuvo la bondad de despedirse la cocinera...

— Cocinera y doncella en una pieza. Y ahora que recuerdo... ¿ Tú querrás comer hoy ?

— Todos los días comemos, pero tú dirás si hoy no nos toca.

—Pues vuelve pronto, porque hay que elegir el comedor donde nos vamos á meter, gratis, se entiende. Yo estoy muy nerviosa y no tengo pizca de apetito.

—Ni yo.

—Ya ves si somos ahorro para cualquier amigo.

—Yo lo creo.

—Y que donde vamos á la noche, habrá *buffet*.

—Yo lo creo.

—Lo bueno que tenemos nosotros, es que nos arreglamos muy bien. Mira, ya que sales, tráeme dos paquetes de horquillas y una cajita de polvos de arroz.

—Y traeré unos pastelillos...

—¿Pero, Roquito, ya tienes gana?...

—No, hijita, no.

—Si la tienes, dilo con franqueza y compra un bollo.

—No, querida; perdono el bollo por el coscorrón.

Y D. Roque bramaba por la escalera, añadiendo:

—¡Qué mujer! No vive ni sosiega, con tal de figurar y de divertirse; y yo, francamente, ya estoy cansado de ir á los bailes á comer y á dormir, sino que por no armar pendencia á todo callo.

—¡Qué hombre! decía ella. Esta ha sido mi grande equivocación. Á todo se conforma y con nada está contento. Yo preferiría que á todo me dijera que no!

D. Roque, mirando de lejos á su conjunta, la veía insoportable. Doña Eduvigis no le podía aguantar.

Pero siempre juntos; siempre contrariados y siempre dizfrazados de sinceros.

. . . .

—¿Qué hay, D. Patricio?

—Nada, tocayo. No alce V. la voz.

—¿Cuándo volvemos?

—¡Silencio! Muy pronto. La descomposición que reina en todos los campos, nos es muy conveniente.

—Es que nosotros estamos más divididos que nunca!

—¡Mejor!

—¡Ya ve V. nuestros organos!

—Están desafinados. ¿Y qué? El caso es que suenen bien ó mal.

—¡Pobre país!

—¡Le salvaremos!

—¿Ha leído V. el artículo que publica anoche *La Camorra?* Léalo V.

—Lo que he visto es la carta que da á luz *El Bandolero*. Léala V.

—*La Camorra* está en lo firme.

—Pues *El Bandolero* no teme ni debe.

—¡Tiran á degüello!

—Eso es: ojo por ojo y diente por diente!

—¿Y á todo esto, qué dice la Nación?

—Diga lo que quiera, nosotros hemos de salvarla.

—¿Pero V. con quién está?

—Hombre, baje V. la voz.

—¡Yo, con los buenos!

—Yo también.

—¡Con los que peguen!

—¡Y yo!

—Yo tengo guardados mi brazo y mi sable, pero ya saldrán: ya los probarán los que me retiraron del servicio, injustamente.

—¿Oyó V. el petardo de la otra noche?

—¡Vaya si le oí! Como que por poco me salta un ojo!

—¡Pues le solté yo!

—¡Bien hecho! Pero no se lo diga V. á nadie, que la policía anda muy lista.

—Hay que extirpar de raíz, los males que nos aquejan. Atizar el volcán para que reviente de una vez.

—Acabar con todo lo existente, para crear la nueva era!

—Conformes. Sí señor!

—Los sucesos marchan á paso de gigante. Es preciso no dormirse. *¡ Vigilate! ¡ Vigilate!*

—Calle V. hombre, si yo no duermo con esta debilidad de estómago que se ha apoderado de mí.

—Á todo evento, yo he establecido un Bazar de armas! ¡ Silencio!

—¡Comprendido! ¡Que no se le olvide á V. la dinamita!

—Á Dios, tocayo.

—Abur, Felipe.

—¿ Pues no es V. Patricio?

—No señor.

—¡ Y yo que le tenía á V. por tal!

—Y yo á V. por...

—Pues tampoco lo soy.

Es claro. Aunque lo parecían, no eran Patricios.

. . . .

—¿ Qué lees, papá?

—Los anuncios, que es la parte más interesante de un periódico.

—Pues lee el de las *Carreras* de mañana.

—En pelo, me las hacen dar á mí.

—¿ No te gusta el *Sport?*

—No sé lo que es.

—Los caballos!

—Sí, pero tiran coces.

—Los jokeys!

—Muy bonitos; de color de huevo, que acaban por ser estrellados.

—Á mamá, se le ha ocurrido encargar un coche para ir, que te cuesta cada tarde 10 duros. Muy barato!

—¡ Qué ocurrencias tan felices tiene mamá!

—Mañana nos traerá Mad. Clarisa los vestidos. Salen por 60 duros cada uno. Muy baratos!

—60 y 60, 120, y 10, 130.

—Y 20 de los sombreros, que bien baratos son...!

—150, ó sean 3,000 míseros reales.

—El *lunch*, es bien poco.

—¿Qué es el *lon*?

—La merienda. Carne, pasteles, galletas y 6 botellas de *champán*.

—3500. No es mucho para una carrera.

—¿Te distraes?

—Déjame leer: —*Jarabe* (¡estas son las únicas dulzuras de la vida!)—*Gran depósito de harina*... (¡Oh, quién fuera molinero!)—*Se alquilan fracs*. (Yo no podré usarle ya más que alquilado).—*Uniforme en buen uso, por la mitad de su valor*. (Yo vendo otro, por la cuarta parte!)—*Bastones de mando*. (Tengo que comprar uno á mi mujer).—*Liquidación de guantes*. (Que me echen uno!)—*Calzado á precios desconocidos*. (Si se corre bien con él!...) *Se compra moneda falsa*.... (Grandes misterios de la industria!) *Piano de lance*....

—Cómpramele.

—Pues ¿y el Pleyer?

—Está viejo.

—Pues si nadie le toca...

—Tampoco á tí te tocan, y te destemplas.

—*Música torera*.

—Cómpramela.

—¿Pero tú sabes música?

—No, pero entiendo de toros.

—*Dinero verdad, sin farsa, directo y en el acto*.—Ya lo encontré! Dinero directo! Venga. Y en el acto! Allá voy!

—¿Qué te sucede, papá?

—Nada, que hablo solo.

—¿Tan tronado estás? ¿Has cortado ya todo el libro talonario? ¿No éramos accionistas de no sé qué y no sé dónde? Aquí tienes á mamá: díla que buscas casas de préstamos. Díselo!

Y la señorita de Gazul se echó á llorar, mientras su mamá la consolaba, diciendo:

—No te apures, alma mía, que tú irás á las Carreras de caballos, y no te faltará tu abono en el Real, y te compraré un coche, y te haré un *hotel* cuando te cases, porque tu mamá lo tiene, y con nadie mejor que contigo ha de gastarlo. ¿Lo oyes, Gazul?

—Directo y en el acto ¡no podrá ser!

—¿Pero estás chiflado, ó qué te pasa? ¿Has perdido tu fortuna? ¿Y la mía? ¿Y la herencia que á la niña dejó su abuela? No me alarmes, habla!

—¡Dinero verdad! ¿Qué dinero será ese?

Y de repente, cogió el sombrero y dijo:

—Vuelvo!

Salió como sale la bala del fusil rayado, y madre é hija quedáronse estupefactas.

—¡Ay, mamita!—decía Carlota, pujando.—Ya no somos ricos!

Y su madre, riendo:

—No te apures, tontina. Cosas de tu padre, que se ahoga en una gota de agua. Ya sabes que su tema es la economía. Siempre está á vueltas con que no debe gastarse en lo supérfluo, y luégo él no se sabe en qué lo gasta. Lo guarda todo: tiene sus rinconcillos, porque es lo cierto que cuanto se necesita y más, él lo saca.

Gazul iba por la calle asustado. En cada hombre, descubría al juez que venía á embargarle. Tropezó con varias personas que le formaron este *bouquet* de frases:

—Ya sé que ha comprado V. en 78.000 duros un hotel en la Castellana.

—Iba á buscarte, para que me dés 100,000 duros sobre una buena hipoteca.

—Buen negocio, Sr. de Gazul. ¿Quiere V. adquirir una dehesa por un pedazo de pan? En dos millones, y vale cuatro!

Un ciego le salió al paso, que se contentaba con un céntimo! Á este le dió un duro. No tenía más! El pobre le dijo:

—Señor, se ha equivocado.

—No tal.

Y el ciego pensó en voz alta:

—¡Este es un millonario!

Y el eco repetía:

¡Es rico!

¡Es rico!

. . . .

De lejos, decían los abonados al teatro, mirando con gemelos á una americana muy esplendorosa, recién llegada á la buena sociedad.

—Tipo nuevo.

—Qué ojos!

—Qué tez!

—Qué dientes!

—Qué talle!

—Y qué distinción!

—Hermosa!

—¿Y quién es esa mujer?

—Nadie la conoce.

—Qué bien viste!

—Y es joven!

—Parece una artista!

—¿Quién será? ¿Quién no será?

Se anunció una *Profesora dentista*, de paso para Italia. Era ella! Un sietemesino ilustre, fué á que le sacara una muela sana, por pura curiosidad.

Y le sacó dos!

La profesora traía una ayudanta de Haití, con mucho *sprit*, salvo el color. Los amigos le preguntaron:

—¿Qué tal?

— Que me gusta más la negra !

. . . .

La viuda de Caballero es una señora que vive con su niña, en el Retiro, en los Toros, en la Feria, en todas partes donde puedan ser notadas. Al caer la tarde, dan una vuelta por la carrera de San Gerónimo y por la calle de Alcalá. Donde está la *high-life*, allí van. Inesita, como dice la gente, es tan mona ! Y eso que muchos no saben que pinta acuarelas, que hace versitos y que rasca el arpa ! Su mamá, no hace nada mas que poner á la chica en bandeja.

Á paseo van en coche abierto. Al teatro á butaca de punta. En las reuniones, entran las primeras y salen las últimas. Siempre están en primera fila. La niña tiene diez y seis años, aunque aparenta veinte : la mamá es de edad aceptable. Donde estén la viuda y su retoño, habrá afluencia de curiosos y de aficionados al arte. La señora es muy fina, y desde que su Inesita se puso de largo, recibe los viernes, y algunos otros días de más confianza. La casa está bien puesta, con buen *confort*, y se pasan ratos muy amenos. Son, á maravilla, agradables las señoras de Caballero.

Hay pluralidad de amigos y escasez de amigas. Inés no las tiene porque támpoco las tuvo la mamá. En su concepto, las mujeres no sirven más que para darse desazones unas á otras. Inés tiene aficiones al teatro; fué el año pasado al *Conservatorio*, donde sacó un premio por sus aptitudes para el drama. Su mamá no la saca á las tablas, únicamente por el ¿ qué dirán ?

Inés á pesar de ser tan joven, es ya conocida, porque la señora de Caballero siempre tiene uno á quien mostrarla. Allí donde hay centro, está la mamá con su consabida frase de :

— Tengo el placer de presentar á V. á mi hija.

Y como casi siempre, la contestan :

—¡Es muy guapa!

Añade ella:

—¡Y muy buena!

Viven de la viudedad de 1,250 pesetas con descuento, y hacen prodigios. Cualquiera diría que disfrutan de una cuantiosa renta, al ver lo que gastan, como que llevan siempre lo mejor y lo más nuevo. Los vestidos de Inés son como el prospecto de una obra ilustrada, ó como el programa de una gran función. El espectáculo es para este tipo, lo principal. Donde vayan ó donde estén, siempre se levanta un rumor que dice:

—¡Las de Caballero!

Hay postura constante, en estas dos damas; aparato, recorte y patrón. Da gusto verlas perfiladas, atildadas y nuevas. Es un grupo seductor. La hija delante y la madre al paño ó detrás; pero aunque ceda el relieve á la chica, siempre se la ve en primer término, y el mundo dice:

—¡Qué madre tan bien disfrazada!

. . . .

Próximo estaba el Carnaval, y la de Caballero escribió á una amiga la siguiente carta:

«Querida mía: Ya que te has retrasado en estos días bulliciosos de la corte, espero que no faltes el Carnaval, que se anuncia muy animado, pues nadie piensa más que en divertirse y en gastar. Los bailes dan de comer á mucha gente: las modistas, los joyeros, los tiradores de oro y los gastrónomos están de enhorabuena. En todas partes se danza y se hace ostentación de la moda propia de nuestra culta sociedad. Por asistir á los salones se hacen memoriales y otras cosas que no son para dichas. Los periódicos no invitados, han puesto la pluma en las nubes. El lujo excede este año, á toda ponderación. Madrid es

una corte de Luis XV. Los encajes y las plumas parece que se dan de balde: los brillantes se cogen á granel. El frac se usa ya, como el pañuelo. Pero, hija mía, las máscaras pasan; hay pocas, muy pocas. Las señoras no se tapan, aunque á muchas que van descubiertas, no se las ve si no se las mira despacio.

Ven sin careta. Tu amiga del alma,

Carmen.»



LA BARAJA.



LA BARAJA.

I.

¿Juegas? Serás hombre.

¿Trabajas? Serás cosa, agente, máquina.

Esta baraja no es la que inventaron indios, franceses ó flamencos. No es la de aquel alegre Nicolás Pepino, fundador del vicio. Las cartas vistas que me propongo descubrir no son cuarenta: las hojas de este libro social son más. La sociedad juega con diversos naipes: á unos les da el naipe de la moda ó la rutina: á otros de la cábala ó el monopolio; todos son ases, reyes, caballos, *briscas;* cuando no son mano, están encima del tapete con sus jugadas ciertas y sus oros son triunfos; el que da gana y también el que toma, la carta que se guarda, pierde en el *albur*. De este juego salen la pompa y la fortuna, disparadas de un obús: la vida improvisada y la fama campanada: la virtud y la felicidad, no.

Se juega el nombre, la personalidad, que es lo que importa. La baraja se compone de personas reputadas, de entidades fabricadas por el mundo: de notabilidades asomadas á la ventana de la publicidad; de gentes que prefieren el hambre á la deshonra de vivir ignoradas. La baraja es objeto de la atención pública: figura en el cuadro de nuestras miserias. Dentro de ella damos que decir, nos hacemos observar, nos sentamos en el escalón de la celebridad, somos persona distinguida de quien todos dicen: «Ya sé quién es», lo cual significa más que la ciencia ó el genio.

Para esto no es preciso haber hecho nada; ni merecer nada, ni servir para nada. Basta ser: hacerse uno á sí mismo: ponerse delante de todos y hablar de sí: convertirse en tipo ó muestra de los demás; adquirir simpatías; moverse mucho: multiplicarse como se dice ahora, ó excederse á sí mismo. Que todos digan: «ese es;» que al abrir cualquiera los ojos nos vea; que sin atender nos oiga; que no haya acto, hecho público ó privado, sin nuestra fatal intervención; que participemos de todo; que todo lo reparemos; que estemos metidos en todo. Tales son los naipes, soldados impertérritos de la humanidad, que van con ella á todas partes, explotando penas y alegrías; sucesos prósperos y adversos; triunfos ó derrotas; gloria é infamia; el bien y el mal; la vida ó la muerte.

¿Formas parte de la baraja ó no?

¿Eres as, rey, reina á caballo ó sota? Pues no eres nada.

¿De dónde ha salido Severo? No es Lucio, ni Valerio romano, pero sí un negociante con ínfulas de emperador. Nadie sabe de dónde viene, pero él pica muy alto. Dicen que vivió en sotabanco y hoy no sabe vivir sin sus salones, fijos ó portátiles, pues los lleva gratis cuando viaja en coche-salón. Antes no pasaba de la

puerta de la calle, y ahora siempre que sale, toca en Londres ó Amsterdam. Por provincia también da un vistazo para preparar sus empresas. Lleva cartas de hombres importantes, á quienes se finge asociado; endosa á los amigos, letras y pagarés que no se pagan jamás. No pára en casa y tiene varias ediciones de su hogar, medio de que nunca se le encuentre. Es un baúl maleta forrado de caballero, que lleva dentro una red de pescar. Un Júpiter Tonante con *u* en vez de *o*, que juega de As.

D. Máximo, hombre *magno*, dase al ayuno ó come verduras para enflaquecer. No se ha casado por economía; anda á pié; de nada se asombra y por todo se santigua; tiene á gracia llamarse siervo: si no está canonizado será por olvido, y reza cada dos horas para pedir al cielo ¡más! ¡más! En alquitrán conserva sus entrañas, y nadie diría sino que por sus venas corren arroyitos de miel: de sus labios mana esencia de almíbar con la cual atrae y domina á los demás: de puro lleno se ha quedado vacío, y tan absoluto se muestra en sus juicios y tal espíritu reina en él, que niega obediencia á toda autoridad. Tiene días de rey y sueños de pontífice, parodiando á aquel loco empeñado en que era Dios, y si alguno se despedía de él diciéndole:

—Hasta mañana si Dios quiere:

respondía alterado·

—¡Si quiero yo!

D. Máximo sabe de letras y pergaminos y entiende de leyes del mundo que supo explotar. Cada frase suya es un apotegma, y sus sermones familiares están plagados de citas que nadie se atreve á comprobar. Sabe griego y domina el sanscrito como un bramán. Explica teología escolástica y deja plantado á cualquier teologastro en eso de ergotizar. Sus silogismos se pierden de vista y goza aporreando sofismas para

purgar á la crítica y la historia del error y la falsedad. Los sabios le consultan y el vulgo le escucha con boca, ojos y oídos abiertos, por ver si atrapa algo de su ciencia infusa y de los conceptos que alambica diser-tando sobre cosas obstrusas, y rectificando ideas conforme á su criterio excepcional y contrario al de todo el que le arguye. Un ignorante le recitó estos versos:

Para saber que es de día
no es menester teología:
ni para ver que hace sol
se necesita farol,

y al oir tal exabrupto, se le hincharon las narices y encaramándose en su silla gestatoria le lanzó la excomunión mayor, porque D. Máximo asume todas las potestades de la tierra y á su lado no hay quien se atreva á respirar. Sólo transige con sus debilidades y rencores, con los que le adulan y le temen. Es el As que más gana.

Serafín y Zacarías van juntos como el ángel y el profeta. Juegan á la par; siempre están en puerta, el uno perora y el otro charla: aquél devenga y éste cobra. El arte y el cálculo forman en ellos alianza. Serafín pronuncia un «¡ Señores !» hincha el globo de su fantasía y se eleva á la nebulosa, mientras Zacarías tiende su manta en el suelo, para que caiga en blando. Serafín es músico nativo como los pájaros; su lengua es un arpa, su garganta una orquesta y un timbre eléctrico-magnético su voz. Antes de venir al mundo ya se le oyó hablar, y la gente exclamó: «¡ Ahí está Serafín que baja del cielo.» El genio nace y el orador se hace, pero Serafín salió hecho y derecho del claustro de su mamá. Su primer vajido fué un ¡ Viva la libertad! En mantillas le fajaron con faja de jefe de estado mayor de la Milicia ciudadana: á los quince años

iba al club de chaqueta, á pedir la disolución social: á los treinta gastaba levita y guantes; á los cuarenta se puso una cruz en el ojal, y ahora ni para dormir se quita el frac ni las botas de charol. Tiene bandas que se cuelga una sobre otra, para ir á palacio en los días de gala y alguna que otra vez en cada mes. Cobra cesantía de Ministro; ha sido veinte veces Diputado por siete distritos diferentes; defiende la democracia monárquico-absoluta; cuenta á todos que el Rey le



ha sacado una hija de pila: como los próceres antiguos, se descubre siempre que pronuncia el nombre de S. M. Come un día sí y otro no con los nobles y los grandes: usa perfumes hasta en el sombrero: se gastó más de mil duros en el uniforme y se hace servir en bandeja. Á cualquier duque le llama Pepe y no hay abanico de marquesa donde no haya puesto su autógrafo adulador. Serafín, por una sucesión de experiencias políticas, es un republicano que ama al pueblo desde lejos: que envuelto en su manto de púrpura, sube al capitolio de Tarquino el Soberbio

para proclamar la fraternidad, y que repite á toda hora que él siempre estuvo donde está.

Zacarías, político incoloro, revolucionario conservador, sigue el filón de los negocios, y vive en paz después de haberse aprovechado de la guerra. Anda en empresas y sociedades de esas que edifican sobre cimientos de papel. Bancos, tiene tres ó cuatro, españoles y ultramarinos, cuyos emolumentos le dejan cada año, unas talegas; sus acciones son muchas, y hace que se coticen las malas y las buenas. No va á Bolsa, pero en casa tiene unos hilitos que tiran á la alza y á la baja, según el juego, y recibe inspiraciones de su ángel homogéneo para el que tiene coches y banquetes; le alberga los veranos en su *chateau* de Biarritz, y no sabiendo ya que regalarle, le ha regalado un solar en el Ensanche, donde piensa edificarle una jaula. Y todo porque á la sombra de Serafín, ha hecho milagros, logrando fama de oráculo en profecías financieras, porque Serafín le cita en sus artículos y discursos familiares, le pone en relieve y afirma que es un pasmo de la banca. Zacarías y Serafín se funden y complementan. Aquél danza y éste toca la trompeta. Son el genio y la máquina. Ases gemelos.

Hay otros de menos cuantía que juegan como reyes. David, que colgó el arpa aunque alguna vez suelte ún soneto clásico para que no se pierda el patrón: que expide títulos de idoneidad, y como juez de oposiciones, dicta fallos y se declara inviolable. Que tira chinitas ó pedradas, á los sabios sus colegas, mima á los ignorantes sus admiradores, y se duerme en la Academia, desperezándose el día de gala para colgarse media docena de medallas. Este es el hombre inmortal.

Alejandro, *el chiquitín*, de tres cuartas de estatura, cuerpo entero y rostro pelado, que sin necesidad de recurrir al amigo Aristóteles, aprendió el arte de go-



bernar y cuyas conquistas la cronología ordena de este modo: noticiero y *reporter* en Francia; gobernador de provincia en la Lidia y la Capadocia, donde por primera vez tuvo capa; diputado cunero por Babilonia; arrasa á Tebas en un discurso de tres horas; se apodera de una cartera en Damasco y cae en Persia donde se hace viejo, estudiando la política del gran Tamerlán...

César — Cayo *Agosto* — porque siempre hizo el suyo. Jefe de pelea, tirano en el gobierno, déspota en casa. Dictador perpétuo de mayorías, minorías, juntas, comisiones, cabildeos y consejos. Se le conceden todos los honores y siempre se le deben. Es señor de Farsalia y su olímpico sér respira abrumadora majestad. Ha escrito varias obras: la principal *El Universo soy yo*.

Y Carlomagno. Matón con diez dedos muy gordos, que amenazan nuestras vidas; rostro cruzado por un chirlo producto de una *culebra*, y simpático como aquel José María que desnudaba á unos para vestir á otros. Éste con todos se mete y de todos saca; es un igualitario de la ley del embudo que hace de los hombres galeotes: pega, y el Código no le alcanza aunque corra más que un galgo.

II

Pero ¿qué estrépito es ese? Más reyes que vienen á la par. La democracia los despide, y trae ciento por cada uno que se lleva. La tierra se estremece, el firmamento se hunde, el juego se complica. Son los cuatro palos que vienen, sacudiendo. Cresos, héroes, censores, caciques: los poderosos de la baraja.

California — Marqués de — ¡Ah! la Mitología no tiene dioses como él. Cuerpo de oro, cara de bronce,

corazón de hierro. Propietario, que sobre arena, ha edificado un mundo: que repentiza barricadas, y lanza casas como si fueran aereolitos; que lleva una finca urbana en el bolsillo del chaleco, y la deja caer como un ochavo moruno. Suya es la tierra que se pisa, el aire que respiramos, el sol que nos calienta: suyos el templo, el hospital y la beneficencia, á que atiende continuador del Sr. D. Juan de Robres... Suyos los palacios que mantiene sobre sus hombros, y los vapores que á su soplo, surcan los mares de Oriente y Occidente. La voluntad, la conciencia y el sér del género humano, suyos. En un baile de su *Hotel-palais*, en un *lunch* de su *Villa Campestre*, ó una montería de su *Castillo de Bambordoug*, tira la fortuna de un pueblo. Sus caprichos valen tanto como la felicidad de una familia: su gaveta es un Banco; su caja un potósí. Con sus talones se recorre el Zodíaco en quince minutos; con sus billetes, puede empapelarse el globo terráqueo. Chico nació y tiene en poco oirse llamar grande de España: aspira á ser grande universal y eterno, y se ha hecho embalsamar en vida para ser inmortal. Es un compuesto de monstruo humano y de ente divino el Sr. Marqués. Rey de Oros.



Fraque y corbata blanca; tirilla y pechera almidonadas de brillantina; un palo de escoba revestido de hombre; nariz acostumbrada á oler donde guisan; frente cubierta con una visera de pelo natural. Un caballero con sombrero de muelles, servilleta en el ojal

y un *Menú* en la mano. ¿Quién és?... ¡Toma! Paco García Aronaf. El convidado de siempre; estómago y mandíbula de moda; el amigo que come de cuenta ajena. El rey de la crítica y de los banquetes. El que pudiéramos llamar, Paco acá y Paco allá. Ente dispuesto, solicitado, mantenido, absorbente y repleto de halagos de los demás: adorno del comedor y usufructuario de aparadores y despensas. Fisiólogo del gusto á lo Brillat Savarin; gastrónomo consumado; definidor y propagador del arte cisoria, y de todas las ciencias y las artes. Paco escribe con igual lucidez que come, y no hay epidermis en que no hinque un agudo diente, ya sea de faisán dorado ó de hombre; de codorniz ó de mujer. Talento en frío, para todo tiene siempre cuatro frescas: las dice; se le ríen y suelta cuatro más. Para él no hay sexos, ni calidades: es un ente superior é indilucidado, que goza el privilegio de la irresponsabilidad. Un monarca de dos caras; la pluma y el tenedor: con el primero, rige la sociedad desde el trono de sus revistas semanales; con el segundo, ama á la cocinera que le sepa conmover, únicos amores lícitos que se permite nuestro Aronaf, conocido vulgarmente por el nombre anagramático de *Faraón*, con que firma sus artículos, siempre leídos, esperados y glosados, porque según dicen, tienen la intención de un toro.



Faraón habla poco; entra y sale sin saludar; sus monosílabos siempre le valen un aplauso; una sonrisa suya es el honor más alto á que puede aspirarse. La buena sociedad recoge las sales áticas que manan de sus labios; todos buscan sus chistes aunque les temen, y su maquinilla de hacer frases y de poner pecas, está

montada *al pelo*. Las damas se recrean con su sintética mordacidad; las arrulla con insolencias, provócanle á que cuente lo que sabe ó discurre de las otras, y él ejercita lo que llama su culta sátira. Todo le está bien á este tipo autoritario, incluso pensar mal de su propia madre; de todo le absuelve la fórmula usual de: ¡cosas de *Faraón!* Para ser codiciado, llega tarde á la mesa y ocupa el lado derecho de la señora de la casa, orgullosa de tan sibarítico y agudo comensal. No se disculpa y traga la sopa líquida en calma, aunque vea que se hace esperar. Hay un paréntesis, sólo interrumpido por el sorber ó el mascar, y la señora entabla diálogo con el rey de la opinión:

—¿Qué dice V. del drama de Víctor Hugo, arreglado á nuestra escena?

—Es una chochez del genio. Víctor Hugo, puf...! pasó!

—¿Ha visto V. ese cuadro de Velázquez descubierto en un sótano y que está expuesto en la Academia?

—Sí, parece de Orbaneja. Velázquez fué menos de lo que es.

—¿Conoce V. al poeta de doce años que citan un día sí y otro no los periódicos?

—He almorzado con él.

—¿Y tiene tanto mérito su poema *La verdad desnuda?*

—Tanto no: ¡tonto!

—¿Pues no le ha elogiado V.?

—Sí, he hecho una caricia al niño para que no llore.

Y en esto llega el plato del día, el manjar dispuesto en honor del *superferolítico* gusto de *Faraón*.

—¿Qué tal dió á V. de comer anoche la Baronesa?

—Muy mal.

—¿Agrada á V. este pastel de javalina?

Pausa...

—Está dedicado á V.

—Señora, este pastel parece hecho en la repostería de la Baronesa.

Y así va *Faraón* derramando sus perlas azucaradas que revientan dentro del alma, arrojando su gotita de hiel. Paco García es un pájaro falto de nido, que picotea los demás. Un cínife que no se para en la flor sin marchitarla. Un escritor que se condensa en la sílaba *no*. Un orador de salón que brinda por el desprecio humano. El rey de copas.

¿Oís clarines y cajas? ¿Sentís el galopar de un bridón? Es que llega el general. Este es aquel siempre bizarro á quien se aplica el pronombre posesivo ó la nota musical *mi*, llamándole «mi general.» Cada cual le quiere para sí, y con ser de todos, no es de ninguno. El mundo para él es un ejército, y un regimiento sumiso á su voz la sociedad. Tomó el mando desde chico y no le sabe soltar. Fué caballero cadete, ingresó en caballería, siempre ha tenido caballo é intacta conserva la caballerosidad. Tiene dos hojas muy limpias; la de servicios y la de la espada. La pólvora le dió los humos, y el cañón su rimbombante sonoridad. Creíanle hombre y se encontró héroe en el campo del honor, ó el día en que se echó á la calle de la Libertad. Siendo teniente oyó decir que peligraba la patria, y salió á salvarla; cualquier caballero hubiera hecho otro tanto, pero mi teniente hizo mucho más, pues á pocas salidas de estas, volvió á cuarteles de invierno, de teniente general.

Sin tener Rey ni Roque, puso á rédito de ambos su decidida lealtad. El Rey se iba y colgaba la casaca exclamando: «Vaya con Dios S. M.» Venía Roque, y poniéndose las botas, añadía: «Viva la libertad.» Asomaba de nuevo la testa coronada y mandaba tocar la marcha real. Cargado de laureles de todas las cosechas, los gastó en la cabeza, en el pecho, en el guisado; echó el sobrante á su caballo y aún le quedó para hacer un

colchón en que descansar. Á pesar del reposo que se disfruta desde que se juntaron Rey y Roque, el general vela como en campaña, siempre con el oído atento á la señal. Suele ir de caza sólo, á oir tiros, y se inflama cuando su heredero aporrea el tambor de Navidad. Su genio no le consiente estar quieto, y todo se le vuelve entrar y salir, avisándonos la prensa con misterio, si va y viene, baja ó sube, ó por dónde anda el general.

¿Habla con algun politicazo en paseo? Ya sabemos que S. E. hubo de conferenciar. ¿Escribe una carta urgente? ¿Qué será? ¿Manda limpiar las espuelas? Á alguno le escocerán. ¿Se levanta muy temprano? ¿Madruga? Dios le ayudará. ¿Se pára á encender un tabaco frente á la puerta de algún Ministerio? El Gobierno se echa á temblar. ¿Quién sabe? Desde que se creó la Reserva está muy reservado, pero la gente que ve crecer la hierba ha oído pensar al general, y se comenta lo que no pensó ó lo que se piensa que debió pensar. La punta de su espada asoma en su gesto, en sus acciones y en su marcialidad. Con ella quitó de enmedio muchos hombres y ha sacado punta á muchos más. Estuvo algunas veces en la guerra, pero ya le han dejado en paz. Tiene dos heridas, una en la cabeza y otra en el amor propio que ningún Físico ha cicatrizado ó què él no quiere curar. Con tantos miles de veces como el general ha formado, extraña que no haya logrado formar Gabinete. Le ofrecieron el mando de Cuba ó Filipinas, y no quiso aceptar. Fué Capitán ge-



neral, Embajador, Consejero, General en Jefe, Senador, Ministro de la guerra y... pare V. de contar. Se le indica para Presidente, y vaya si lo será. Cobra sueldos al año que meten miedo á los que el presupuesto no han sabido ordeñar. Anda en caricaturas de colores y esto aumenta su *llamatividad.* Le pintan como el rey de espadas, con chafarote amenazante en la diestra; remangándose el armiño con la siniestra: cara hosca; bigotes insurgentes; mirada de traidor de melodrama; calzas azules con espuela; guantes verdes; cabellos grises; corona de amarillo que rabia; figura de indumentaria teatral. Mi general es en fin, un tipo de cantante, cuya voz deja tamañito á Estentor; un acróbata con los puños de Goliat. El alma de una situación de fuerza; el héroe del palo que siempre da.

¿Habeis estado en Ciruelos de abajo? ¿Conoceis á D. Trifón Núñez Rasura, descendiente de Nuño y padre del pueblo? Es señor de villas y aldeas, y preside los actos públicos y privados con su cuerpo rollizo, cara de pan, ojos bizcosos y traza de ídolo chino. Gasta canoa de tres puentes, levitón solapado y camisa puesta del revés, pues parece que los faldones le salen por el cogote. Incisivo, suspicaz, despótico, lleva siempre consigo un garrote pesado, jiboso y duro como su brazo, y con él reina y gobierna. Ved lo que escribe «nuestro ilustrado corresponsal» de aquella villa pintando este tipo español, este gran carácter:

«Hemos tenido música y danzas, campanas y cohetes, procesión cívica, jigantones y entre ellos ha sobresalido, como siempre, la figura patriarcal de Núñez Rasura. Ayer celebramos la concesión de la carretera de sexto orden, que ha de unirnos con el resto de Europa, debida á la influencia de nuestro ilustrísimo Ciruelo, quien á pesar de no saber escribir, puso cuatro letras á los hombres del poder y el camino puede decirse que está hecho, porque los caminos de este

gran *factotum* nunca dejarán de hacerse á medida de su deseo.»

«Dicen sus enemigos que D. Trifón pasa de amo; que quita y pone, y maneja honras y haciendas; pero ¡ah! nuestro Rasura es hombre para todos, y todos son los suyos, ya sean blancos, azules, rojos ó amarillos. Reconocida la superioridad de su familia, hemos hecho á su hijo jefe de la democracia, á su yerno jefe de los monárquicos, á su hermano jefe del clero y á su nuera protectora de la enseñanza de la mujer. Cierto es que el pueblo de Ciruelos, patria de hidalgos que siempre mantuvieron el brillo de la Nación, se halla dividido, descuartizado en bandos que no pasarán de quince ó veinte, y que las enemistades de sus trescientos vecinos han llegado al extremo de no salir de casa por no tropezarse unos con otros; pero D. Trifón se sobrepone á estas rencillas, y hace obedecer á la misma autoridad. Nadie chista y á todos nos tiene sometidos por el deber, pues ese hombre que de chico parecía un cuitadillo é incapaz de Sacramentos, puso á rédito los haberes de su padre el llamado *Mata-pobres*, perfeccionando la usura hasta el ochenta por ciento, y así asumió el capital de todos con el fin de que no nos falte.»

«Rasura fué Juez de paz aunque la paz no fué con nosotros; luégo Síndico y Alcalde; arregló desde su casa gremios, cofradías y ayuntamientos; entró en la Diputación de la provincia por sufragio universal de dos docenas: levantó en peso la Diputación á Cortes y tuvo la abnegación de no presentarse candidato jamás. Desde entonces es proverbial en nuestro país la omnipotencia *Trifoniana* y de ella depende la acción colectiva y la voluntad individual: los bienes que nos rodean y los que esperamos por su intercesión. Porque: ¿hay quien quiere un empleíllo, un beneficio simple ó una canongía? pues ya se sabe quién ha de sacarla. ¿Viene

mal la cosecha? D. Trifón tiene granos para cualquiera. ¿Se pide agua? El milagroso varón trae la lluvia que sea menester. ¿Quiere casarse alguna moza? D. Trifón elige el novio. ¿Qué mozos se libran de la quinta y cuáles cogen el chopo? Él lo dirá. ¿No hay para pagar la contribución? Pues D. Trifón enseña el modo de no pagar. Él náda en oro, pero parece un pobrecito, mirado por el agente investigador. Apenas si pasó rozando por la escuela, pero sabe más gramática que Rengifo ó Hermosilla. Le hablaron de un bruto de los tiempos antiguos, y le ha tomado por tipo. Así es nuestro padre de Ciruelos y así manda en seco, sentencia y ordena, y recorre sus estados en macho ó cabriolé, con escolta de esclavos blancos para evitar el secuestro del Cacique á quien el pueblo llama por mote el *Rey de bastos*.»



III

El mundo tiene su baraja de mujeres hermosas; reinas á caballo y á pié; sotas vestidas de paje, Arginas, Raqueles, Palas, Judits; como la Stuardo sensibles;

ligeras como Antonieta, altivas Isabeles de Baviera, y damas de honor como Inés Sorel, rodeadas de sus paladines y mosqueteros á lo Lanzarote, Hector, Lahire y Ogier. Se disputan galas, paseos, conquistas; la caridad, el odio, la fama y la murmuración. Su sitio de preferencia está en los salones, la gacetilla, el palco, la rifa ó el *landó*. Donde quiera que vayas las hallarás, las distinguirás, las verás, agasajadas, incensadas, citadas, adoradas; altas aunque sean bajas, bellas aunque sean horribles, jóvenes aunque compitan con Matusalén. La Revista dice hoy: «allí estaban las de tal y las de cual;» mañana «las de cual y las de tal;» pasado: «las mismas» y al otro, vuelven á darse figuras de la consabida baraja. Todo lo invaden, lo dominan todo: donde no estén se dirá que no hubo nadie; donde no charlen no hay criterio ni opinión. Uso que introduzcan, en breve será moda. Rutina que mantengan, pronto será ley. Batalla en que entren, batalla ganada. Causa que patrocinen será la de todo el mundo.

Tienen abono en el centro de la faustuosidad; meten baza; repártense la ostentación; disponen del éxito, de la suerte, de la fama, del presente y del porvenir. ¿Dónde iremos en que no se hallen esas cuantas? ¿Dónde que no se respire su aire, ni se aspire su perfume, ni se oiga su voz? Su influencia pesa sobre nuestras costumbres: son eco de nuestros pensamientos y siluetas de nuestro espíritu. Reinas electivas; bustos de escudos ó pesetas; damas de primera fila, tras de la cual quedan ocultas las mujeres modestas. Estas son nuestras y aquellas las de todos. Repártense dictados y nombres, adjetivos y superlativos, y se llaman las de Alba-rosa, Vergel-florido, Casa-Luna, Sol-dorado, Cielo-azul, y Verde-mar. Nobles, discretas, elegantes, influyentes, piadosas, atildadas, recortadas, deslumbradoras, y que cruzan los espacios

cual meteoros haciendo zigs-zags. Felices mujeres de la baraja para quienes el mundo es un espejo en cuyo cristal, míirese quien se mire, siempre salen ellas: y ¡oh mujeres recónditas! señoras de incógnito que no estais en lista ni programa y que os quedais en casa



sin que nadie lo sepa...! ¡Pobrecitas mujeres caseras! ¡Sólo á vosotras se os ocurre llamaros las de López, las de Pérez ó las de Sánchez!

Las damas que forman la agrupación del mundo visible, celebran junta perpétua en el comercio, el bazar de antigüedades, la perfumería, el diamantista ó la prendera de la baraja. Consuelo *la malagueña*, invítalas

por la mañana al negocio del cambio ó del desecho de las alhajas, trajes ó adornos que recogen unas de otras, y por la tarde recibe su visita tomando en comisión los regalos que no fueron de su gusto. Luégo se encuentran las señoras *charmantes* en el hospital cuando les toca el turno de visita; en los toros: en la conferencia piadosa y en el *Retiro*, jardín donde se solazan las tardes de Mayo. En la tribuna de orden del Congreso en día de sesión tempestuosa, haciendo amigos políticos de los que dan destinillos ó caramelos. En el teatro, cuando le llenan de divertida caridad; el día de *moda* ó de estreno, en que andan por las nubes los billetes. En el banquete de confianza: en el *the parlant*, ó en el baile de etiqueta, de verano ó de invierno.

Allí están en correcta formación ó en cuerpo de escaparate, esas mujeres en apariencia casadas con el amigo y amigas de su marido; madres que parecen hijas de hijas que parecen madres. No faltan al baile de trajes en víspera de carnaval. ¡ Ah! ¡ Qué suntuoso! ¡Qué irresistible y tentador! Madrid entero va. Los Duques reunen la *crema*: ser *crema* es la ilusión de la vida y la suprema felicidad. ¿ Quién falta á un suceso como éste? Los hijos se sublevan: el padre cría valor para renunciar aquella noche al *Casino*: la madre tiene un niño enfermo, grave... pero va un ratito. El célibe no repara en reumas, ni la vieja *diversionista* en las pulmonías que andan. El revistero ha de formar la lista: el político ha de cenar. Las mujeres han de ser citadas y los hombres vistos. Allá van. El mundo es así: el ansia de goces perturba su razón. La vida privada no le priva. Busca la patria universal: es un loco que derriba las paredes para salir á plaza. Gasta la vanidad y guarda el sentimiento en una frase. Frecuentemente dice: «lo siento mucho», y no siente nada.

Con la baraja no juegan el dolor, el trabajo, ni la inteligencia. El empirismo bulle, el humorismo salta

por todo. La doble baraja anda de mano en mano, de danza en danza, de junta en junta, de comida en comida, de batalla en batalla. Los cuatro palos se sacuden unos á otros.

Á veces el juego se trueca. Os presentan un genio, y hallais un mal carácter; un ingenio, y veis un mecánico; un noble, y encontrais un villano; un hombre de letras y os sale un cobrador; un artista, y os sale un *flamenco*. Los hombres de gobierno se dejan gobernar por sus amas de cría. Los ricos son los miserables. Los tontos, los discretos. Las mujeres bastas, las más finas!... Busca la madre para su hija un joven delicado, y se encuentra un muerto: el marido una mujer legítima, y le sale falsa.

De la baraja naturalista salen las candidaturas, los directivos, los jurados de honor, los comités, los consejos y piés de Banco; los jueces, abogados, y miembros elegibles; cotizadores, profesores, autores, legisladores, redentores. Hombres de accion y de pensamiento, luces del siglo, santos de sus altares, dioses.

Adelante. ¡Cortad y alzad!



LA PENSIONISTA.



LA PENSIONISTA.

DOÑA Agapita! ¡Qué señora aquella! ¡Aún me estremezco! Era madre, toda vez que tenía una hija, y quería ser mi mamá política, á pesar de no estar bien educada. Verla y volver la espalda, fué obra de un instante. ¡Y luego se dirá que no hay simpatías! Salíamos de la iglesia: dí agua bendita á Salomé, y la tomó. ¡Era un ángel: Dí agua bendita á su madre, y apartó la mano, como si la hubiera arrimado un ascua. ¿Sería un demonio? Creo que sí.

Entablamos relaciones un día que abría el ventanillo, y por tomar una carta del correo interior tomó mis narices. ¡Hija infame! exclamó, y me abrió la puerta para evitar el escándalo. Salomé debe tener presente este primer capítulo de la novela de nuestro amor. Mas dejémosle á un lado, para pintar con suaves tintas el bello carácter de aquella Doña Agapita de mis pecados.

—Usted es de los míos, me dijo un día.

—¿Y cuáles son los de usted?

—¡ Qué pregunta! Los míos son los que mandan.

Mandaban los moderados, y dije para mi capote:

—No sé hasta qué punto podré fiarme de la moderación de esta señora.

Disfrutaba una pensióncilla *de gracia* que le había concedido el Gobierno, por haber muerto un hermano suyo en el campo del honor, sin embargo de no ser militar, ni haber olido la pólvora más que cuando iba de caza, si era cazador, que lo ignoro.

Aquella pensión labró en el pecho de Doña Agapita un agradecimiento funesto; un amor á la situación, que rayaba en delirio. Ella cobraba la paga, y los demas éramos los pensionados. Á cualquier acto de aquel Gobierno, su protector ó de sus agentes, Doña Agapita hacía coro á los periódicos ministeriales.

—¿ Ha leído usted el decreto que trae ayer la *Gaceta?* preguntaba. Pues léale y se convencerá de que estos hombres van á regenerar á España.

—¿ Pues qué dice ese decreto ?

—Que todos los criados aprendan la cartilla. Vea usted, vea usted ; el Gobierno se ha propuesto que esa gente sepa leer, y bien se necesita, porque yo mandé á la chica de casa, el otro día, por cuatro cuartos de manzanilla, se lo apunté en un papel, y como no sabe de letras, me trajo una libra de manzanas de á cuatro cuartos. ¿Le parece á usted regular? Por eso el Gobierno exige que los criados aprendan, y así no confundirán la manzanilla con las manzanas. ¡Oh! no hay Gobierno como el actual! Ni buscado con un candil; no señor, no: y en esto no transijo con nadie.

Ya comprenderán ustedes que á Doña Agapita la sucedía lo que á su sirviente, puesto que confundía la cartilla de la escuela con la cartilla del servicio doméstico, y al Gobierno con el gobernador de la provincia.

Se hablaba de una votación favorable en el Congreso, y Doña Agapita aseguraba que con aquello el

Gobierno se había amarrado mucho á la opinión. Anunciábanse economías, y la mamá de mi Salomé gritaba como un energúmeno, que debía suprimirse todo. ¡Sí señor, todo!... menos las pensiones de gracia. Pero en habiendo rumores de crisis, iba á comprar á la plazuela para crear atmósfera, y hacer algo por la situación. Allí solía exclamar, al presentar el talego al panadero:

—No se cansen ustedes, hombre. No caen, no caen los ministros; se han agarrado á muy buenas aldabas. Me lo ha dicho el novio de una amiga, redactor de un papel que se llama *La Araña roja*, y ya ven ustedes si él lo sabrá.

La crisis vino, el Gobierno cayó de espaldas, y con él cayeron en el olvido las pensiones de gracia. Mamá Doña Agapita me comunicó la fatal nueva, en ocasión en que estaba barriendo; pues había suprimido la criada. Alzó la escoba en ademán trágico, y lanzó al aire este fiero apóstrofe:

—¡Nos veremos!

Me sorprendí, y añadió:

—No se asuste usted, que eso vá con el nuevo Gobierno.

Pasaron días, semanas, meses, y las pagas de las pensiones de gracia seguían tan desgraciadas. Salomé cosía para el corte, y Doña Agapita empleaba en la plaza los treinta y siete cuartos diarios que producía Salomé. La situación cada vez más oscura de aquellas víctimas, envolvió en tinieblas el cuarto 4.º, núm. 3, del núm. 17 triplicado de la calle de la Palma. Habíase visto que la palma para estos seres estaba en el cielo, como dice Delavigne. Pero aquella á quien, en un arrebato de amor y desesperación, me atreví á llamar mamá, no quiso renegar de su pasado, ni romper con su costumbre de tomar parte en los negocios del Estado.

—Maldito sea el Gobierno, decía, y, ¡Jesús me perdone! Trece meses nos debe á todos los que hemos prestado servicios á la Nación. ¡Trece meses! Mientras esta gente come á dos carrillos, que no parece sino que no ha probado bocado en su vida. Desde que en España ha cambiado la sistema, todo anda por el estilo. Dejan cesantes á los amigos, doblan las contribuciones á los caseros y nos suben los cuartos. Ya ven ustedes si el mío estaba alto, pues me le han subido una tercera parte más, y á este paso no sé dónde vamos á parar.

—Al cielo, repliqué yo.

—¡Ojalá! Allí no tendríamos que pensar en el pan y en los alquileres. No lo tomen ustedes á broma, pero estos cantonales ó lo que sean, son unos indinos. Desde que ellos mandan, no hay nada en concierto. El comercio está perdido: Gregorio el colchonero, ha quebrado; en el corral de Andrés se ha muerto una burra de leche, de resultas de la mala calidad de la cebada: las verduras están por las nubes, y Don Pantaleón, el de la casa de préstamos, que era el que me prestaba á mí, se retira; y ya no presta nada. Todo son desgracias! ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos atravesamos!

Me encontré á la Dolores y tuvo valor de decirme que su esposo estaba colocado y que había tenido tres ascensos en dos meses escasos, y yo la contesté:

—Pues habrá vuelto la casaca, porque antes me parece que era de la cáscara amarga, es decir *retrógado!* De eso se ve mucho en el día, que los hombres mudan de opinión como de camisa, si es que la tienen. Mi difunto, que de Dios goce, era de otra madera. Toda su vida pensó lo mismo y no llegó más que á ocho mil reales de sueldo, después de treinta años de servicios, y murió sin alcanzar el máximun. Bien lo decía, el pobre: —Hija, yo no adelanto nada, porque siempre

he estado firme en mis creencias, al revés de lo que ahora sucede, que todo el género humano se pone al sol que más calienta y procura arrimar el ascua á su sardina. Era muy cabal, mi difunto, y creo que hizo bien en morirse, por no ver la justicia por los suelos como está ahora. La culpa es de quien lo consiente, decía alborotándose cada vez más Doña Agapita. —Yo no he de ser cómplice en tanta infamia! Y levantando la escoba llena de basura que caía en mi pantalon nuevo, añadía: —¡Hay que barrerlo todo! Sí señor, el día menos pensado, me echo á la calle y usted conmigo!

—¡Vamos!

—Aún no es tiempo. Hay que preparar la contra revolución para que cada cual recupere lo que es suyo.

—Las pensiones.

—Justamente, y otras cosas más. Ya estamos de acuerdo, muchas pensionistas suspensas, y como no tenemos otra cosa que hacer, vamos soltando quina. Una mala lengua puede mucho, señor mío, y yo no tengo pelos en la mía.

—Vaya una moral!

—Esa es la que se estila. Ya ve usted cómo se ponen unos á otros, los periódicos, de ropa de Pascua. ¿Y todo por qué? Por arrancarse de las manos la sartén y así están todos pringados, mientras que á una le da por estar limpia, muy limpia.

Y Doña Agapita seguía con su chas! chas! barriéndonos encima.

Era de oir, la buena señora. Echaba el barrido por el balcón, y la advertí que la impondría multa el Ayuntamiento.

—¡Bueno está el Ayuntamiento! ¡Él tiene la culpa del estado de la moral! Lo que pasa es escandaloso, hijo! No es para contado delante de mi Salomé. Basta

decir á ustedes, que ya no se puede salir á la calle, porque cada dos pasos se encuentra una mariposa, cuando antes no se veía una, por un ojo de la cara!

—Pero, mamá, decía la chica mientras quitaba el polvo á su costurero, ¿qué tiene que ver el Ayuntamiento con los insectos?

—¡Vaya si tiene que ver! ¡Todos son unos! Tú no sabes de la misa la media, porque no lees la gacetilla. ¡Los mandones son responsables de lo que pasa! ¿Ves la mortandad que hay? Pues la causa es el riego. Ayer atropelló un coche á una niña. Á la madrugada, robaron en la boardilla del 17. Hubo dos suicidios, uno en el viaducto y otro en el Campo del Moro. Pues de todo ello tiene la culpa el Ayuntamiento y por consecuencia el Gobierno! ¿Y por qué han nombrado diputado provincial al hijo de D. Rufo, el de la lonja de ultramarinos? Ello lo dice: porque D. Rufo se ha enriquecido y ha enriquecido á más de cuatro con el negocio del azúcar y del cacao, y como eso viene de la Habana, que es de donde vienen los chanchullos... Ya me entiende usted! ¡Y á mí que me gusta tanto el chocolate bueno! Pues D. Rufo no me le baja, y quiere que se le pague al contado, y ha de tomarle una, de peseta, que es un mazacote de harina, miel y castañas! Nada, nada, yo no transijo con D. Rufo que es situacionero: no parto peras con estos hombres, vaya!

La pensionista salía por todas partes echando pestes contra la cosa pública y amenazando con el anatema de las clases pasivas. El porvenir de la Nación, estaba, según ella, en manos de las viudas. —¿Las Cortes no hacen nada por nosotras? exclamaba afilando el aguijón de su lengua; pues nosotras lo haremos.

Un día no contaba más que con la unitaria cantidad de una peseta. Era el capital de aquella casa, sujeta á

todas las privaciones. Entró una vecina y la propuso jugar á la lotería, que salía al día siguiente. Formóse sociedad para comprar un décimo de veinticuatro reales, seis, á cuatro cada parte. Doña Agapita arrojó por la ventana su única peseta y dijo á su hija: —Para poca salud más vale morirse. Mañana veremos por dónde salimos. Llegó el mañana y no se desayunaron, por la sencilla razón de no haber para una onza de chocolate. Doña Agapita se alimentaba haciendo cálculos para el porvenir:

—Salomé: ¿qué querrás que te compre?

—¡Ilusiones engañosas!

—¡Tengo una fe tan grande! De seguro nos va á tocar. El número es magnífico, según dice la que le ha comprado en una lotería donde siempre cae. Aquí, le tengo apuntado; toma, pero no le mires hasta que llegue el momento. Te compraré un vestido ó dos, sombrero, una cajita de perfumes; y te llevaré al paraíso del Teatro Real á oir al tenor Kameli, que tanto ruido mete ahora. Esto si no sacamos para variar de posición, porque entonces compraríamos un Hotel ó un *Chalé,* donde tú quieras, pues lo mismo me da á mí, en el Retiro, que en la Castellana ó hacia San Bernardino, que es donde el Gobierno nos llevará si la suerte no nos socorre. ¡Calla! por ahí pasa un chico voceando la lista. Llámale.

—¡Cuesta un perro!

—Tienes razón. Otra contrariedad. ¡Mal haya sea el Gobierno!

—Yo bajaré á ver si el muchacho me deja mirar la lista en un instante.

Salomé bajó como un rayo y subió como un globo hinchado, dando gritos:

—Mamá, mamá de mi alma; nos ha caído! ¡Nos ha caído!

Y á la pobrecilla se le saltaban las lágrimas.

—Estás cierta, decía Doña Agapita bailando, sin saberlo, una contradanza. ¿El premio grande?

—No, mamá; chico, chico! Estoy segura.

—¡Cómo ha de ser! Del lobo un pelo.

—¡Algo es algo!

Sonó un campanillazo alarmante. Eran dos vecinas partícipes, que traían la lista.

—¡Miren, miren Vds.! El 7,737. ¡Tres sietes! ¡Benditos sean! ¡Aquí está! ¡Aquí está!

—¿Y cuánto? ¿cuánto? decía Doña Agapita abrazándolas.

—¿Qué sé yo? ¡Miles!...

—¿Saldremos de apuros?

Hecha la cuenta resultó que á cada parte tocaba diez duros.

—¡Una miseria! ¿Y para eso tanto alboroto?

—Si no los quiere Vd...

—¿No los he de querer? Aunque fuera menor. Me hago cuenta de que me dan una paga!

—No es tan poco. Son cincuenta pesetas que en estos tiempos..!

—Pero hay que descontar la peseta que hemos puesto.

—Ya quisiera yo, decía una huérfana pensionada, que mis pesetas se convirtieran en billetes de á doscientos.

Cobrados los cuartos, Doña Agapita y su niña se fueron, donde suelen ir las señoras de posibles, á tiendas, empleando lo cobrado en chucherías y eso que regatearon todo lo que pudieron. Salomé compró un armazón de sombrero y los adornos, para hacerle en casa. Una sortija de diez reales; unas botitas de puntera muy lindas, y tela para ella y para la mamá, á 75 céntimos metro, con la cual salían dos vestidos sencillitos.

Doña Agapita celebró la buena suerte trayendo á

casa algunos fósiles de comer para cuando sintiera alguna de las debilidades que la aquejaban diariamente, y tuvo dos caprichos: compró un pito de cristal con flores, para silbar al Gobierno, según decía, y un imperdible que ella llamaba de novedad, figurando una pequeña tarjeta en que, con letras salientes, decía: *Hay crisis.*

—Este alfilerito tan mono, exclamaba respirando venganza, le llevaré siempre puesto, y me pasearé con él delante de los Ministerios y por los sitios donde anden las señoras de los actuales gobernantes, y si todas mis compañeras hacen lo mismo, verán ustedes como, en fuerza de decir: Hay crisis, la crisis vendrá. ¡Yo lo creo que vendrá!

Pero aquella noche, leyó en un periódico noticiero, unas líneas parecidas á estas:

«Por el Ministerio de Hacienda se toman disposiciones para que sean satisfechos sus atrasos á las clases pasivas, y no tardará en ser un hecho este acto reparador.»

Doña Agapita leyó la inverosímil nueva tres ó cuatro veces, poniéndose los anteojos de aumento, para persuadirse de que no era antojo de su imaginación, y estuvo á punto de desmayarse. Por último, dejó escapar este grito de su conciencia:

—¡Y yo que iba á enseñar mi alfiler á la Ministra de Hacienda! Hay que guardarle. Hay que quitarle de en medio, por ahora.

Y se lo guardó en el bolsillo.

Entré en su casa en tan feliz momento, y como nunca hallaba medio de hacerme simpático á su rudo carácter, me dió la vena, aquel día, por murmurar del Gobierno:

—¡Háy crisis!—Doña Agapita—¡Hay crisis!—¡Tú que tal dijiste!

—Como es V. tan chistoso, siempre viene con bro-

mas de mal género! El Gobierno no cae por ahora; lo sé de buena tinta.

—¡Pues yo sé que se va!

—¿Lo dice V. de veras?

—¡Tan de veras!

—En quedando el Ministro de Hacienda...

—Ese se va el primero, por la cuestión de...

—¿Qué cuestión?

—De las clases pasivas.

—¿Es decir que ya no nos pagan lo atrasado?

—Eso no lo sé.

—Reviente V., hombre, y suelte lo que sepa.

—¡Se dicen tantas cosas!...

—Yo acabo de leer lo contrario, pero...

—¡Pero no ves, mamá, que el amigo está de broma!

Me eché á reir, y Doña Agapita cambiando de cara y dándome un empujón, exclamó:

—Qué gana tiene V. de chunga! condenado. Pues mire, ya iba á sacar el letrerito del alfiler.

La pensionista ve cumplidos sus ardientes deseos. De la noche á la mañana llaman las oficinas de Hacienda á los interesados en el cobro de los atrasos, precisamente el día en que gastó los últimos perrillos de la lotería. Eran trece paguitas pendientes, y recibió, por el pronto, dos. Diez y ocho duros en total y... vamos viviendo.

Se congrega en junta ó club, con cuatro compañeras, y preparan una manifestación. El acto debe llevarse á efecto reuniéndose el mayor número posible de señoras, las cuales se dirigirán á casa de la Ministra de Hacienda para entregarle una exposición firmada por todas, incluso las que no sepan escribir, dando á su ilustre esposo las más expresivas gracias. Es una idea oportuna y que hace honor á los sentimientos de las favorecidas. De paso, se hará presente la necesidad de que no se pierda la costumbre de ir

pagando, á medida que lo consientan los ahogos del Erario.

El punto de partida de la manifestación será la fuente de la Cibeles. Las invitadas no podran ir en coche, y se recomienda que vayan todas con velo ó mantilla y guantes.

—¡Qué buen Ministro ha salido el que ha dispuesto que se ños pague!—decía Doña Agapita, al volver de la manifestación.—¿Pues y su esposa? ¡Si será buena, que no ha querido recibirnos, sin duda por modestia! Mujeres así, debían ser eternas en el mundo, y sus esposos seguir en el poder cincuenta años, sin gastarse. Hoy me he encontrado á un amigo que venía de la Bolsa, y me ha dicho que aquello ha subido. ¿No había de subir? Es claro; cuando se paga á las pensionistas todo sube.

Abramos un paréntesis...

Transcurrieron años. Pasaron en óptica ilusoria para el bien, treinta gobiernos, altos, bajos, negros, blancos, tuertos y derechos. Cuando las clases pasivas chupaban, mamá se relamía; cuando ayunaban, Doña Agapita vomitaba su bilis contra la situación. Llegaron al poder otros hombres, y la pensionista, no sólo perdió la costumbre de cobrar, sino el derecho á pensión. ¿Qué hizo entonces? Meditar y llevar á término, en silencio, la más fiera de las venganzas.

Diez meses conspiró al fin de que la dieran un estanco. Lo consiguió por conducto del hijo de Don Rufo, que ya era diputado á Cortes, diciendo para sí:

—¡Llegó la hora!

Y en la calle de la Sierpe vive expendiendo cigarros puros, de á cuarto.

Salomé sigue soltera y yo soltero. Suelo ir por allá y me regalan cigarros escogidos... Doña Agapita ya no se ocupa del Gobierno, sino de las *sacas*. Ha sacado: tiene algo; yo estoy cesante; la llevo la contabilidad el

día que voy de visita. Su hija sigue mirándome con aquellos ojos como platos. La madre ya es mi amiga y me convida á comer. De tanto tratar á la pensionista, quién sabe si al fin seré su yerno!



DISTRACCIONES.



DISTRACCIONES.

¿Conoceis nada más insopórtable que un distraido ó uno que se distrae? Es decir, ¿habrá algo en el mundo más abrumador que un violín?

Tengo un vecinito—esto nada tiene de particular—alumno de la Universidad — tampoco esto tiene nada de particular—que cursa, con aprovechamiento, según dicen—esto sí que tiene algo de particular—no sé qué asignaturas; y el tal muchacho, tiene....—esto sí que tiene mucho de particular—una afición á la música, que afrentaría á Stradivarius ó á Paganini.

En cuanto amanece, el angelito de mi alma, coge el instrumento fatal y rasca que te rasca, hasta la hora de clase. Torna y dale que le das; come y de postre, zurra que te zurra. Llega la noche; me acuesto y creo oir entre sueños los mismos chirridos y el mismo tema. ¡Piedad!

Es un solista deshecho, el señorito de arriba, por eso está siempre solo con su máquina de guerra, que dispara diez mil sonidos por minuto. Toca de memo-

ria y á oscuras si es preciso. No necesita papel; ¡qué ha de necesitar! Le pregunté ayer, que cuándo se examinaba, y me contestó:

—¿De violín?

—No, de lo otro.

—Qué sé yo!

Mi esperanza de perderle de vista, ó mejor dicho de oído, en las próximas vacaciones, se ha disipado como el humo. No quería hablarle de sus estrépitos líricos, pero él me interpeló:

—¿Me oye V.?

—Un poquito!

—Pues mañana apretaré, para que me dé V. su opinión.

— Desde luégo, le digo que toca V. mucho.

— Gracias. Es mi distracción.

Tendré que cerrar las ventanas; ponerme algodones en la trompa de Eustaquio. Mudarme de casa. Dar parte á la autoridad. ¡Qué sé yo! Ya no voy á la ópera, ni al sexteto, ni á ningún espectáculo donde haya cuerda. Esa cuerda me extrangula. Ando, cómo, duermo, estremecido de miedo, con esa máquina infernal, cuyas vibraciones son para mí signo de terror, como el anuncio del cólera ó de un terremoto.

Pues tengo siempre al margen un sastre;—un buen sastre porque conoce el paño, —que se mete á poeta en sus ocios y viene á consultarme las producciones de su fecundo ingenio. También éste, dice que lo hace por distraerse de las ocupaciones de su oficio.

Compone leyendas y poemas, décimas de felicitación, epígramas y *doloras*. Y ahora trae entre manos una oda, para presentarla á un certamen que ha de verificarse con motivo de la apertura de un cuartel, y cuyo tema es: «la invención de la pólvora.»

Me ha leído lo que lleva—¡Dios santo!—Me lo ha leído y no puedo menos de confesar que aquellas es-

trofas parecen hechas á pespunte. Mide los versos por centímetros, el pícaro! y cuando describe las descargas de fusilería de los romanos, estremece de horror. El jurado tendrá que taparse los oídos, como me los tapo yo, cuando oigo el violín del otro.

Este poeta, ha figurado ya en algunas veladas. Después de velar en el taller, se pone una levita, fruto de su inspirada aguja, y se convierte en trovador de la buena sociedad.

Oigan Vds. nuestros diálogos:

—Narciso, ¿ qué se hace? ¿ Hay mucha obra?

—No, señorito: un drama.

—¿ De qué corte?

—No le corto. Le escribo.

—¿ Del día?

—De la noche. Por el día tengo que trabajar.

—¿ Digo que si es de frac?

—De casaca, porque acaba en boda.

—¿ Realista?

—No, señorito. Liberal. Me le haré en esta semana.

—Vamos, eso es coser y cantar.

Pasados ocho días, me lo trajo. No hay plazo que no se cumpla ni drama que no se hilvane.

—¿ Leo?

—Ahora no puede ser. Voy á salir.

—Mientras que V. se atusa y se pone el sombrero, suelto un par de escenitas.

¡ Y leyó! Eché á andar y él detrás; bajé la escalera, salí á la calle y él detrás. Ya no leía; se había guardado el mamotreto... pero no hay tu tía, recitaba un monólogo en octavas.

—Esas son octavas reales—le dije para descansar con la interrupción,—y me contestó:

—Reales ó nacionales: lo mismo da.

—¿ Quién es el que habla?

—El rey moro que viene de entregar.

—¿Pues que era sastre?

—La entrega de Granada.

—Ah!

—Vaya, señorito, no se burle V.; que más vale distraerse con eso que no robando.

—Es verdad.

—Oiga V. lo último:

Apurar, cielos, pretendo
ya que me tratais asi...!

—Lo mismo digo yo, pero eso no es tuyo. Eso sí que es robar y matar!

Voy á ver á mi médico, para que me pulse, pues me tienen febril las distracciones, y oigo dar gritos en su gabinete. El doctor estaba sentado, y su hijo, en pié, delante de él, ensayando un discurso que ha de pronunciar en la *Academia filosófica*. Me asombré de ver al chico de corto y con traje á la marinera, y pregunté al sonriente papá:

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—¿Y ya habla?

—Ya lo creo, y sabe de ciencias más que yo!

—Como dicen que el orador se hace...

—Cuando no nace hecho, como éste! Sigue, hijo, sigue, para que te oiga el amigo.

—Señores!—gritó el niño disponiéndose á encajarnos el discurso.

—Doctor—interrumpí—si V. quisiera tomarme antes, el pulso.

—Señores, desde los tiempos prehistóricos....

—Me siento malo, doctor....

—Las razas aborígenes!...

Y caí desvanecido en un sillón. El galeno echó mano á mi muñeca, y exclamó riendo:

—Nada, nada, aprensión. Salga V. al aire libre, y curado.

—Gracias. Á Dios.

—Pero, hombre, tanta prisa! Oiga V. hablar al chico y se distraerá, que él también lo hace por distracción....

No tuve aliento para contestar.

—Huyamos—exclamé.—Lejos, lejos. Aire! Aire!

La tarde estaba hermosa, como de otoño en Madrid. Subí á un coche, y dije al auriga:

—Al campo!

Entendió que á la Casa de Campo y en ella me dejó. Entré, corrí subí, lejos, muy lejos.... Ya estaba solo. En un sitio amenísimo, orilla al estanque, había un florido césped, debajo de un árbol frondoso, y allí me tendí. Pausa.

—¡Qué bella tarde y qué tranquila soledad! pensaba yo, contemplando al sol haciendo equilibrios sobre la línea del horizonte, y los cielos rubicundos y amarillos que tan sólo Velázquez supo reproducir. Y mis párpados se entornaron, vencidos por la suave delectación. De repente ¡plaf! un latigazo me arranca el sombrero, arrojándole al agua: una segunda sacudida me engancha el pantalón, con un garfio que me tira, y me rasga, y me lleva. ¿Qué era aquello? ¿Qué había de ser? El anzuelo de un pescador, que bamboleando me pescaba.

—¡Bárbaro!—grité.

Y un vejete mal trajeado, respondía:

—Dispense V., caballero; por sacar una tenca le he rasgado á V. el pantalón. Eso no es nada: lo tapa el gabán.

—¿Pero y mi sombrero?

—Aquí está—y me le presentó echando raudales de agua cenagosa.—Póngale V. á secar. Es cosa de un instante.



Y compadecido de su torpeza al ver su humildad, hicimos conversación.

—¿Se ha sacado mucho?

—Nada, y llevo aquí seis horas!

—¿Pero V. sabe pescar?

—Lo tomo por distracción. Yo soy relojero....

—¿Y tiene V. hora segura?

—No señor. Tengo seis hijos; un portal donde trabajo; mi suegra me da bastante qué hacer, y me vengo aquí, todas las tardes, á mudar de clima, porque en casa hace mucho calor. ¿Quiere V. distraerse un poquito, para ver si tiene más fortuna?

—No quiero pescar á V.....

—Gracias.

—Y me voy de aquí por no pescar un reuma, y porque detesto la distracción.

Y con aquellos pediluvios de cabeza y el pantalón prendido con alfileres, fuí á casa á restaurarme de tanta calamidad.

Llegó la noche. Doña Rita recibe los martes. Me instaba para que honrara sus reuniones de confianza. El martes pasado amaneció de mal talante. Miraba al cielo y le veía oscuro. La tierra me parecía una olla de grillos. Mi cabeza estaba así. Era que no tenía dinero.

Pero hoy tendí la vista sobre la mesa y me fijé en unos guantes de color de canario con cadenetas, que compré ayer. Me horrorizaron; pensé que era martes, recordé que Doña Rita recibía, y me dije:

—Apuremos la copa del dolor.

Á la hora convenida estaba en un piso tercero de la calle del Calvario. Conmigo se hallaban trece personas, entre ellas, una ama de cría con su rorro. Como llovía, la concurrencia no fué grande. Hubo un entreacto de murmuración: luégo silencio sepulcral, en la sala. De repente, pasa al piano el Sr. de Berrido, afi-

cionado que canta de bajo por distracción, y nos ofrece el aria de la *Norma*.

—¡Pobre Bellini, si resucitaras! ¡Desventurado auditorio! ¡Atroz doña Rita! ¡Vaya un modo que tienes de empezar!

Berrido soltó las válvulas de su torrente asolador. Disparó quinientos cañonazos: ladró, graznó.... Parecía que atravesaba la sala un vendedor ambulante con su asno, y que éste saludaba á la concurrencia.

Berrido era gordo, y grueso su timbre de mónstruo mal humorado. Soplaba, sudaba, hacía esfuerzos sobrehumanos por modular la voz, y á cada empuje, la casa se estremecía y todos temblábamos como si rugiesen diez leones á la vez. Por fin acabó! Respiremos: mientras que con los aplausos aumenta la confusión, y el alboroto turba el orden público, y el guiri-gay me enloquece, despierta el niño dormido, dando alaridos que completan el concertante feroz.

Dos señoritas tocaron después una pieza á cuatro manos, recuerdos de Rubinstein.

El piano recibió una paliza soberbia y el infeliz, no rechistó. Dieron las once. Empezó á disolverse la concurrencia. Doña Rita, cuando quedamos en *petit-comité*, anunció que había the.

—The! Esto más!

Conducidos al comedor, abrigué mi estómago con tres sorbos de agua de castañas y una galleta adornada con claraboyas, fabricadas por los ratones.

Después comenzó el baile. Como se ve, el the era *dansant* y nadie lo había sospechado.

Eramos tres mujeres, tres hombres y un anciano.

Me tocó bailar con doña Rita.

—Bailo de afición—me dijo mi pareja.

Yo no la pude contestar. Los movimientos de rotación de mi cuerpo, impulsados por la humanidad de Doña Rita, trabaron mi lengua, turbaron mi cerebro.

En el piano resonaba un ruido semejante al de la rueda de un molino.

—¿Qué es esto?—pregunté atolondrado.

—Polka, me contestó doña Rita, empinando el codo izquierdo, y sin dejar de dar traspieses, como si el the se la hubiera subido á la cabeza.

Todos dejaron de bailar prorumpiendo en atronadoras carcajadas. Yo pretendí hacer lo mismo, deseoso de conocer el motivo de aquella algarabía salvaje, pero no pude; los brazos de mi pareja me sujetaban á manera de manubrios. Me hallaba desvencijado: iba á sucumbir por asfixia, cuando el pianista suspendió la música. Doña Rita se desasió de mi flexible cuerpo, y falto éste de apoyo, caí cuan largo soy sobre la modesta estera de cordelillo.

Al volver en mí, comprendí toda la inmensidad de mi desgracia. Con el sudor de Doña Rita, se me habían desteñido los guantes, y á ella la tela encarnada de su vestido. Yo me había llevado la mano derecha á la frente, varias veces, embadurnándome el rostro con los colores de mis guantes y del vestido de Doña Rita.

Esta me dijo al verme limpio y calmado ya:

—Lo conozco; bailo de afición y le he dado á V. un mal rato.

Yo renegué una vez más de las aficiones perjudiciales, de las distracciones molestas, y huí á descansar.

Al día siguiente me convidaron á una becerrada. La *venta de la Tuerta* era el lugar escogido por la buena sociedad para revolcarse á su sabor. Los billetes decían:

Juerga del dia... etc. Fuí á la *juerga*, para conocer el género de la diversión. Héroes embozados en la penumbra de un burladero sacaban, con cierto rubor, la punta del sutil pañuelo de batista, desafiando la admiración pública. Otros enronquecían con finos denuestos. Las damas chillaban, no por costumbre, sino por

prurito de imitación. Todos iban á distraerse, y yo temía el resultado de la diversión.

El trapo excita la furia de un toro de catorce meses. Está constipado; estornuda y los diestros salen de estampía, dándose con la nariz en las tablas.

Lanzan al bichillo, una traidora banderilla que se le clava en el dorso, y el aprendiz de fiera exhala un rugido de santa indignación. Sus verdugos le tratan con desdén, y el que más y el que menos, hace la consabida *plancha*. Quiñones *el zurdo* es el primer espada, y al oir respirar á su víctima, se sube al burladero y dice que no baja ya! ¡ Oh, insigne aficionado ! ¡ Si el mundo te contemplara ! Pero ya te contempla la sociedad *flamenca*, en cuyo honor se ha dispuesto aquella gira. Estás á la vista de cien ojos, de esos que encienden un farol.

El becerro deja á otro en mangas de camisa, y si se descuida vuelve á casa enseñando el faldón. Rufina y Nicolasa, ya las conoces, ya las conocemos, aunque se tapen la cara con su abanico magno, turbadas por el rubor de verte en tal estado.

El torillo jadeante se arrellana sobre la removida arena. Un desconocido grita:

—Dadme la espada ! Le voy á descabellar!

Pero no habiéndola á mano, le dan un revólver de seis tiros, los cuales dispara sin interrupción, después de que el toro había exhalado el último suspiro.

¡Grande ovación ! ¡ Corta pero heróica ha sido la jornada ! Muerto el perro, acabó la rabia. El diestro se serena: arranca la moña del lomo del difunto y se la ofrece á la Marquesa del Mirto, que presidía la función.

Este aficionado, lleva una divisa por corbata. Come carne de toro. Tiene á la cabecera de su cama, la testa disecada de *Mascarito,* cornupeto que dejó á tres hombres tendidos en la plaza. Se deja coleta y dicen que quiere ajustarse para Buenos Aires.

Al finalizar la fiesta, una chula capeó á la verónica, al último becerro; capeó á los toreros y gracias á una caricia de su antagonista, enseñó á todo el mundo, algo que tenía muy buen ver.

Genarito dió el cachete con mucha serenidad, porque de igual suerte sirve para abogado, como para periodista, y como para matador. Su principal oficio es el de rico. Su padre ha sido nombrado senador, por hallarse comprendido en la condición 397 del artículo 498, título 599 de no sé qué Constitución, y como cuenta con las simpatías del gobierno en el distrito H, y además ha adquirido en él una fortuna de bienes nacionales, se dirigió á su hijo único, en estos términos:

—Hijo, es menester que pienses en algo: no tienes afición á nada útil: ensáyate, preséntate; yo te presento. El ministro telegrafiará; el gobernador dirá que sí: los electores no dirán que no. Hijo, vas á ser mi padre, porque yo formo parte de la patria y tú vas á ser el padre de ella.

Y el niño se aficiona á ser político por pura distracción, y gasta ocho ó diez mil reales en pagar piensos para sus electores y en tapar algunos descubiertos en que se hallaban con la Hacienda de la provincia, y el acta viene, y se aprueba el acta, porque las doscientas protestas que traía se discutieron antes de empezarse la sesión.

Al otro día el joven aficionado jura y toma asiento y vota con la mayoría.

Al mes vota en contra y pronuncia discursos sobre Marina, sobre Hacienda y sobre las cuestiones de Ultramar, y pertenece á diez comisiones y combate las actas de cuantos aficionados se presentan, y le cuelgan varias cruces nacionales y extranjeras y funda el periódico *La Independencia*.

Ved á uno de sus plagiarios, convertido en periodis-

ta de afición. Allí agota los términos y las frases de cajón, inventadas para la prensa.

La *legalidad existente*, el *turno pacífico de los partidos*, la *abstención*, el *dualismo*, los *problemas trascendentales*, el *lecho de Procusto*, la *espada de Damocles*, la *salud de la patria*, *¡risum teneatis!* Y aquello de las *situaciones correctas*; los *periodos deficientes*; las *logomaquias*, etc., etc.

Se estira, se engríe, porque otro diario ha copiado un artículo suyo, calificándole de notable; se lanza á la calle, al paseo, al teatro, en busca de plácemes y conquistas; la vida le sonríe.

Habla con una dama, la cual se queja del polvo que hay en paseo, y mi héroe exclama:

—Déjelo usted; yo daré una paliza en el periódico al alcalde.

Un amigo se lamenta de que en tal Ministerio no le despachan un expediente, y el aficionado le dice:

—En el número de mañana publicaré un suelto contra la Administración de este desgraciado país.

Su mamá exclama, al volver á casa, de una visita.

—Hijo, en la acera de esta calle hay una losa levantada y por poco me caigo.

Suelto contra las aceras de Madrid.

Le escriben del distrito, que no reciben con puntualidad el correo.

Suelto contra los correos de España é islas adyacentes.

Se le queja su novia abonada á dozavo turno, de que en el Teatro Real no dan variedades á las óperas.

Suelto contra la empresa, pero suave, para que no retiren la butaca.

Que llueve demasiado...

Suelto.

Que hace mucho calor...

Suelto también.

Sueltos para todo. Plumadas estériles; voces perdidas en la inmensidad.

Así nos distraemos. Hagamos un aparte de los deberes y las obligaciones, y pase todo por pura diversión de la vida.



ARIA DE SOLITA.



ARIA DE SOLITA.

Pálida de blanco cera; labios de hojas de clavel; dientes de nácar puestos á compás; ojos rasgados á pluma, circundados de un óvalo azul, vulgo ojeras: orejas pegaditas que despiden rayos; cabellos de ébano indolentemente acomodados y prisioneros de redes invisibles; frente estrecha y cubierta de díscolo flequillo; leve mechón que baja en forma de patilla. Alta con ayuda de triples tacones; pié traído del Imperio celeste; seno prominente; talle del *Corsé nupcial*. Tal es Solita que ha gastado ya el azogue de muchos espejos y tiene almacén de tohallas de Venus y de cofrecitos de belleza.

Pasó el tiempo en que de todo carecía, y hoy parece que con menos trabajo mantiene á mamá, y la lleva muy decente, con trajes cumplidos, túnicas de encaje, sombrero de pluma blanca como los capitanes generales y guante de quince botones.

La hija sale que no hay más que pedir. Hecha un mar de lujo, sacando el pié, el talle y la caja de los

dientes cuando sonríe por casualidad, que parece su boca banco de perlas y sus carrillos con hoyitos nidos de amores. Ver á Solita arrastrar gró como si fuera percal, llevar botitas de diez duros, pañuelo de la mano de dos mil reales, cinturón de plata, y reloj de forma de corazón, grande como de Abelardos ó Manriques, y rico como de Cresos y Rohstchildes, es lo que hay que ver.

Solita, ello lo dice, es sola, con doncella, mamaíta, cocinero y lacayito, y claro es que con el lacayito viene el coche y delante, los caballos rusos, á la última, y detrás la *berlina* ó la *victoria-mylord,* y dentro Solita, siempre de non, porque la mamá sólo sale á la compra con el cocinero, para no perder la costumbre que tenía de ahorrar, cuando su esposo era portero del Banco.

¡El aria de Solita es tan interesante! ¿Cómo una joven tan solita puede hacer todo eso? Cierto que tuvo una máquina Singer que hacía mil pespuntes por hora y otros primores; pero ya hace tiempo que la tiró por la ventana, porque aunque haya un refrán que diga: «Cose que te cose se llega pronto al coche» nunca creyó en él.

Solita está abonada en el *Real* y en la *Zarzuela;* en la *Comedia* y en los *Toros;* en las *Carreras* y en el *Tiro de pichón;* se ve que está abonada á muchas partes y que es abonada para asistir á todas ellas, siempre solita la pobre, porque mamá padece de la cabeza y se retira temprano. Pues nuestro tipo va al teatro deslumbradora, con vestido de *raso Radamés*, chorreras con *puntilla Duquesa* y abanico pintado por Meissonier; siempre á palco platea, con gemelos de oro y eso que tiene unos ojos como platos, que hablan mejor que todos los oradores habidos y por haber, desde Demóstenes acá.

Ella no tiene compañías malas ni buenas; ni mira

de frente; ni toma posturas que no sean dignas; su majestad es proverbial. Solita ha nacido para pensar y vivir sola, para ser única, mimada, observada, admirada y comentada; para burlar y atraer á los hombres é intrigar á las mujeres, cuando va á la *Castellana* y al *Retiro* arrastrada por su *victoria* lánguidamente



reclinada en un almohadón oriental; con sombrero de *fieltro flamenco*, primer ejemplar, forrado de *raso oro-viejo* y con un *motivo* de faisán dorado encima, y volando como águila que no se comunica con los pajarracos de la tierra. Siempre esbelta, olímpica y deslumbradora y siempre muda como la estátua de Pigmalion, antes de echar á andar.

Solita en la *Opera*, rara vez aplaude, como no sea

al tenor; el verso no la agrada si no es el de las comedias que hacen reir aunque ella no ría, por no perder la postura. En los *Toros* ya es otra cosa: cuánto más movidos, para ella son mejores, y si salta alguno la barrera, salta ella de contento, rayando en frenesí su admiración cuando el espada descabella, lance que agita sus nervios y saca de quicio su formalidad. Pero se contiene mucho Solita, y nadie será capaz de advertir las impresiones que pasan por su corazón. Este es un dige que guarda con siete llaves, en lo más recóndito de su pecho, cuando no se le deja en casa para evitar compromisos.

Á veces echa un párrafo con él y suelen salir mal.

—¿Qué tienes? — dice ella.

— Escalofríos — contesta él.

—¿Por qué no te fijas?

—Por no disgustarte.

—¡Embustero!

—¡Me has hecho rodar tanto!

—¡Tú á mí!

—Sufro mucho con los tratos que me das.

—No lo creas.

—Cuando me asomo á las ventanas de tus ojos ó á tus labios, me das un bofetón.

—Ya te he dicho que te duermas y que no te metas en honduras.

—¡Estoy enfermo!

—Pues no hay médico: ¡muérete!

—Pues yo me quiero ir con el General.

—Pues su espada no pincha ni corta, y no te irás.

—Con el Conde.

—El Conde que no paga no es el verdadero Conde.

—Pero te ama.

—¡Ja! ¡Ja!

—¡Desdichada! ¡No tienes bello ideal!

—Sí.

— No le veo.

— Duerme y calla, corazoncito; duerme, niño mal educado, que mientras tanto él vendrá.

Y el corazón de Solita, tiritando, se envuelve en su pericardeo, y se acurruca diciendo: ella me buscará! Pero á Solita se le pasa el tiempo sin pensar que tenga ese estorbo dentro, y sólo piensa en lucir y gozar. Todos los días da un paseito por el mundo y vuelve satisfecha de sus impresiones. Es admirada, codiciada, libre, independiente, reina de sus acciones; y su soledad y apartamiento de las gentes, si inspira lástima, ella la convierte en sustancia y cree que despierta interés. — ¡Cuántos amigos tendría yo si los quisiera! — se dice — pero entonces no podría gozar del dón de mi voluntad. Todos me envidian de lejos; esta es la suprema felicidad. — ¿Quién discurre de esta suerte á los veintitres años? La mujer destinada á competir con la mariposa. Así es Solita y no se arrepiente de ser así.

Solita no se ocupa de nada, porque los cuidados y las cavilaciones la atacan los nervios, y porque está delicada de salud, muy delicadita, por lo cual tiene que ir todos los años á Ontaneda, á San Sebastián, á Biarritz, á disfrutar de las caricias del mar y de los halagos de la



vida del *Cursaal* y del *Grand Hotell.* Tampoco va mamá con Solita á estas excursiones, porque no ha entrado en ciertos trotes de la vida; porque vive retraída de las costumbres del gran tono, y porque Solita suele irse más lejos; á las orillas del Rhin ó más allá. Se distrae con encargos, compras, modistas, chucherías y caprichos: estos son sus hijos, sus deberes, su constante preocupación. Frecuentemente recibe cuentas que paga con la más rigurosa puntualidad: el comercio danza á su alrededor; no hay tienda en que no sea conocida, ni dama de alto bordo que sea más mimada. Hasta encontrar un título, con ser la señorita de Almendro le basta.

Al verla abstraída en su propia individualidad, el mundo desocupado que pasa el tiempo haciendo frases y disparando epígramas, la puso por mote, *la aburrida.* Pero ¡bah! Solita frunce los labios con el más supremo desdén y guarda sus saludos y sus palabras para mejor ocasión. No hay plática sabrosa ni diálogo posible con una mujer reconcentrada en sí misma y que hace del misterio su primera necesidad. Sus criados no la hablan: mamá suele atreverse á darla los buenos días: con el lacayuelo bromea cuando está de humor. Su vida íntima es esta: levántase á la una de la tarde; péinala la peinadora; se asoma al mirador; se viste para escribir una imprescindible carta diaria, en papel perfumado. Almuerza á las dos, siempre sola; enreda en el piano; canta á media voz; hace monadas al canario; vuélvese á vestir; manda enganchar; da un vistazo á las tiendas; se exhibe en los paseos; come á las ocho siempre con buenos manjares y poco apetito; toma el café y un dedalillo de *Chartreuse* ó *Hendaya verde;* dormita sobre una mecedora; vase al teatro que la toca; y en tanto bien podemos enterarnos de la fisonomía de la mamá.

Mamá, Doña Cirila, es un compuesto de ama de





llaves, marmitón y sátrapa, sin la dignidad de los de Persia. Gasta quevedos y no la abandona la papalina. Sus cinco sentidos, torpes para la mayor parte de las cosas, los tiene puestos en la chica: en viéndola siempre en bandeja, recortada de un figurín, nuevecita por fuera y desparramando abundancia, cree que lo tiene todo y que no necesita más. El marido de Doña Cirila fué un menestral que sólo ganaba para sustos ó para deudas, y cuando le sacaron una portería y la niña vino al mundo, la madre con la perspicacia propia de un Licurgo ó de un calculista, dijo á su pariente. —No te apures, que esta chica nos va á salvar.—Almendro murió antes de echar flores, y su viuda, encarándose con los diez y siete años y los ojos negros de su hija, parece que quiso decir: ¿qué hacemos? Solita tuvo ocasión de enamorarse de un joven que la requebraba, pero no lo hizo por antipatía á la blusa azul. Ella veía las botas de charol, de color de rosa, porque mamá llamaba sucios á los hombres que no llevaban pechera almidonada con chispas de brillantes. La señora Cirila machacaba al oído de su niña:—Hija, para poca salud más vale morirse.—Y Solita contestaba: —¿Pan para hoy y hambre para mañana? ¡Disparate! Otras se casan para ser ricas; yo he de hacerme rica antes de casarme.

Pues Doña Cirila con sus marrullas de arbitrista y sus consejos de vividora, ha conseguido que su niña sea rica ó á lo ménos que lo parezca. Porque, vamos á ver: ¿qué le falta á Solita para ser feliz? Esto piensa Cirila todas las noches, mientras la silenciosa ninfa se sienta en su *boudoire* para que su madre y la doncella

la arreglen el tocado. Deslumbrada con la grandeza que á Solita rodea y con los resplandores y perfumes que la inundan, exclama para sí:—¡No hay señora más señora en todos los palacios del mundo!—Y al contemplar su descote, sus joyas y la cola que llena la habitación, una sonrisa mefistofélica se desliza por su semblante. Solita sale derrochando esencia de *heno* ú *opoponax* y á Doña Cirila se la sube el mareo á la cabeza, hasta el punto de decir á la doncella:

—No hay reina que no se muera de rabia al verla. Á su lado, todas las mujeres parecen trapos viejos. Ella no quiere que la acompañe nunca, porque su mamá no haga un mal papel, y yo apenas la hablo porque no se la pegue mi modo de hablar. Pero bien sabe la hija de mis entrañas, lo que he tenido que hacer para verla de ese modo, y para que tenga una posición tan bonita! Porque lo cierto es que no carece de nada, que tiene, como decirse suele, el riñón bien cubierto; que es conocida lo mismo aquí que en París de Francia; que la bailan los hombres y que las mujeres la tienen sin cuidado. Pero ella, tú lo sabes que la conoces de cerca, no hace cara á nadie; no mira á ningún chuchumeco, y lleva á escape el coche para que no reparen en ella. Lo que es buena, lo es: tiene el genio un poco vivo, pero se le pasa; un poquillo de orgullo, es natural: una chica que se ve halagada y que si se le antoja, pongo por caso, el sol, no tiene más que abrir la boca y el sol baja... ¡claro!

—Me gusta tanto la señorita, que siempre la estoy mirando con la boca abierta. Lo que es, que no gasta palabras en balde; dice lo preciso, y hace siempre lo que quiere y los demás también. Cada semana me regala un vestido porque todos la cansan.

—No tiene nada suyo.

—La ropa blanca se la pone una vez y manda que me la guarde para cuando me case, y eso que, según

dice, debo hacerlo lo más tarde posible, porque los hombres...!

—Los conoce muy bien!

– Yo lo creo!

—En mi tiempo se criaba á las chicas jóvenes, poniéndolas un tapón en los oídos y una mordaza en la boca. Mi madre, que esté en gloria, me cascaba cuando alzaba los ojos del suelo, pero los tiempos cambian y las mujeres de ahora están *al pelo!* Mi Soledad, antes de dedicarse á la costura y al bordado, ya conocía dónde le apretaba el zapato. Á los quince años ya sabía más que yo y más que su abuela, y era un gallo en el taller. Tenía entonces una labia que ya, ya! Así la andaban siempre media docena de tipos al retortero; pero nada, ni por esas: ella firme que firme y más tiesa que un cardo. Yo la dejaba hacer y andar suelta por el mundo, y así ha salido ella de maestra, con un barniz que da gozo, y sabiendo más que todos los libros sin haber leído ninguno.

—Esa es la gracia.

—Pues porque hay ya mujeres como mi hija, que dan cien vueltas á los hombres, se ha puesto en moda eso que llaman la emancipación, y que ellas se entiendan y bailen solas, como Solita.

—Yo también quisiera ser libre, pero lo malo es que no sé leer.

—¿ Y eso qué le hace? En treinta lecciones aprendes como mi chica, y muchas hay que figuran, aunque les estorbe lo negro; verbigracia, yo, que he dado carrera á Solita, y no sé el á. é. í. ó. ú.

—¡ Jesús! las doce.

—Anda y prepara el thé y atiza la chimenea, y enciende el pebetero y pón los periódicos, y da cuerda á la caja de música, y vete.

Y Doña Cirila murmura:—Yo bien sé que á la chica la falta algo; pero, qué diantre! Tiene salud y dinero

que es lo principal. Ahí está el coche. El portero toca el timbre.

Solita se quita el traje de teatro y se viste de *negligé*. La mamá y demás familia de domésticos, se metieron en sus madrigueras. Descansan. Silencio sepulcral. El lacayito atisba. Solita recibe á tales horas, contestación á la carta que escribe por la tarde. Óyese un ruido



apenas perceptible y luégo una tos seca, de asma veterana, y vense unas piernas largas que sostienen un cuerpo acartonado, una cara difícil adornada de pati-

llas de bolero jubilado y un sombrero de copa de chimenea con muchos humos.

¡ Es él !

¿ Quién ?

El banquero de Solita, que viene á que ella le ajuste las cuentas: el encargado de construirla un *Hotel* con vistas al *Retiro:* el amo de las cargas.

El aria aquí se convierte en dúo. Ella exclama al verle:

—¡ Por fin tengo con quien hablar !

Y se lo cuenta todo, es decir todo lo que no calla, y él se explica y suelta el bolsillo del chaleco ; y toma *thé chino* escalfado... ¡ Música ! El dúo no se silba porque se canta entre telones.

Pero la noche avanza y llegan las últimas miradas, los saludos :

—¡ Hasta mañana, encanto mío !

—¡ Adios, perla!

La puerta se cierra, despide el bulto y todo vuelve al silencio, y Solita á quedar ¡ tan sola ! Suspira fuerte y su corazón despierta :

—¿ Qué quieres ? dice ella.

—¿ Por qué me has hecho suspirar después y no antes ? responde el corazón.

—¡ Calla ! Y la dama se mira al espejo iluminado por la luz del gas; lanza un rugido sordo y el corazón grita:

—¡ Me ahogo ! Me falta aire respirable, en este vacío. ¿ Quién me oprime ? ¿ Quién me hiere ? ¿ Quién me mata ? ¡Tu rostro se ha descompuesto ! ¡ Qué horrible estás, Solita ! ¿ Qué te espanta ?

—No te asustes, tontín! Ya se me pasó. Era una sombra. ¡ Estaba á solas con mi conciencia !

Y Solita se fué á dormir lanzando una carcajada !

Al mismo tiempo oíase un sonido estridente, que parecía el lamento de un ave de rapiña.

Era el ronquido de la mamá.

LOS TRABAJADORES.



LOS TRABAJADORES.

QUÉ es de usted, amigo Parladeras?

—Calle usted, hombre, siempre estoy tan ocupado que no tengo tiempo para rascarme ni para advertir si me pica ó no me pica! ¡Buena vida lleva uno con tanto traginar; siempre dando vueltas á la noria, siempre arañando en duro y en blando, siempre de cabeza, como dijo el otro. Figúrese usted!

—Me lo figuro. usted gana mucho dinero!

—¿En qué se me conoce?

—En el aire.

—Ese le tomo en grande!

—Ningún hombre de negocios ha sufrido nunca la polilla. Es un oficio muy libre y muy bonito!

—¡Como que es el gran recurso del día! Pero, amigo, la vida es mala. Verá usted lo que yo hago. Me despierto temprano, á eso de las diez. Me trae el chocolate la portera; le tomo y vuelvo á dormir otro ratito. Me levanto, me afeito, me visto, y leo el periódico. Echo de comer al perro y á las perdices...

—¿ Es usted cazador ?

—Las tengo para distraerme del trabajo. También tengo una cotorra, que está todo el día diciendo: —¡ Pido la palabra ! —y echo con ella mis párrafos. Á eso de la una, llama la portera, almuerzo, me visto...

—¿ Cuántas veces se viste usted ?

—De casa y de calle. Después me hago el café. Escribo á mis comitentes, cosa en que empleo unos veinte minutos, y salgo.

—Al fin salió usted.

—Encuentro algún amigo que me habla de negocios; ya sabe usted que aquí se habla mucho de eso; tropiezo con algunos, que me consultan otros : entramos en el café, donde se toma una copita de ron y marrasquino. Las tres: hora de Bolsa. Vamos allá; ahora se hace poco. Salgo : hago corro ; entro, vuelvo á salir...

—¡ Qué actividad !

—Voyme á la notaría de otro amigo ; de allí á casa de Girón...

—¿ El duque de Osuna ?

—Un sastre con quien tengo negocios.

—¡ Ah !

—Subo á casa de mi prima, que me coge al paso : la doy cuenta de mis operaciones ; bajo, subo á la tribuna del Congreso, si no hay apreturas; salgo, y de un salto, al 30 y 40.

—¿ Hay 30 y 40 á esas horas ?

—Es que voy á los números 30 y 40, de la calle de Atocha.

—¡ Ah !

—Ya estoy de vuelta, en la Puerta del Sol. Me coloco á la puerta de la Lotería y allí opero.

—¿ De cirujía ? ¿ Saca usted muelas en algún carricoche ?

—Operaciones de crédito.



—¡Ah!

—Luégo como en cualquier parte: con los amigos, en el Café, ó donde me pilla. En casa, rara vez. Tomo algo frío ó caliente, á la carta, pues no tengo tiempo para más. Se viene la noche encima, y al Bolsín, donde ando de acá para allá, oyendo ofrecer millonadas que nadie quiere tomar; charlando de corro en corro: recogiendo las últimas... abriendo y cerrando tratos; se hace poco; salgo y...

—Entra usted en alguna parte á descansar.

—Justamente. En casa de mi prima que me coge al paso: después al *Café flamenco*, donde estoy desde las doce hasta las dos ó las tres de la madrugada, único rato que tengo para despejar la cabeza. Allí canta el *Chucho*.

—Un perro.

—No, un hombre. Y baila la *Maruca*...

—Una gallega.

—Andaluza. Ceno un pedazo de cualquier cosa, con una botellita de vino de Rueda y á la cama. ¡Qué vida, amigo, qué vida!

—¡Atroz!

—¡Un trabajo continuado!

—Sobre todo, el de la velada *flamenca*.

Oigamos á otros trabajadores.

Por la mañana:

—¿Dónde vas?

—Á la peluquería; á comprarme guantes. Estoy muy ocupado; abur.

Por la tarde:

—¡Oye!

—Voy de prisa: detrás de aquella!... ando de *flaneo:* no puedo detenerme, abur.

Por la noche.

—¡Cochero, cochero!

—¡Eh! ¡Carlillos! ¿Dónde vas? Espera.

—Chico, he llevado un día de trabajo bestial.—*A Variedades.*—¡ Abur!

Y le da con la portezuela del coche en las narices, rodando como moneda que lleva el diablo.

Es un día de Enero, cerca de las doce y cerca de una tapia inmediata al Portillo de Gilimón. Juan Parranda la sostiene, con alguna debilidad, porque esta es la bendita hora que no ha entrado nada caliente en su cuerpo, y no teniendo que tomar, toma ese sol tan hermoso de Madrid, que no cuesta un cuarto.

Mirad y vereis como es Juan Parranda, aunque antes anticipe noticia de su estado... casado, á juzgar por los tres chicos, varones, rollizos y descalzos que le trajo su querida Basilisa.

Juan lleva gorrilla de cachos, forma de seta; chaqueta enfundada de blusa; pantalón azul, percal desvanecido; alpargatas con chapas: cara risueña con un chirlo y una cinta de bigote; pelo pegadizo sobre las sienes, y voz de carraca clara. Gasta, además, tos fuerte, y en nariz, carrillos y manos, parece que se ha dado blanquete. No temais; es el yeso de la obra.

De más está añadir el oficio y beneficio de este ciudadano... Se me olvidaba: lleva un taleguillo colgando de la mano izquierda, que contiene una cazuelita con dos pedazos, uno de pan empedernido y otro de queso paisano de D. Quijote.

Hablan Juan y un guardia de órden público.

—¡ Qué día tan *manífico!*

—Calla, que da ganas de tenderse á la sombra de un árbol.

—Si no fuese por la obligación, bien me divirtiese.

—Chavó! Mira que tu trabajo rompe costillas. Todo el santo día paseando la *cera.*

—Y tú poniéndote á solear.

—¿ Que no trabajo? ¿Que no? ¿ Pues y este taleguí-



llo y este traje? ¿Cuándo te has caído tú de un andamio? ¡Lo más de un nido!

—Eso quédase para los pájaros como tú. Yo de prisa y corriendo á la taberna porque chillan. Baja á la *Prevensión;* sube al Saladero; anda á la *Especión;* corre á la Casa de socorro y fastidia, que para eso ganas *onse* duros al mes. Y si algún *beode* te *atisa* un lapo, al conducirle, como aquel que tú me arrimaste en el cogote...!

—*Camará*, ya me acuerdo. Buena la tomé yo aquella tarde. Llamaba al Rey de tú! La culpa la tiene el trabajo, que por criar fuerzas eché unas copas y me llevasteis al cepo. Si llego á estar en mi juicio, cualquier día me atan y me dan á *goler* botica.

—*Amoniaque!*

—Del primer gaznatazo, tumbo al médico, te tumbo á tí y á mi *pare* que hubiera *salío*: ley!

—Juan, á la ley no la tumba nadie! No desacates á la *autoridaz*, que te formo una *somarie!*

—Pues yo tengo derecho al trabajo, ó es mentira lo que dice un libro que me han *regalao*, y hoy me han *despedío* de la obra porque fuí tarde, y voy á rebañar una oreja al sobrestante.

—Así me caerá que hacer, porque *estes díes* hay *poques gofetades, poques riñes*. Desde el miércoles de *Sardine*, no he pisado la Casa de socorro. El pueblo está tranquilo. Ni un *navajáse;* ni una herida; ni una *confusión*....: ni un mal asiento.

—¿Serás bárbaro? ¿Cómo quieres que el pueblo tenga asientos si no come?

—No come, cuando no trabaja.

Á esto, se acerca otro obrero en huelga.

—No hay que incomodarse, caballeros. Pago unas copitas.

—¿Copitas? Yo no las bebo de uniforme.

—Las jugará, Juan, conmigo, al tejo, y si salimos á

guantás, tú harás la vista gorda. Por ahí abajo, están el *Perdigón*, el *Nacleto* y otros, tirando á la barra. *Zamarrilla* y el *Careao*, cobran el barato á los chicos, junto el Gas, y toda la gente del barrio, está al sol. Los obreros no hemos de ser menos que los señoritos. La *Inacia*, no ha ido hoy á la fábrica, porque al ver el día metió el puchero en una cesta y se ha ido con la familia al primer Molino. ¿ *Verdá* tú ? añade dirigiéndose á una moza cruda, que viene con el mantón colgando.

— ¡ Uf ! Estoy frita. Vengo de en casa del *Aprovechao*, de empeñar este pañuelo, y no da más que diez reales! Mi marido está todo el día *tumbao* en ese trigo: en casa no entra un céntimo: lo poco que hay se gasta en los novillos. Yo no puedo lavar un mal trapo, ni dar una planchada, por los dolores de caderas. La familia menuda, anda en cueros, y pide pan, y.... consideren *ustés* de qué color tendré la sangre! negra, como el terciopelo ! Esto da ganas de llorar ó de hacer embutidos con la carne de los.... me callo !

— Hace *usté perfetamente*, *Señá Recargá*,—dice Parranda.—Hay que tirar de la lengua *pá* dentro, porque aquí todos somos obreros y....!

—¿Obreros? ¿ De dónde? De acá, y enseña una sarta de dientes, comparada con los cuales, resultaría oscura la nieve. Pues el que no trabaja no manduca. Si llueve porque no hay jornal, y si aclara, porque *ustés* le tiran. De noche empinando el codo, y de día soltando quina á los hijos y á la mujer. Calle *usté* hombre, *callusté*, que esto parece una ciudad de déspotas y de amos de España !

Al terminar su elocuente discurso, la *Recargá* pasa la bocamanga derecha por el lagrimal izquierdo, y recoge una perla de todos ignorada, pues nadie cree que llora de veras, sino que le fluyen los ojos, por tenerlos malos. Echa á andar, sin despedirse, en busca del

pariente, y los demás interlocutores prosiguen su tarea de perder el tiempo, por obligación ó por capricho.

Por allí corren unos caballos relucientes como el azabache; un tronco soberbio conduciendo un faetón descubierto, y encima una dama, mejor dicho, una niña, fina, pálida y elegante, y al margen, un poco más alto, un caballero que lo parece y que debe serlo, aunque no lo sean todos los que van en coche, porque un caballero de los más elevados, se hace á veces, de unas botas lustrosas, un sombrero nuevo y una camisa bien planchada. Un hombre que trabaje para el bien, es más difícil de construir.

Como el día se despide, el caballero fustiga á los caballos, pues la dama siente frío, y él no entra en calor. Tal pareja forma uno de nuestros conocidos matrimonios: los señores de Moral, heredero él de un apellido, y ella de una fortuna que se va gastando de puro traqueteada. Tuvieron el capricho de salir por la Ronda á descansar de sus quehaceres y á presenciar el ejercicio del trabajo que enaltece á las clases proletarias.

—Por aquí parece que había muchas obras, dice Moral, y ella:

—No veo más que gente de paseo.

—Como está tan buena la tarde...

—Se nos ha ido en un soplo! Yo quise bordar, tocar el piano, repasar á la niña el francés, ocuparme en algo, pero imposible! Tuvimos dos visitas: las de Pleites, que no tienen otra cosa que hacer y se eternizan contando historias, y los de Manchón que venían con ánimo de dejar tarjeta y se encontraron con que yo estaba! Entraron y salieron, porque llevaban lista de diez visitas más: vino mi modista con prisa porque tenía mucho que hacer, y se estuvo dos horas, pues nos entretuvimos en el acuario mirando á los peces y diciendo:

—¿En qué consistirá que estos animalitos nunca hacen nada?

Á esto vino el lacayo anunciando que me esperabas, porque esperaba el coche y... ¿Querrás creer que casi siempre me sucede lo mismo? Se pasan los días y los meses, faltándonos tiempo para todo!

—Y el caso es que vivimos de prisa!—Moral sacude un latigazo y los caballos vuelan.—Ya no trabajan más que los caballos y eso porque se les castiga!—El látigo vuelve à hacer zic! zac!

—Mira que pueden desbocarse!

—Holgazanes! Quiero llegar antes de la hora de correo. Hoy no he escrito á nadie: no he visto un periódico; no sé dónde tengo la mano derecha, ni para qué me sirve.

—Para manejar el látigo.

—Me acosté à las tres de la mañana y me he levantado á las tres de la tarde. Leonor, vivimos á escape y no tenemos un segundo que dedicar á nuestros intereses. Hacemos la vida que hemos aprendido, sin pensar que hay un molde de vida nuevo.

—Pero ¿cómo hemos de dejar el mundo? Después de todo, maldita la necesidad que tienes de trabajar. Mi padre trabajó para mí y para mis hijos... No te preocupes.

Moral respiró de una manera que parecía suspirar. Llegó el carruaje á la puerta del Hotel, y de un salto, los jóvenes esposos, á la dorada y ardorosa chimenea.

—Deliciosa!

—Deliciosa!

Y siguieron hablando mucho, llenando su diálogo esas cosas frívolas y hueras que dicen los que no tienen ó no encuentran nada importante de qué hablar. Chismecillos de familia; el criado que harta, con sus faltas; lo que se dice en el Casino y en la Cervecería; sucesos vulgares. Y quedáronse dormidos en el muelle

diván, hasta la hora de comer, cansados de pensar en lo que no habían hecho y en lo que al otro día debían hacer.

Ciertos acreedores del joven capitalista, poco escrupuloso en deudas del juego y en algunas otras deudas, pues las deudas suelen ser los mejores adornos de la más elegante sociedad, intentaban armarle una celada, y fueron de consulta, al Centro jurídico, viendo á la puerta este letrero: «Horas de despacho: de 9 á 10 de la mañana.»

—Bonita hora de despachar!

—Tan lejos y tan temprano! Gente que madruga, ya vés lo que podrá dar de sí!

—Sesenta minutos de audiencia, al salir el sol!

—Primero se pierden nuestros créditos!

—¿Si habremos equivocado la casa? Mi procurador, me dijo que había un zapatero en el portal.

—Mi esposo, sí señor, replicó la portera.

—¿Está trabajando?

—Si hoy es lunes... Pues mire usted, aunque me esté mal el decirlo, trabaja lo mismo que un león, salvo los lunes y los martes que siempre los crispines los celebran; los sábados por ser vísperas, y alguno que otro jueves para descansar.

—Y eso, sin contar las fiestas...

—Ya se sabe. Cuando era labrador, en nuestro pueblo, aquí cerquita de Madrid, era al revés, trabajaba los lunes y los martes, porque allí, el grano, nace solo. Menos trabaja el hijo que tenemos en la *Derupción* de la *Destrucción* del Ministerio de Fomento, que va á la una y sale á las tres y media, porque el trabajo de adentro, como él dice, no puede compararse con el de afuera, y un escritor...

—Dirá usted un escribiente.

—Lo mismo da. El caso es que tiene que pensar bien lo que hace, que para eso gana todos los días cuatro pesetas!

Mientras la portera ponderaba las cualidades del chico, éste, como todos los días, pasaba la tarde en un céntrico café, donde había establecida tertulia permanente de vagos, sin afectaciones de laboriosos, que empiezan el día jugando al dómino, le median hablando con la fosforera ú observando desde el cristal la gente que pasa por la calle, y le terminan, siempre en el mismo lugar, á altas horas, en espera de un primo que les convide, gastando el mármol á manotazos, en disputas sobre política candente. Los hay á cientos, que reciben, escriben, contratan ó proyectan en el Café, disertando á toda hora, sobre asuntos de escaso interés, ó quitando el pellejo al que tiene que hacer, sin más auditorio, á veces, que esos dignos cántabros, de mandil y corbata blancos, eternamente mozos, aunque sean viejos, trabajando con la lengua en pró de teorías rancias ó planes absurdos, y renegando de la humanidad doliente, y más aún de la que se cree feliz.

Allí asisten Parladeras, zurupeto de la bolsa; el hijo del zapatero y muchos otros padres, hijos y espíritus non sanctos. Allí despotrican varios habladores, y se lucen oradores de petróleo y de salón: genios embrionarios; talentos *culotados* con aquella atmósfera nicotinada: de diversas edades, tipos y cataduras, que no abandonan la cátedra de la ociosidad, turnando en ella, para que allí no falte alimento intelectual.

El empleado de escaso sueldo, se sale del Ministerio, á tomar café para despejar el entendimiento y ver claros los expedientes, y habla pestes de la oficina y de sus compañeros, y tritura á los jefes que, según él, son unos zotes, porque en lenguaje de contabilidad, no aciertan á cuadrar una cuenta, y porque muchos de ellos, ni siquiera saben sumar. Este funcionario conoce bien la mecánica, y trata á los guarismos con la mayor familiaridad: le ha salido callo en los pantalones, con una sentada de más de treinta años

de servicio, y no hay operación ni cálculo que se le escape, y como en España son contados los talentos de las cuatro reglas, que él maneja á puntapiés, se ha hinchado de tal suerte, que parece infusorio de ministro financiero.

—Buenas están las oficinas! dice. Ya nadie sabe ni quiere trabajar. No hay Hacienda, porque los que la administran no valen un pito! Quedamos pocos del antiguo régimen, y si por nosotros no fuera, sabe Dios dónde iríamos á parar: la confusión, la ruina y la bancarrota llamarían á nuestras puertas. He gastado media vida con restas y llevadas, haciendo llaves y tirando rayitas, poniendo ceros á la derecha, y cualquiera me creería un cero á la izquierda, al ver el sueldo mezquino que se me acredita en nómina, y el poco aprecio que se hace de esta práctica lenta y enrevesada que ha de salvarnos, porque es la ciencia de la verdad. Parece mentira que este siglo, especulativo por excelencia, no comprenda el genio aritmético del mazo y del escoplo, mucho más útil que las divagaciones del espíritu y de la imaginación. Yo machaco, mucho, mucho! Soy puntual á mis horas; nadie es capaz de arrancarme del sillón, y gracias al sorbito de café puro que tomo de rato en rato, puedo ir tirando de la magnitud de un trabajo que nadie es capaz de apreciar, pues sabido es que, en materia de cuentas, no hay quien se cuide de ajustar las suyas.

Calló el sucesor de Pitágoras, soporificado con los vapores del caracolillo, y hablaron del trabajo muchos más, juzgándole cada cual del lado de sus aficiones. Un novel escritor que colabora, para darse á conocer, en periódicos de diversos colores; que hace piezecitas para el teatro, sin haber logrado meter la cabeza en él, y que no encuentra editor para sus resmas inéditas, pues tiene veinte años, y escribía ya á los diez; habla más que siete, y se expresa así:

—La literatura está muerta. Yo he llegado á convencerme de que no sirve para nada. No tiene ideales: su existencia es artificial, puro mecanismo. Hay máquinas que en cien minutos, producen cien sonetos; en horas, un cuaderno de Revista; y un drama humorístico ó psicológico, en cada veinticuatro. El numen salta como el tapón de una botella de limonada gaseosa, y llueve de lo alto de la gloria. La crítica se hace sentir pegando palos; es como el toro que se va al bulto, y en ella sólo se emplean plumas sin barbas. De poemas y novelas no hablemos: hay quien publica cinco ediciones, antes de hacer el original. Versitos inocentes, sólo los hacen ya los niños recién nacidos. No hay trabajos...! digo, sí; los que pasa el que vive de las letras: Prometeo encadenado; voluntad esclava; cerebro exprimido! Ya no queda tiempo más que para buscar ideas... en cualquier parte. Pero la biblioteca parece un castillo encantado, donde nadie se atreve á entrar, y se la comen los ratones... Nada, señores, no hacemos nada!

Á lo que añade solemnemente y en estilo campanudo, un sujeto de ideas radicales y de buenas prendas interiores, que lleva raído el gabán, engrasado el sombrero y las botas reventadas:

—Puesto que todos se meten á filósofos, filosofemos. El trabajo es mera fórmula que se adapta á las negaciones y que disimula las inercias. Muchos pasan el tiempo eludiéndole, so capa de trabajadores. Vagos de la plaza pública; almidonados holgazanes de casinos y salones. Muñidores de cofradía; políticos de afición que, improvisando aumentos, prueban la esterilidad de los títulos y las carreras. La ciencia cede su influjo á un trabajo electoral bien combinado, y no hay doctores, ni sabios, ni hombres influyentes, si no se elaboran en las urnas: y para ser poeta de fama, abogado con pleitos, matemático, artífice de crédito,

ó ingeniero, hay que ingeniarse en otra ingeniería, pues no basta trabajar en el bufete ó en el taller, si no se trabaja en los comicios.

Á la naturaleza suple la astucia, como agente del trabajo, y no se cotiza ni se vende la obra más sólida, sino la que más brilla ó más ruido mete con el sonar del bombo hablado ó escrito. Los que consumen y no producen, han resuelto los mejores principios económicos. La teoría más aceptada es la de que «una hora de trato vale por ciento de trabajo.»

Caballeros: ¿quién trabaja cuando la influencia personal y la ociosidad se disputan el cetro de la gloria y la fortuna? ¿Quién arrima el hombro si no es á la cama, cuando una cábala cualquiera crea en breve plazo, intereses que no labra el yunque; bienestar que no alcanza un título académico, posiciones que no se obtienen acumulando vigilias y fatigas?

Trabajo llama el jugador de bolsa á un golpe de fortuna; trabajo el empírico que por cualquier breve operación facultativa, exige lo que no pudo dar de sí el paciente en toda su existencia; trabajo el que echa una rúbrica. El que pone á una carta tiene valor de decir que trabaja. En la calle se trabaja también, según el dialecto germánico, hurtando ó *puliendo* relojes y bolsillos. Hay quien *tima* — locución en uso — trabajando *al pelo,* á los pocos cándidos que nos quedan. El astro que fecundiza la naturaleza, crea la sombra, refugio de vagabundos que llenan las esferas de la actividad, disfrazados de obreros, y además tenemos las huelgas, fiestas de la parada, la serenata, la feria ó la verbena. Vacaciones de oficio ó solemnidades del ocio, que cada semana celebra la Nación.

El trabajo se esmera en el descanso. La noche tiene sus trabajadores que elaboran y manipulan entre tinieblas. Empleados en el fisco de las malas artes, que exprimen su ingenio para resolver el problema de

vivir sin trabajar. Los altos funcionarios del Estado trabajan á las altas horas, porque las bajas se pasan en dialogar.

Entre las subdivisiones del trabajo, no consta la del trabajo hablado, que se aproxima al trabajo mecánico, independiente del trabajo moral ó intelectual. No hay máquina más útil que la palabra bien expresada. Un buen decidor es un buen trabajador, ó, mejor dicho, el primer especulador del trabajo. Trabajando con elocuencia, se han creado tesoros de sabiduría: charlando con gracia, se aseguran intereses y simpatías equivalentes al caudal.

¡Oh, dulce y grata facultad de hacerlo todo, diciendo lo que se hace ó lo que se debe hacer! Dicción clara, afluencia rítmica, producen en el oído los efectos de una caja musical, y hay hombres-organillos llenos de registros y tocatas, que suenan unas veces á ciencia, otras á ingenio y otras á adulación. Murguistas y trompeteros asalariados de la sociedad.

El trabajo que reina y que, en buena teoría, es agente de la riqueza de un país, el que concurre á la creación de un producto por medio de la acción continuada, es el que consideraba el mundo antiguo, como castigo, degradación y dolor. La sociedad le mira como llaga y no como bálsamo. El trabajo bullidor, cabildero, sagaz, que contrata ó negocia, y no da paz al cálculo; el que para servirse de ellas, sorprende las operaciones de los demás. El trabajo de ocasión, produce mayores bienes que el trabajo reposado, más que la intrínseca labor del cuerpo ó del discurso. El trabajo que sale de adentro, franco, decidido, constante; esa persistente voluntad de cumplir el deber á costa de la salud y de la vida; que va por el camino recto, que procura día sobre día, año sobre año, labrarse un bienestar; el trabajo saneado y limpio, que cuesta inquietudes, ansias, suspiros y lágrimas, no

tiene ya aceptación, ni fines prácticos; es un *modus* desechado por los especuladores, un medio desacreditado de llegar tarde á todas partes. La intriga es más fecunda, aunque digan que no hace á los hombres fuertes y respetados. He dicho.»

Una tempestad de frases, caricias y palmadas, cayó sobre el filósofo, al terminar su arenga, de la que él protestó en acento familiar y bajando del trípode:

—Señores: todo el mundo me aplaude y yo no tengo que comer; bien que no es procedimiento oportuno para llenar la despensa, trabajar por el bien común, diciendo, como yo digo, la verdad.

Había un señor grave en la mesa de enfrente, tomando el ajenjo, antes de almorzar; se entusiasmó con el orador, al extremo de darle un abrazo, sin pronunciar palabra, y desapareció con la mayor dignidad.

—¿Quién es ese caballero? preguntó á los contertulios, y uno contestó:

—Una celebridad, y le nombró, y todos exclamaron:

—¡Ah!

Una celebridad misteriosa de las que pasan la vida trabajando en la preparación de su apoteosis. De los que hacen mucho para sí, y poco para los demás. Era uno de esos grandes hombres inéditos, que todo el mundo conoce de oídas y nadie á fondo, por ser este tan profundo, que se pierde de vista. Un gran nombre. Una preciosa salud abonada al médico que, más que visitas, hace consultas, para decir á su ilustre cliente:

—Cúidese V., señor D. Salomón; no se exprima, ni trabaje, que otros lo harán.

—Hombre, por los clavos de Cristo, le dice un amigo, humanícese, señor D. Salomón de mi alma; baje de los espacios imaginarios, deje la moral metafísica en paz, y véngase á estudiar costumbres en el *Tiro de*



pichón, donde todos somos pájaros ó somos escopetas, que es lo que hay que ser.

Y mi D. Salomón continúa engolfado en el ejercicio de la memoria, porque dice que no quiere chiflarse, cuando ya está chiflado.

—Papá, el doctor ha dicho que no seas tan sabio, ni trabajes; que se te van á derretir los sesos; que no pienses tantas atrocidades como piensas!

Y el sabio replica con acento de autoridad y contemplando á la generación que ha de sucederle:

—Pero, hijo mio, si no pienso en nada!

—¿Pues qué haces, que miras y no ves y que escuchas y no oyes?

—Estoy ausente.

—¿Dónde?

Y salta la mamá:

—En Bábia.

—Eso está cerca. Fué el país porque me preguntó el profesor cuando me examiné de geografía.

—Papá tiene mucho en qué pensar, pues para eso cobra buen sueldo, y es claro, el que más cobra, más trabaja.

—¡Silencio, mentecatos! berrea D. Salomón, dando un porrazo sobre la mesa que echa por el suelo revueltos y confundidos la *Estética* de Hegel, y el *Flos sanctorum;* el *Tratado de la tribulación* y las *Verdades fundamentales* de Krause.—¿Qué entendeis vosotros de trabajar? ¿No sabeis que el que discurre, no puede ocuparse de otra cosa? Cuando se elaboran grandes ideas no queda tiempo para nada, más que para callar.

—Pues tú, buenas cosas dices.

—Porque papá es un hombre aprovechado.

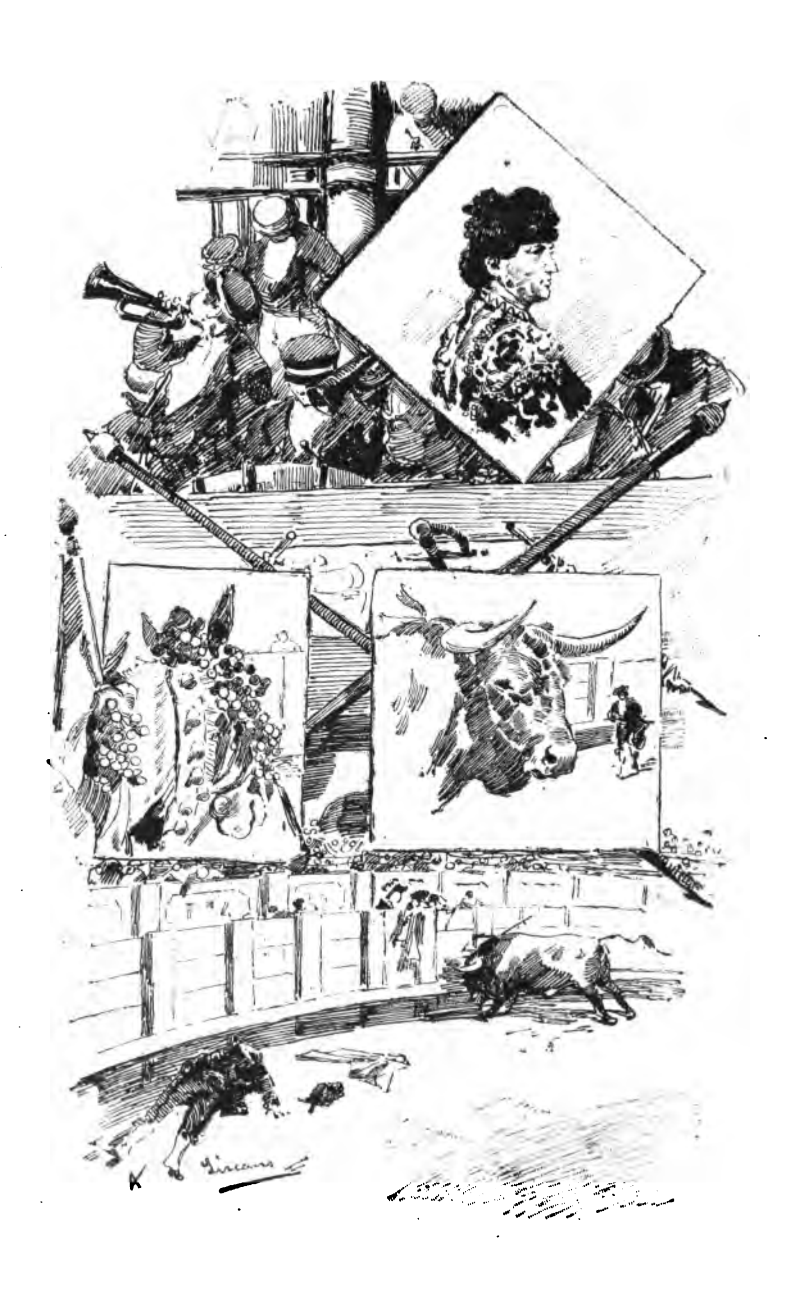
—Ciertamente, replica D. Salomón en tono solemne.—Soy un hombre que cultiva la ciencia por dentro y que se reserva sacarla á luz cuando las ideas estén

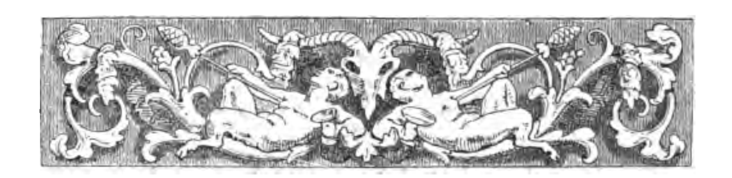
maduras. Vosotros me veis comer, dormir, pasear, departir con los amigos, jugar al tresillo, y creeis que estoy desocupado: pues nada de eso. Día llegará en que el cauce oculto se desborde, y llenaré, sin obstáculo, docenas de volúmenes! Soltaré la manga de riego de mi inteligencia! Ahora dejadme seguir pensando. No me pregunteis, no me distraigais, no me deis ni los buenos días, para no interrumpir esta tarea en que estoy metido desde que nací! Ya veis si tendré acopio de reflexión! ¡Ya veis si habré trabajado! *Labor omnia vincit.* Esto es latin. Mañana lo repetiré en un discurso que debo improvisar en el *Areópago,* donde ahora discutimos el por qué de los misterios de Eleusis, reconociendo el silencio como el mejor amigo de la humanidad.

D. Salomón calló, quedando encerrado en su cerebro y en su despacho. En tanto, oíase, por la calle, el destemplado concierto de ronca vihuela y agudos hierrecillos, acompañantes de la gangosa voz de un ciego, que abortaba esta copla popular:

Toma tomates,
bebe, mujer,
por si cogemos
la filoxera
dormir después.
Este es el mundo,
esta es la vida,
todo es así:
trabajo poco,
comer y dormir.

LA CORRIDA.





LA CORRIDA.

Antes de la corrida, sepamos lo que sucedía en una casa de los barrios bajos, de esas en que los inquilinos forman familia y tertulia. Los más de ellos habitan en el patio alegres como duques y más pobres que las ratas, porque las viviendas parecen ratoneras de sala y alcoba, y en un rincón de la sala, está el fogón, aunque á la verdad, no hace falta, porque allí se acostumbra á comer crudo ó fiambre.

Dos vecinas nada limpias, pero muy curiosas, desentornan la puerta de esos cuartos que no llegan á céntimos, y sacan la nariz para oler dónde guisan, ó para oir á Eulogio y Norberta, vecinos de un bajo con vistas á la calle. Eulogio es papelista con alternativas de pintor de fachadas, y ella hace papeles y se las pinta para cualquier cosa. Son jóvenes muy divertidos que viven en paz cuando hay harina, y en guerra cuando hay mohina, y ahora la hay.

—¿ Oye *usté*, *Señá* Susana ?

— Oigo, *Señá* Candelas.

— Lo de siempre!

— Que ella pide y que él no da; que los chicos lloran; que los padres chillan; que hace días no encienden lumbre, y que ahora disputan por no tener ya que empeñar.

— Mire *usté* cómo andarán que ella ha *echao* un memorial al Refugio y están esperando el socorro, como el santo *amenimiento*.

— Y en cuanto lo cojan, sabe Dios para qué será. *Ulogio* es atroz: sabe y puede trabajar y no trabaja; dice que eso es un mal vicio.

— La *Noberta* tiene un genio de *condená* que no hay quien la sufra. *Desije* mucho. Quiere pan y vino para el pico; un duro en el bolso; botinas de puntera; pañuelo de la India, y tener fijo el *tendío* aunque sea de sol.

— Y mañana llevarán á esas criaturitas á los toros, á que les dé una *desolación*.

— Ande *usté* que así mamará el niño pimienta ú pólvora!

—¿ Ha oído *usté* rodar un trasto ? Algo la ha *tirao !*

— Vaya que está buena la vecindad!

— Estos se *paecen* á la *Getrudillas* y al pánfilo de su *marío*.

—¿ Cosme ? Tenga *usté* por seguro que esos acaban mal; porque él está *podrío* de celos.

— De *Chafanditas*, claro; como que se arrima á ella y ella no se *desepara dél*, y el *marío* se sabe que compró *antier*, una navaja de tres muelles para darle el cachete.

—Bien se le ve á Cosme, que hace que se va y vuelve, todas las noches, para ver si la pilla en un renuncio.

— Pues hija, ciego tiene que ser, *pa* no verlo!

—¿ Oyo *usté* à *Ulogio?*

— Calle *usté !*

— Escuche *usté* y guarde la jeta para que no nos *guipen.*

— Hija, el jaleo del siglo!

Cerraron las bocas y abrieron bien los oídos. Por la ventana del dormitorio se oía este diálogo:

— Me parece á mí, que á tí *te se* va toda la fuerza por la lengua y que echas más *bocanás* que la pipa del tahonero de enfrente!

— Calla, Norberta!

— Pues en semana y media, que has traído por junto diez y nueve reales, puedes pedir pavo y golosinas; mientras que yo no pido más que acompañarte á los toros. Y tú no quieres faltar á la primera corrida; pero, hijo, estas *peristan*, de dinero y ello es que hay que ir. Con que, á ver qué hacemos, porque es sábado.

— Lleva un colchón á Doña Pascuala.

— Si no discurres más que eso!... Ya tiene otro, y no quedaría más que uno, y luégo dirás que te duelen los huesos... Así te doliera lo que yo dijera!

— Calla, Norberta!

— Callaré porque no tengo humor de riñas... pero el colchón no se empeña. Empeña tú la torera, que ya hace calor.

— Está *acribillá* y no dan nada por ella.

— Echa un memorial á Doña Pascuala para que te dé treinta reales, y si te los gastas, tú veras lo que comes. Puedes irte á la Fonda de Botín, que yo me las agenciaré, porque si no me cuido voy á tener que buscar ama.

— Todavía tengo yo quien me dé una onza!

—¿ De queso?

— Pero aguárdala *sentá*, que yo no pido para que tú te pongas de veinticinco alfileres.

—Tú sí que vas elegante á la última *destilación* de los chulos; con el pelo á lo señorito, *acabao* en punta sobre la frente; camisa *bordá* y botones con cadenilla. Ménos cadena quiero yo, y sobre todo más educación.

—Esa es la que tú das al chico, que no sabe lo que es doble V, y sabe otras cosas.

—Mañana le llevaras tú, á los toritos; ¿le quiere *usté* mas *enseñao?*

—Por la primera vez le voy á llevar, pues yo le crío para que sea hijo de Madrid ¡ley! y que aprenda lo que es una buena *estocá* ó un par cuarteando.

—Cabalito; y que trabaje... el Domingo!

—Norberta, me parece á mí, que te se ha *perdío* una *guantá* y que te la vas á encontrar!

En esto se oyó un portazo que había dado la señora Candelas, al ver dos caballeros que llamaban á la puerta de Eulogio. El bravo se aguantó en la alcoba; ella abrió. Era el hermano del Refugio que venía á socorrerla, acompañado de un dependiente de la Santa Hermandad.

—¿Es V. Norberta Alegría?

—Sí señor; por mal nombre.

—¿Carece V. de recursos?

—Andamos hace días en los últimos!...

—¿Trabaja su marido?

—Á lo que le sale, porque su oficio de papelista está muy malo, y él no está bueno, y lo peor es que tenemos dos niños, uno de pecho y otro grandecito...

—¿Que irá á la escuela?

—Todavía es pronto; no tiene más que ocho años, pero es listo y de buen corazón.

—Eso es lo mejor; pero no descuidarle.

—Cá, no señor.



—Pues aquí tiene V. sesenta reales, de los bienhechores del Refugio.

Y al entregárselos añade presentando el memorial:

—Firme V. el recibí.

—Lo malo es que yo!... pero aquí hay una Señora que sabe de letra. *Señá* Susana; *Señá* Susana. Haga *usté* el favor de echar aquí una firma. Ahora vendrá. porque anda un poco torpe. ¡Ay, *cabayero!* No sabe *usté* lo en punto que viene este socorro! ¡Jesús!

La Señora Susana se acerca arrastrando su cuerpo que parece un baúl mundo. El dependiente presenta tintero y pluma.

—¿Dónde firmo?

—Ponga *usté:* á ruego: Susana... de tal.

Aunque con bastante fatiga, la Susana puso y rasgueó la rúbrica.

—Cuatro *garrapatos*. Tengo el pulso perverso: como estoy tan *pesá*!...

El dependiente repasa:

—¿Cuál es el apellido de V.?

—¿Cuál ha de ser? Torrezno.

—¡Como pone V. Susana de tal!

—¡Toma! Lo que me ha dicho la vecina.

—Pues ponga su apellido por debajo.

La firmante obedeció, resultando: Susana de tal Torrezno.

—Tantas gracias, decía Norberta, despidiendo á los buenos señores.

Y cuando quedaron solos, la vecina refunfuñaba:

—¡Sesenta *riales!* ¡Hija, qué suerte! Á fe, á fe que ahora no te quejarás; ni gruñirá *Ulogio;* ni llevareis descalcito á *Felipín*. Y tú, lo que debes hacer es comer buenas *tajás* para no tener canijo al pequeño. No sé lo

que es; pero yo pido y nadie me da un céntimo, y eso que sé *escribil.*

Y la señora Susana se fué tosiendo y tragando saliva.

Norberta puso los tres duros en la camilla. Eulogio salió bailando á lo flamenco.

—¡Olé! ¡Viva la gracia! ¡Ya tenemos *calés!...*

Y la dió un abrazo.

—Bueno; atrácate, hijo, que ya me zurrarás cuando se acabe!—Y le pasó la mano por la cara.— Mira, ya se ha *despertao* el angelito; voy á cogerle y me largo á la cabrería, á beberme un vaso de leche vista ordeñar, que me estoy cayendo muerta, y luégo iré á la tienda....

—Yo, mañana madrugo y me voy á la peluquería.

—Justito: donde te vas es con *Felipín* á comprarle unos zapatos al Rastro, y yo también saldré, y así no nos cogerá el casero en casa.

—Y *á luego* vamos para que no nos *birlen* los billetes, pues este año la afición es bestial... y te compraré un abanico, porque es mi gusto que estrenes algo mañana en la *Estraordinaria.* Con que anda, dame dos machos y tú te quedas con uno.

—Bueno, hijo; ahí tienes la limosna y luégo comeremos *alelas.*

Felipín asomó por la puerta, salpicado de lodo, ropa, cara y manos. Su madre le pegó un boleo y le estampó un beso, diciéndole á gritos:

—¿De dónde vienes, bandido? Mírale, *paece* la estampa de la herejía! Ni con todo el oro del mundo se lleva decente á esta criatura, vaya!

Su padre le interpeló de este modo:

—Mira, *chavó*, si has de presentarte mañana en el redondel, hay que darte un chapuz y una mano de cepillo, porque como soy Eulogio, yo no quiero ir con gente *troná.*

—¿Ves lo que dice tu papá, facineroso? ¡Que no te lleva á los toros!

—¿Y á mí qué? En la Ronda tienen corrida los chicos y no he querido ser picador; con que mira!

—Pero, hombre, ¿cómo has de ser picador sin ir á la plaza de veras?

—Tienes que *deprender* de los maestros!

—¿Pues por qué no me ponen á la escuela, que todos saben leer menos yo?

—Calla, adoquín; ¿qué tiene que ver la escuela con los toros?

—Mañana te toca *divitite*.

—Entonces, bueno.

—Pues floja es la *corria!* Matan *Patagorda* y *Sapito!*

—Pues yo no quiero que me maten!

—¿Será inocente este chico? Es que no tiene ni pizca de malicia.

—Es tan corto, que si le *atizan* un revés, yo creo que se calla.

—Hay que despavilarle con sangre.

—Si no ven el peligro, se crían como mandrias.

—Como afeñiques.

—Ahora ven al cubo, á lavarte la cara.

Norberta dió á *Felipín* un jabón; tomó un cortadillo de leche; luégo cenaron todos un guisadillo de patatas nuevas, para no desmembrar el dinero de la *Corrida*, y al rayar el siguiente día, ya estaba la familia en pié, poniéndose decentitos. *Felipín* estrenó zapatos. Norberta sacó el pañolón negro de Manila, que aunque tenía zurcidos, pasaría por nuevo; peinó sus negros cabellos cubriendo la frente con un enverjado de ochos y rasgueaduras, que parecían hechos á pincel, y Eulogio se cortó el pelo echado hacia adelante, pegadito á las sienes, y vistiendo chaquetilla, pantalones de embudo y sombrero lustroso de color de canela. Doce rea-

litos gastaron nada más, y gracias á un amigo del despacho, en cada uno de los tendidos del 4, ó sean treinta y seis por los tres asientos, pues ya se sabe que los niños de pecho no pagan por ver los toros, y descontados los gastos del día, inclusa una botella de *peleón* que Eulogio llevava á prevención en un taleguillo rayado, quedóles de sobrante una peseta.

Por la calle de Alcalá abajo, ála que ála, iba la familia del obrero *pédibus* andando; *Felipín* á remolque de Eulogio, y llevando Norberta al niño en los brazos, entre la animación, gentío y movimiento de la popularesca oleada. ¡Qué volar de ómnibus de dos pisos, cajones ó galerías ambulantes en que va empaquetada la divertida humanidad! ¡Qué trotar de cuadrúpedos y jinetes, cuyas masas dominan el picador de rodela y moña y de piernas cuadradas amarillas, que comparte con su escudero la frágil cabalgadura, y el típico alguacil con su ramito de plumas llamativas en el sombrero! ¡Qué concierto de ruedas, trallas y cascabeles! ¡Qué tragín de coches de todas castas, desde el aristocrático landó al vetusto *pesetero*, desde el *Milord* á la *Victoria*, donde lucen la clásica mantilla blanca, las mozas de rumbo, ó las pájaras del mundo medio!



Al verlas correr y adelantarse, decía Norberta, con acento quejumbroso y limpiándose el sudor:

—¡Qué bien *colocás* van esas, y una *á pata* y hecha un mulo de carga! Mira, Eulogio: cuando tengas una buena contrata de *empapelao* y salgamos de apuros, iremos siempre á la plaza en una *Manuela* de ruedas amarillas. Hijo, es que tengo capricho de probar una *Manuela!*

—Yo también, pero lo que es hoy tienes que ir en una Norberta.

Felipín, al llegar á la puerta de Alcalá, decía:

—Papá, me canso!

—Anda, *flojón*, que ya descansarás en el *tendío*.

El niño dormía la siesta.

Llegaron; entraron al gran palco ó freidero nacional, entre apreturas y codazos. Todo el sol del universo estaba tendido en aquel tendido de sol. Las piedras parecían ascuas. Felipín decía al sentarse:

—Papá, por arriba me ahogo y por abajo me quemo.

—Calla, contestaba la madre, y mira á la plaza que ya van á salir los diestros.

—Dí, ¿los diestros son hombres ó animales?

—Chiquillo, añadió el padre, atiende y no preguntes. ¡Ley!

—¡Qué hermosa está la plaza! No cabe ni la punta de un alfiler! Mira aquella *barbiana* que ha *colgao* en la barandilla su pañolón rojo con flores *plateás* y fleco blanco!

—Ay, Eulogio! ¿Cuándo tendré yo uno así, pa *lucile!*

—Mira donde está el *Chocolá!* Mira el Serafinito! Mira la Jesusa! Mira el Cosme con la *Getrudillas!* ¿No los ves?

—¿Y *Chafanditas* no está?

—Sí, allí cerquita.

—Como siempre. ¡Ya les *guipo!* ¡Ya les *guipo!*

Tocó la música una Marcha trompetera, y salió en procesión la cuadrilla y su séquito.

—*Güeno, güeno!*

—*Ñálos, ñálos!*

—*Sapito* de verde, *Patagorda* de obispo...!

—Y *Calambre* de lila!

—¡Y les tocan las palmas! Hombre, aguárdense *ustés* á que lo ganen!

Y suenan los que la crítica tauròmaca, llama los *tamborines* y las *pepitañas.*

—¡Atención!

—¡Callarse!

—¡Sentarse!

—¡Cada mochuelo á su olivo!

—¡Asiéntese usté, *narices!*

—El *bebé* de Norberta despertó al sonar los clarines, y ella le levantaba en alto diciendo:

—¡Mira gloria, rico! ¡Mira los toreros!

El niño movía las manecitas, y su padre añadió:

—Ya aplaude el *indino.*

Y *Felipín* contestaba:

—Papá, si es que quiere pegar *bofetás* porque le han *despertao!*

—¿De quién es el *ganao?* voceaba un chulo.

—¿De quién ha de ser? Del Conde de Terremotos!

—*Pus* me *paece* que esta tarde tendremos salchichas!

—¡Ahí está! ¡Vaya una rès brava! ¡Mira, *Felipín!*

Y *Felipín* volvía la cara diciendo:

—¡Me asusto!

—¡Esa fiera, sale huída!

—Es de muchos piés. ¡Llamarla con la percalina!

—*¡Andar,* tumbones!

—Qué vara tan larga saca *usté, Camisolín!*

—Vaya un *clarinete* que te has *echao!*

—Es una jaca primorosa!

—Era lo que no hay de maja, pero la dió el muermo, y ha *venío* á parar aquí. *Misté* allí el amo; el que la ha *vendío* al contratista.

—¿Cuál?

—Uno gordo que está en aquel palco. *Tós* àquellos

lipendis son de la Junta *protectora* de los animales.

Se oyen gritos y risotadas.

—Ya se acostó el Sr. de *Camisolín*. Buenas noches!

—Menudo porrazo!

—Picadores, picadores!

—Vaya un boquete, *camará!*

—*Probe* toro! ¡Si echa un caño de sangre!

—Pues y la jaca? Qué par de ovillos lleva colgando!

Y exclama *Felipín*, compungido:

—Papá ¿ha *matao* ya el toro al hombre?

—No, no te asustes.

—Como el hombre le ha hecho tanto daño! ¿Y qué es eso que lleva colgando la jaca?

—Las tripas.

—Y se las va pisando! ¡Se va á morir! ¿Y por qué se *amonta* el hombre sobre la pobrecita?

—Para que el toro acabe con ella.

—¡Qué barbaridad! Pues ya hay cinco caballos muertos!

—¡Mejor!

Y añadía Norberta:

—Este collón de chico, como es la primera vez que viene, todo le choca! Anda, hijo, que ya te irás acostumbrando!

—Ya está en el suelo otra vez *Camisolín!*

—¡*Tumbón!* Fuera! Á picar á su parienta!

—Es una buena *puya!* Buena! Buena!

—Aplaude, *Felipín!*

—Si se ha roto el hombre la cabeza!

—Bravo! Bravo!

—Banderillas!

—¿Banderillas? No lo entiende usté! No lo entiende usté!

—Papá, á quien silbas?

—Á la autoridad.

— Anda !

— Aquí están los niños bonitos !

— ¡Qué salidas tiene usté, Señor *Gatera*, qué salidas!

— Pues sal tú, y *haslo* mejor !

— Yo lo creo que lo haré !

— Lo *qués* tú, sí !... Ya te veo la coleta !

— Calla, *chavó*, ó te suelto un *tute* que te parto !

— ¿ Tú, á mí ? No se da *usté poca tolerancia !*

— Y *usté paece* en lo fino, un señorito de esos que tienen tres almuerzos *atrasaos !*

— Silencio !

— Á la cárcel !

— Fuera, fuera !

— ¡ Que baile !

— Eulogio sacó la botella y calmó á los contendientes.

— Vaya un sorbito de *nétar !*

Y bebieron todos, empinando Norberta la botella, á *Felipín*, que decía :

— Yo no quiero vino que voy á emborracharme.

— Chico ; alégrate y calla !

Aplauso descomunal. *Gatera* había puesto dos palitos como dos soles.

— Camará, de *búten !*

— Al cuarteo !

— Sesgadas !

Rumor general. Pausa de observación. *Felipín* al ver que el toro iba echando centellas, detrás del banderillero, se tapa la cara con las manos.

— Mamá, que le coge ! Tengo miedo !

Cien voces gritaban :

— Que le coge ! Que le pilla ! Toma el olivo ! Anda, anda !

Gatera cayó de nuca en la barrera, y se levantó tambaleándose.

—No es *ná*. No es *ná!* Un *varetazo*.

Y *Felipín* repetía balbuciente:

—¿Ha *matao* ya el toro al hombre?

Y su padre contestaba:

—Chico, diviértete y aplaude, y palmoteaba desaforado, gritando:

—*Gatera*, vales más oro que pesas!

—¿Á qué tocan la trompeta? preguntó *Felipín*.

—Á la muerte.

—Pues vámonos.

—Cabalito! Si ahora empieza lo mejor. Mira á *Patagorda* que está brindando. Ya viene al toro: ¿ves la espada y la muleta?

—Qué trasteo tan refino!

—Qué mano izquierda!

—Mucho *cuidao!*

—No te metas, que te va á faltar toro!

Eulogio y Norberta no respiraban. *Felipín* ponía cara de difunto.

—¡Ahora!

—No te escames!

—No bailes la *polka!*

—Este *Patagorda* tiene un torear *mu* alegre!

—Ahora se sale! Váyase *usté* al limbo!

El maestro pega una estocada en hueso y quedó desarmado. El toro da un derrote y se viene al bulto. *Patagorda* tropieza con la jaca muerta y resbala. Todas las lenguas de la plaza exclaman:

—¡Ah!

Y en seguida:

—¡¡Oh!!

—*Patagorda* fué cogido por lo alto, recogido y vuelto á arrojar.

—La estocada ha sido buena! *Manífica!*

—Bien, bien!

—Viva *Patagorda!*

—Vivaaa!

Patagorda, ensangrentado, estaba en tierra, como muerto. *Sapito* echó el capote y sacó al toro asesino, por lo cual recibió palmas, cigarros y sombreros.



Llevaban entre cuatro, al primer diestro, que presentaba la cara lívida de un cadáver. El populacho miraba á *Sapito* con profunda admiración.

Voz de Eulogio: *Sapito*, eres un valiente!

Voz de Norberta, ronca de entusiasmo: ¡Bendita sea tu madre!

Felipín sin quitar la vista del semblante y de la sangre de *Patagorda,* decía llorando:

—¿Lo ve *usté*, madre? ¡El toro ha matado al hombre! ¡Quiero irme! ¡Qué barbaridad! ¡Vámonos á casa!

—Chiquillo, si eso no es nada!

—No te da vergüenza llorar?

—Ha sido una estocada de mala sombra!

—Mira, mira á *Sapito* que va á matar! Diviértete, hombre!

Pero el chico con el corazón oprimido, se levantó en ademán de marcharse. Su padre sacó la botella y le asió de un brazo.

—Espera, muchacho, espera y no tengas *jindama!* Toma un sorbito á ver si *te se* pasa el arrechucho!

Y el chico-hombre, repetía:

—Madre, me voy á morir! Vámonos á casa!

Norberta volvió en sí de su vértigo, y al ir á levantarse advirtió que el niño de mantillas, parecía insensible, aletargado, enfermo.

—Eulogio, está visto que no se puede gozar con criaturas. Ya que han *matao* á ese toro judío, nos vamos. Anda.

— Y ahora que la charanga toca *peteneras!*...

—¡Qué quieres, hijo! dijo suspirando. Y poniendo los dedos sobre la frente del niño, añadió: —tiene calentura.

—*Felipín* seguía sollozando, como el que lleva dentro una pena muy honda, y al verse fuera de la plaza decía:

—¡Tengo hambre!

—Tiene razón, contestaba Norberta. Ya se me olvidaba que hoy no habíamos comido!

Llegaron á casa después de dos horas, entre ahogos del chico, ayes de la madre y acentuadas interjecciones del padre. El chiquitín no daba señales de exis-

tencia. Norberta le acercaba el pecho á los labios... y nada!

Hubo que llamar al médico de la Casa de Socorro. Gastóse en pan y naranjas el misero remanente de cuatro reales, único haber de la familia torera. El médico recetó; y al anochecer, llevó Eulogio el consabido colchón, á la casa de préstamos de Doña Pascuala, donde supo que *Patagorda* estaba expirando, noticia que ocultó á *Felipín*. Este comió una naranja y un pedazo de pan, y quedóse dormido, soñando con la lidia.

Á la mañana siguiente oíanse grandes alaridos en la calle. El barrio, alborotado, contemplaba este cuadro: *Getrudillas* venía de la plazuela acompañada de *Chafanditas*. El marido, celoso, les esperaba detrás de una esquina, con la navaja de tres muelles en facha. *Chafanditas* al verle, huyó; Cosme le corrió toda la calle, y al llegar á la casa de Eulogio entablaron lucha cuerpo á cuerpo.

El pueblo bramaba: la calle hervía. *Felipín*, al ver el corro, se encaramó á la reja gritando con todos sus pulmones:

—Papá, mira la corrida! la corrida!

Cinco minutos duró la escena. *Getrudillas* pedía socorro puesta en cruz; su acompañante defendíase con un garrote; el marido ofendido le cogió la acción, atravesando de un certero navajazo el corazón de *Chafanditas*. El vecindario quedó mudo de horror: Eulogio, furioso, exclamó:

—¡Qué barbaridad! mientras su hijo palmoteaba loco de alegría, gritando:

—Buena estocada! buena! buena! Bravo! bravo! Viva, viva!

Una voz aguardentosa gritó: —¡Ahí está la autoridad! y *Felipín* dió un silbido, diciendo:—La autoridad, papá! silba! silba!

Pobre *Felipín!* Aquella tarde, al fijarse en el rostro de su hermanito, decía:

— Mamá, el niño tiene el mismo color que *Patagorda* y *Chafanditas!*



Norberta se estremeció, ¡quién sabe si de remordimiento!

Cuando el chico vió salir de su casa para el cementerio una cajita de color de rosa con galonadura blanca conducida por cuatro niños de la vecindad, en la que reposaba una cabecita descompuesta y orlada de

rosas mustias desecho de algun festin, y un semblante de color de cera, quedóse pensativo y contestó á la señora Susana que le preguntaba:

—¿De qué ha muerto el chiquitín?

—De un tabardillo que cogió en la plaza de toros.

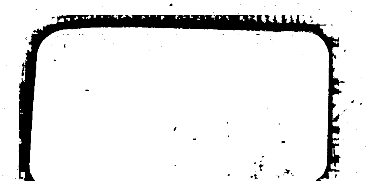




ÍNDICE

Páginas.

Noviembre 1882.




PER ANGUSTA AUGUSTA